



Alfonso Uz de Velasco

El celoso

PERSONAJES

LENA, tercera.
CERVINO, celoso.
MARCIA, segunda mujer de Cervino.
CASANDRA, hija de Cervino, de otra mujer.
MORVECO, hermano de la primera.
INOCENCIO, bachiller, criado de Cervino.
BEZERICA, paje de Marcia.
VIOLANTE, viuda.
DAMASIO, ama a Marcia, hijo de Violante.
MACIAS, ama a Casandra, hijo de Violante.
CORNELIO, su criado; ama a Policena.
ARIES, padre de Marcia; ama a Violante.
VIGAMON, su criado.
RAMIRO, barbero.
POLICENA, su hija.

Prólogo

LENA.- Terrible cosa es, que no se pueda, sino por maravilla, hacer colada que no lleva. No hay ya vivir en este mal mundo: pues como el lobo, tanto empeora cuanto más envejece: bien necio es que de ti se fía. ¿Qué se hizo aquel cortés respeto que la buena memoria de mi madre de su tiempo me contaba? Diciendo, que como se vía una persona de edad, fuese quien fuese, andaban las reverencias hasta el suelo; siendo en todas partes bien vista y acariciada, sin nunca hallar puerta cerrada; porque se vivía a la buena, sin las falsas sospechas que hay el día de hoy. Creo que me engendró la desgracia, y que si tuviese en las manos oro, se me volvería plomo; pues no pesco con mis designios sino mordedores cangrejos que me destruyen. Entré, que no debiera, en casa de aquel maldito Cervino, a mostrar a la señora Marcia, su mujer, ciertas galanterías, de que suelen gustar las damas curiosas como ella; y al punto de concertarnos, sobrevino el mal hombre, y, sin más ni más, llamándome de vieja hechicera, alcahueta, encorozada, con otra sarta de injurias, que por mi crédito y honra callo, me dio tal granizo de torniscones, que a sus pies cayera muerta, a no socorrerme en la tempestad una buena persona que le detuvo; mas alcanzándome con un puntillazo, dio conmigo por la escalera abajo, donde perdí mi hacienda, y aun la gana de recogerla, porque se daba tal priesa con aquellas manos de oso, en la picota las vea, que la fin de una puñada era principio de otra mayor; y así con dolores de bolsa y corazón, que aún me duran por todo el cuerpo, me salí a la calle del rey, mas que de paso; y no lo siento tanto, como haber perdido una receta de agua de rostro, que me valiera un tesoro, porque bastara a hacer hermosa a la más fea de Guinea; la cual me acaba de dar una devota persona, diciéndome habérsela tomado a la condesa de Nosédonde, para quemarla, y que después, viéndola tan perfecta, de lástima se había arrepentido. ¡Oh, quién la supiera!

¿Paréceos bien, señores, el daño que aquel descomulgado me ha hecho? Mas a fe que tiene que hacer con gata que trae pelada la cola. Estoy por irme a la justicia, si la hay en la tierra, y querellándome de él, diciendo que me ha hecho fuerza, y robado mi hacienda en su casa, hacer que me la pague con las setenas. Mas, pobre de mí, ¿de qué me servirá? Pues, por el maldito favor, en lugar de castigarle, aunque muestre la bandera rota, digo las molidas espaldas, darán mas crédito a su mentira que a mi verdad. Loca sin juicio, ¿qué digo? ¿Por qué no le daré de mi propia mano la pena y castigo que merece? Éste es el más sospechoso animal que sabemos; y al presente está tocado de tan rabiosos celos, que se te comen vivo. Ha sido casado dos veces; y de la primera mujer tiene una hija llamada Casandra, de dieciséis a diecisiete años; encerrada en un aposento, como una muda, tan oscuro, que a medio día se le pueden dar buenas noches; sin consentir que trate con nadie, diciendo que la doncella es como flor cubierta de rocío, que por poco que la toquen se marchita. Cada día visita la orina, dando a entender, por amedrentarla, que en ella conoce el humor pecante. No quiere que coma bocado de carne fresca, porque halla que solicita y despierta el apetito de la salada; y de la miseria que la envía para sustentarse, hace antes anatomía, temiendo no haya dentro alguna contraseña. Si meten alguna cesta de paños, o de otra cosa, lo revuelve de bajo arriba: porque una reina de Escocia, dice, que se enamoró de su enano y que dentro de una canasta se le metieron en su cámara. Quiero que los criados hablen como por señas, porque no los oigan las mujeres,

guardándolas, como si fuesen yeguas, del relincho y salto del caballo. Con esta segunda mujer se casó poco ha, por ser hermosa y de buen linaje; y pareciéndole temprano, aun no se atreve a estrecharla tanto como querría; aunque no se pudo ir a la mano, cuando me hizo el tiro que os he contado. No niego haber yo ido con intención de hacérsele como él merece; porque un caballero, que está apasionadísimo por ella, me encomendó que la procurase dar esta carta, y aunque no lo hice, a lo menos cumplí con arriscarme a lo que me vino; y así él, considerando no haber quedado por mí, restaurará, sin duda, mi pérdida: de manera, que con tan buen premio como el que espero, me serían buenos al mes un par de tales encuentros. Pero para que la suerte no me salga en blanco, lo que lince al caso es procurar, ya que no pude servirle por mi pico, que se haga por tercera persona. Mas si mientras busco gato que me saque la castaña del fuego, y voy poniendo liga al pájaro, este gentilhombre muda de pensamiento, como es costumbre de los enamorados de ogaño, ¿no lo perderé todo? No, pues cuando no me diere de comer en su casa, no me faltará de cenar en otra, con la misma empresa. Yo soy la balanza, que se inclina a la parte que más recibe: y cual cera que aunque tenga imagen, como se le carga sello, deja la primera, y toma la forma dél. Harto he vivido para saber vivir. Es lo bueno que al punto comprendió la buena señora a lo que yo iba: mas a las que son tan discretas, el diablo se lo pone delante. ¿Qué haré pues yo ahora? Piensa bien, Lena, piensa y repiensa; hasta que, con su vergüenza, le hagas andar como el que tiene pintado el barbero mi vecino, que fue comido de sus propios perros: helo de hacer si pensase morir en la demanda, que no es persona la que no sabe hacer bien y mal: quien la hace la espere, y la mitad del camino está andado, porque los celos hacen a la mujer más fácil de rendir. Mas entretanto, ya que, transportada de cólera, he echado mis vergüenzas, y las ajenas, en la calle, dándome a conocer por solicitadora, agente, o tercera, que algunos necios llaman a la antigua, alcahueta, vituperando esta sarta que traigo al cuello: quiero contaros un Érase que se era, el bien para nosotros sea y el mal para la manceba del abad, digo de parte de lo que por mí ha pasado. Ante todas cosas fui doncella niña, hasta que de doce años, cegándome el demonio, nunca se lo perdono, me enamoré de un mozo de casa, que era como un pino de oro; y habiéndome, a los trece años, pegado el mal de los dos vasos: viéndome mi madre hidrópica, a gran priesa, por su honra y la mía, que siempre la hemos guardado como los ojos de la cara, me casó con un hombre de más edad y templanza. que para la mía era menester, y así no pudiendo sufrir sus buenas costumbres, me le desaparecí: y de lance en lance, fui a dar comigo en Nápoles: donde habiendo estado en opinión de doncella, como tres semanas, en compañía de cierta viuda muy recogida, la cual me instruyó aosadas, un mercader, persona honrada, me tomó a su cargo: y al cabo de pocos días, no faltándome ya quien me alentase a vivir a mis anchuras, me resolví de tomar casa de por mí, y puse tienda abierta de cortesana: y así continué la mercancía, como poco más de treinta años. El que estuvo allí, en tiempo del buen duque de Osuna, se acordará de la Buiza, que así me llamaba entonces, y después de mil vaivenes, prosperidades y mudanzas, habiendo rematado mis prendas, haciendo como el marinero, que fácilmente echa a la mar lo que del pasajero ha recibido; se me desapareció como humo en dos días, cuanto en tantos años, por medio de mi pertinaz pecado, había

adquirido; quedándome solamente con los achaques que acompañan siempre a las de aquella profesión: que cuando más bien parados, tienen un pie en su casa y el otro en el hospital, no bastando al fin, cuando mas prósperamente se ha navegado, cuanto pueden acumular, para emplastos y zarzaparilla. Pues hallándome pobrísima, olvidada y sola, comenzándome la enojosa vejez a amenazar y salir a la cara, embotadas en ella, por mi desdicha, las herramientas del miserable trato, me volví a Valladolid, mi cara y deseada patria; y viendo yo aquí una corte destrozada, transida, y hecha capítulo general de alquimistas, acordé de tomar este oficio, con cuatro camas que alquilar, por serme como natural, que siempre la ramera muere tercero, o mesonera: habiéndome antes informado, de que en ningún otro se hacen más negocios de honra y provecho que en éste; aunque corriendo muchas borrascas, de las que os he contado. Mas todo lo doy por bien empleado, viendo por este medio tan insigne auditorio, para lo que oiréis. Tened, como yo, paciencia, os ruego, que no será tiempo perdido.

El celoso

Acto I

Escena I

CERVINO, INOCENCIO.

CERVINO.- Ya sabéis, bachiller Inocencio, que teniéndoos por virtuoso y de confianza, os he metido en mi casa, y también la voluntad que tengo de haceros bien con el tiempo: dándoos entro tanto por prenda la guarda de toda mi honra, la cual estimo más que hacienda y vida.

INOCENCIO.- Sit modo dignitas incolumis. No puedo, señor, con palabras dignas responder a tanta merced, mas en reconocimiento de la confianza, con toda fidelidad y amor, serviré vuestra merced y a mi señora, de día y noche.

CERVINO.- De noche, no, amigo; déjame a mí ese cargo, que no es poco pesado. Ahora pues quiero que entendáis de qué manera os habéis de gobernar. Y no os espantéis de haberme visto tan colérico con aquella mula del diablo: que no sabéis quién es, ni las malas burlas que suelen hacer las tales.

INOCENCIO.- Rectum indicium indicate. ¿Qué sabemos si aquella mujer venía o no, a lo que vuestra merced piensa? Y teniendo hijos, o nietos, fallándoles el sustento, por no poderse valer de las cosas que dejó en casa, habría vuestra merced cargado de aquel peso su conciencia.

CERVINO.- Hareisme con vuestros escrúpulos renegar, no sólo de la buena opinión que de vos tengo; mas estoy por decir de otra cosa. Yo no os quiero en mi casa para predicador; si queréis hacer a mi modo, habéis de oír y callar sino, buscaré quien lo haga.

INOCENCIO.- Esto ha nacido, señor, de que cuanto más pobre es un hombre, tanto más se duele de la miseria de otro: no se enoje vuestra merced, que yo haré cuanto fuere servido, como no se atraviere la alma.

CERVINO.- No os digo yo: estad pues atento. Cuando yo no estuviere en casa, habéis vos de estar siempre en el portal, mirando como otro vigilantísimo Argos.

INOCENCIO.- De hoc ita Ovidius:

Centum luminibus cinctum caput Argus

habebat,

in quibus, suis vicibus capiebant bina quietem,

caetera servabant, atque in statione manebant.

Pero mala burla le hizo Mercurius a Jove missus, cantus dulcedine.

CERVINO.- ¿Pues qué entendéis por eso?

INOCENCIO.- Que son peligrosas estas custodias, si anda Juno celosa; pues no se puede el hombre dormir en las pajas.

CERVINO.- Huelgo mucho que nos entendamos. No me dejéis entrar persona, aunque viniese mi propia sombra: y sobre todo, abrí el ojo a estas corredoras ministras de Satanás que traen la peste consigo. Si vos hubiéredes menester alguna cosa, decí a Bezerrica que la pida a las mujeres; y si ellas os llamaren, díganle también lo que quisieren: no toméis trabajo de subir arriba. Si acaso pasaren algunos a caballo, entraos luego en el patio; hacé llamar a mi mujer con algún achaque, y entretenedla, desde abajo, con cualquier conseja, como de brujas y hechiceras, hasta que veáis que han pasado, y que no vuelven; que todo es menester para que no se ponga la ventana.

INOCENCIO.- Pues qué cuentos sé yo para eso; tendrela dos horas con un palmo de oído, escuchándome: déjeme vuestra merced con ella, que vincam, meis officiis cogitationes tuas. No habrá falta en lo que yo pudiere.

CERVINO.- Pues con esa confianza, de aquí adelante saldré seguro, y estaré fuera de casa Con el ánimo reposado.

INOCENCIO.- Magnam, omnibus in rebus tuae dignitatis rationem habeo.

CERVINO.- No pudiera hallar, de poniente a levante, hombre más a mi propósito que éste, porque realmente es puro y sin malicia, pero está su sinceridad, que me aprovechará, para asegurarme de que no me podrá engañar. Pone seram, cohibe, sed quis custodiet ipsos custodes? cauta est, et ab illis incipit uxor. Guárdeme Dios de quien me fío. La memoria de mil malos sucesos me inquieta y desconfía en gran manera. Mas cuando deste no haya que temer, me da cuidado pensar que, por mi desgracia, lo podría engañar alguno de tantos cuclillos, como siempre andan tras ajenos nidos. Por otra parte, tiemblo de meter en mi vasa otro más astuto, que se pueda

aprovechar de la ocasión, y así huyendo del monte vendría a dar a un pantano: porque de los domésticos no se puede hombre guardar. Cuán de experimentado anduvo aquel, que tratando de casar a un hijo suyo mozo, diciéndole uno que no convenía darle mujer tan temprano y que debía esperar a que supiese más del mundo, le respondió que se engañaba; porque si lo conociese, nunca se casaría. Casamiento y vejez corren las parejas: muchos o los más lo desean, que en llegando lo aborrecen. Y así decía un viejo muy sabio: Hijos, antes que casaros, ni llegar a viejos, dejaos comer de perros. Maldito sea el punto en que me vino pensamiento de meterme otra vez en semejante laberinto. ¿Qué dote, o herencia, pueden recompensar tantos fastidios? La primera vez cortan las orejas a los ladrones, para que tornando a hurtar, sean sin más información ahorcados. Lo mismo deberían hacer al que habiendo enviudado se casa segunda vez: pues al cabo, al cabo, una buena cabra, una buena mula, y una buena mujer, son tres malas bestias.

Escena II

MACIAS, VIOLANTE.

MACIAS.- Con cuánta fuerza tiras, o Amor, las invisibles flechas, cuyas heridas se sienten en medio de los corazones, donde con ser ciego tan incierto aciertas: derramando por las venas el oculto veneno, con que enciendes la pureza de los más helados y castos pechos. ¿Qué cetro hay que al tuyo pueda hacer resistencia, teniéndolos todos a tu dominio sujetos? ¿Quién hay que no sigue tu estandarte? ¿Quién puso a Troya en tanta ruina y desventura, que de ella no dejó casi cenizas? ¿Quién afeminó el robusto y fuerte brazo de Hércules, y puso en sus vengadoras manos, en lugar de la pesada masa, una ligera rueca? Sino tú, que escudriñando los más escondidos senos del mar, en su profundo abismo a los mudos peces enciendes: a las aves en la región del aire no perdonas: ni menos a los brutos animales, a quien traes en continua guerra. ¿Qué braveza muestran los feroces leones, los crueles tigres, los fuertes toros, y los ligeros ciervos, cuando se sienten heridos de tu flecha? Al fin todo este mundo, y el que no vemos, no es otra cosa sino una unión y suave liga, con que todas están trabadas: tú las crías, conservas y entretienes: por ti respiran, y no se acaban. Serían los hombres peores que las fieras, si tú no fueses el celo y alimento de sus corazones. Mas ay de mí, que con ser tan benigno, me tienes, cual nuevo Ticio, sin esperanza de mejorar mi triste suerte.

VIOLANTE.- ¿Qué devaneos son esos, hijo mío? Vuelve sobre ti, que si el amor te ciega, la razón te debe guiar: conociendo que no pretendes cosa imposible y que la violencia y aspereza del deseo impide más que aprovecha al fin de lo que se intenta. No te esquives ni huyas de mí, pues, como tierna madre, voy, teniendo por propia tu pena, tratando de darte entera satisfacción, con esperanza de hacerte en breve contento.

MACIAS.- Eso, señora mía, es, a mi parecer, vender el pellejo del lobo antes de cazarle. ¿En qué funda vuestra merced lo que se promete, viéndome mordido de un áspide, sin ningún remedio? Estando la vida tan a punto de perderse, aumenta más el sentimiento y pena la tardanza de la muerte: si no me diesen a beber de aquella agua de Beocia, que dicen quita de todo punto la memoria. Mas la de la cosa tan amada, que ya está impresa en mi alma, no se puede borrar, si la vida no se acaba.

VIOLANTE.- Terrible cosa es haber de contrastar contra la insolencia de tu locura. ¿Dime por qué te afliges y desconfías tanto? El que desea sanar descubre al médico la dolencia.

MACIAS.- En mal de muerte, no hay médico que acierte: y así la primera cosa que desampara al paciente, es la esperanza de cobrar la salud.

VIOLANTE.- La oscura niebla de tu pasión te confunde la vista de los ojos del entendimiento: que si con prudencia considerases el fin de las cosas, ninguna, por dificultosa que fuese, te parecería imposible.

MACIAS.- Y aún por serio esta tanto, no pudiendo sanar, como Telefo, sino con el hierro que me hirió, llevándome tras sí mi dolor, desespero de la vida: si bien no puedo decir que vivo, pues ni amanece, ni anochece para mí.

VIOLANTE.- Huelga de tener vida, que con ella mucho se alcanza.

MACIAS.- Y cuando se acaba no falta nada: y así hagan las tristezas a su voluntad: que entonces mi mal acabará conmigo.

Escena III

VIOLANTE, VIGAMON, RAMIRO.

VIOLANTE.- Al punto que, sale el muerto marido de casa, se debería la mujer ir a enterrarse con él viva: porque no llevan tanto mal los difuntos, como dejan a las viudas. Porque fuera de innumerables fastidios y cuidados, que las cercan y acompañan continuamente, quedan tan sujetas a la ruin fama, que aunque hagan milagros, se tiene mala sospecha de ellas. Si andan las desconsoladas limpias y afeadas, luego las lenguas de oro las levantan que rabian. Si van al descuidado, mal aliñadas, no falta quien diga que la hipocresía atiende más al provecho que al fausto, y que ellas se entienden. Después desto, ¿qué trabajo se puede comparar al que se padece en el gobierno de los hijos? Criándolos de pequeños, con tantos de los malos días, y peores noches: comportando las viciosas amas: guardándolos, enseñándolos, proveyéndolos: teniendo cuidado de aumentar y conservar la hacienda que en siendo grandes disipan y consumen con tantos distraimientos, malas compañías, pendencias, juegos, trajes y amores, con

que don siempre ocasión a las tristes madres para andar fuera de sí como locas sin sentido: sin más bien ni consuelo, de no tener quien las vaya a la mano.

RAMIRO.- Señora mía, beso las manos a vuestra merced.

VIOLANTE.- Dios os guarde, Ramiro, huelgo mucho de veros con buena disposición.

RAMIRO.- Lo mismo puedo yo decir: aunque en el rostro muestra vuestra merced ir descontenta.

VIOLANTE.- Amarga de mí, no es mucho que se eche de ver en él la pasión de que el corazón anda lleno: estoy tan cansada del mundo que deseo se acabe ya esta miserable vida.

RAMIRO.- Santo Dios, ¿qué oigo? ¿Puede tener ocasión para tanto aborrecerse una señora principal, honrada, rica, estimada, con dos hijos y una hija que valen unas Indias?

VIOLANTE.- Yo tengo mas bienes de los que se parecen de fuera que merezco: pero en mi espíritu, y de mis puertas adentro, más trabajos y disgustos que puede llevar una mujer tan flaca como yo: pues pensando descansar, cuando mis hijos fuesen hombres, tengo ahora con ellos intolerables penas.

RAMIRO.- Mucho me pesa de oír eso. ¿Hay alguna pendencia que los inquieta?

VIOLANTE.- No es esa la causa: mas estoy por decir que es otra peor.

RAMIRO.- De quien ellos son, no se puede pensar cosa mala. Dígame vuestra merced lo que hay.

VIOLANTE.- Diréoslo, como a persona tan de mi casa, y así los tendréis secreto, por amor de mí.

RAMIRO.- No dude vuestra merced, porque cuando es menester, tengo menos lengua que un pescado.

VIOLANTE.- No creo yo menos de vuestra persona. Habéis pues de saber que yendo Macias con Damasio, que no debiera, a las bodas de Cervino, vio allí a Casandra su hija, que es, como debéis de saber, en extremo hermosa y agraciada: y quedó tan enamorado della, que no pudiendo verla después acá, por tenerla el padre de manera, que apenas ve sol ni luna, ha dado en tan terrible melancolía, que no basta nadie a hacerle comer, ni beber, sino a pura fuerza: haciendo tantos extremos, que temo no venga su mal secreto a dar en manifiesta locura: y para remediar esto, voy a tratar con el señor Aries, su suegro, que sea medio para que se la dé por mujer: que entiendo nos estará bien a ambas partes.

RAMIRO.- Esa, señora, no es cosa, a mi parecer, que haya de dar tanta pena a vuestra merced.

VIOLANTE.- ¿No es grande mal verme a punto de tener un hijo loco?

RAMIRO.- No sería pequeño: mas no debe estar en ese peligro: y no dudo de que el señor Cervino no alce los ojos al cielo, en oyendo semejante embajada. Lo recio fuera, cuando el señor Macias la pretendiera por otra vía; que en tal caso te podríamos atar desde luego: pues sería agua hirviendo sobre la quemadura; porque yo voy cada quince días a afeitar a su padre, y puedo decir con verdad no haberla visto, en dos años, tres veces.

VIOLANTE.- Haga Dios lo que más sea de su servicio. ¿No es ésta la casa?

RAMIRO.- Sí, señora. Ta, ta, ta.

VIGAMON.- ¿Quién llama?

RAMIRO.- Mi señora Violante de Cabrera viene a hablar al señor Aries.

VIGAMON.- Entre vuestra merced, si es servida, que yo le voy a avisar.

Escena IV

LENA, INOCENCIO.

LENA.- Quiero ver si habrá salido de casa aquel malvado de Cervino: que lo tengo de armar un lazo que no se me escape, aunque esté más vigilante que una grulla. A su puerta veo, si la vista no me engaña, aquella buena persona que me libró de sus malditas manos: si, él es. Ahora es tiempo de emplear mis cuentas en beneficio de mi bolsa: quiero entrarlo cola el sabroso pecado de la adulación, bisbisando mis oraciones. Y no nos educas, liberenos vita eterna, amén. Señor mío, bien aventurado el cuerpo, que por la ánima trabaja. No piense que lo digo por el bien que me hizo, librándome de la furia de aquel su Escariote: sino porque no creará la fama que corre por toda esta ciudad, de sus virtudes y buena vida: dichosa yo, si tan solo una vez al mes, se acordase de mí en sus devotas oraciones.

INOCENCIO.- Yo tengo, hermana mía, tantos pecados, que no me bastarán para la milésima parte de ellos: mas confío en la gran misericordia.

LENA.- Ella sea loada sin fin. Dígame, amor mío, ¿ha salido de casa aquel turco?

INOCENCIO.- Si no fuédeses mujer, y apasionada, os reprendería acerbamente, porque no se puede dar ese nombre a ningún cristiano.

LENA.- ¿Y qué perro hay tan rabioso, como él fue conmigo?

INOCENCIO.- Cierto que yo quedé escandalizado de ver lo que pasó. Son días infaustos: otra vez mirá con qué pie entráis en casas ajenas.

LENA.- A la fe, no quedo por eso, pues en lunes metí el derecho, sin tocar al lumbral de la puerta. Y porque no soy nada agorera, vuelvo en martes, a ver si no estando el..., no le quiero tomar en la boca, en casa, podré decir dos palabras a la señora Marcia.

INOCENCIO.- Ni él está en casa, ni vos le podéis hablar. Liberam nota habeo, facultatem. Porque me ha mandado, que no la dejen ver a persona ninguna, aunque viniese su padre del otro mundo, y particularmente, bohonero, ni corredora. Este entiendo que es vuestro trato.

LENA.- Triste de mí, que la necesidad me hace algunas veces usar de ese oficio, por no dar en otro peor: que al fin es ganar el pan, con el sudor que Dios manda.

INOCENCIO.- Así, unusquisque propriam mercedem accipiet secundum suum laborem. Y porque os tengo lástima, voy procurando que se os vuelvan vuestras cosas. ¿Tenéis familia que sustentar?

LENA.- ¿Familia, dice, hijo mío? No menos de cinco pobrísimas hijas: las cuatro doncellas, como tantas perlas, y la mayor viuda de veinte y tres años, que se me ha vuelto a casa, con dos criaturicas: y así vivimos con la miseria que puede pensar. Y por no haber hallado que labrar, ni entrado bocado de carne en mi casa, en estos tres días, me enviaron a vender aquellas galanterías: algunas hechas de sus propios cabellos, que los tienen como hebras de oro: mire cuáles estarán las desamparadas ahora, habiéndolas quitado en esta casa lo que las había de ayudar: hu, hu hu.

INOCENCIO.- Doleo dolorem tuum. No lloréis, os ruego, que trae rompéis las entrañas de compasión. Y así adivinando todo eso, lo he ya puesto en conciencia al señor Cervino. Y porque erigere jacentem debemús, yo le volveré a hablar.

LENA.- Peor hace quien a perro viejo incita. ¿A tan mal hombre quiere ablandar con palabras? Guárdese de tal cosa, pues siendo un Faraón, sería para más endurecerle: no le pediría el ojo derecho, aunque me le hubiese sacado. Si lo pudiese alcanzar de la señora, bien, y sino sobre su alma vaya. Déjeme, mi bendito, besar esas santas manos.

INOCENCIO.- No, eso no, absit.

LENA.- Véale yo en paraíso.

INOCENCIO.- Dios os acompañe.

LENA.- Ahora sí que va bien encaminada al agua al molino: éste es sin duda de aquellos que cuentan de la tierra de Babia, donde los trigos se siegan con escaleras: al fin el que yo he menester. Benditas sean mis lágrimas, y rebenditos ojos, que tan a punto las dejáis caer. Estad con buen ánimo, que yo os prometo tantas de las de Alaexos, cuantas habéis derramado: ya es tiempo de cumplir la palabra, porque no puedo más paladear.

Escena V

DAMASIO, CORNELIO.

DAMASIO.- ¿Crees, Cornelio, que hará Lena algún buen efecto?

CORNELIO.- Téngolo, señor, por hecho, y si faltare, será más por culpa de la suerte, que de su diligencia: si ya no hace como los maliciosos cirujanos, que no quieren cerrar las llagas, por la ganancia que tienen de ellas.

DAMASIO.- ¿Parécete que va buena la carta?

CORNELIO.- Mal año para cuantos de a real las venden en Lisboa: va

que ablandara a una peña. Mas si por desgracia no aprovechare, que no es posible, porque las hojas verdes muestran no estar el árbol seco, a dos va la vencida: cebar otra que encienda más el fuego.

DAMASIO.- Así la tengo yo a punto, a las mil maravillas: aunque más quería que no fuese menester.

CORNELIO.- ¿Podrase creer eso sin escrúpulo?

DAMASIO.- Sobre mi conciencia. ¿Has visto los extremos que hace mi hermano, con sus amores?

CORNELIO.- No es maravilla, por ser los primeros: que son siempre como el calor de san Lorenzo, y el frío de san Vicente, que dan mucha pena y duran poco; o fuego de paja, presto da llama y muere.

DAMASIO.- Cierto que no es mi amor de menos quilates que el suyo, aunque no me encierro a llorar ni doy tantos suspiros como él: y no creo poderse acabar, no sólo tan presto como tú dices, mas en ningún tiempo.

CORNELIO.- Bueno es eso para Cornelio, que por no ser filósofo, no sabe dar más razón, de que con soportación de vuesa merced no lo cree.

DAMASIO.- ¿Por qué no lo crees?

CORNELIO.- Ya he dicho que no lo alcanzo: mas por haber estado con otros amos enamorados, a quien vía hoy fuego, mañana nieve: y aborrecer un día lo que otro amaron, me ha hecho la experiencia incrédulo.

DAMASIO.- ¿Sabes a quién acaece así?

CORNELIO.- A todos.

DAMASIO.- Eso no, saco mi blanca: solamente a aquellos que aman a mujeres de poco valor que como para su fuego, que ni cuece ni ésa, cortan la leña en pequeño monte, al mejor tiempo se les acaba. ¿Mas cómo podré yo esperar que el mío se consuma, siendo infinita la belleza y el valor de quien es la leña y el fuego, donde suavemente estoy ardiendo? Y puedo decir que nunca vuelvo a verla, que no hallo en ella nuevas gracias.

CORNELIO.- Vuesa merced ha entrado en materia, donde yo no ahondo un palmo: y así podrá echar libremente por donde fuere servido: y yo entre tanto, creeré lo que me pareciere. Mas si vale decir verdades, no veo en ella tantas cosas, como el ciego amor hace ver a vuestra merced, que según le da a entender, nunca se vieron venir de la India oriental tantas joyas preciosas.

DAMASIO.- A lo menos ninguna de tanto valor, ni ha salido de Vizcaya mayor asno que tú.

CORNELIO.- Ése es el premio que recibe el que no sabe hablar a sabor del paladar.

DAMASIO.- A lo menos, el que merece quien es tan grosero como tú: que hasta ahora me has tenido engañado con tus bachillerías, creyendo que sabías más de achaque que de perfecciones. No sé cómo, o por qué, no te he sembrado los dientes en esa blasfema boca.

CORNELIO.- Porque me saltarían de ella hombres armados como de los del sembrado de Cadmo: pero no contra vuestra merced, aunque más injurias me diga.

DAMASIO.- ¿Di, necio, no se ve claramente que amor tiene en aquella frente, o tribunal, todo su poder, pues con un solo movimiento, desdeñoso o alegre, condena a muerte, y da vida a quien la mira? Si se apartase la oscura niebla de tu torpe entendimiento, verlos aquel cabello de color del sol, como encadenadas sortijas de oro, partido en órdenes, por el dilatado

espacio de su frente. Las cejas ser dos enarcadas líneas con cierta majestad tan vencedora que nunca la mostraron tal los arcos triunfales de los Augustos de Roma. Las orejas pequeñas, y puestas en lugar tan medido y compasado, que la tierra menos igualmente dista de las circunferencias del cielo, que ellas del sitio conveniente. Los ojos de tan peregrina y nueva gracia, que en ellos claramente se ve la risa abrazada con la gravedad: tan dulces en el movimiento, que el aire circunvecino muestra quedar enamorado y deseoso de introducirse en ellos. La niña de dentro, o ojo del ojo, tan puramente negra que considerando después la luz de la plateada yema, parece que está la noche recogida en aquel pequeño círculo por defenderse de la serenidad que en torno la ciñe. Que el párpado que los cubre es blanquísima nubecilla delante de la cara del sol, o catarata del cielo que abriéndose descubre los vivos resplandores del paraíso, y cerrándose queda por consuelo la misma materia celeste. Que las largas y sombrías pestañas son puras violetas que se espejan a la orilla de cristalina fuente. Que de las mejillas de su perfectísimo rostro es la tez de tanta blancura y lustre, que enfrena la imaginación, para no ver lo que falta: si falta puede llamarse aquello que aunque no se tenga, no se siente faltar. Que el perfil de la nariz parece estar en medio de aquel hermoso teatro, como cuchillo, debajo de cuyo filo inclina y pone la envidia su cuello. Que la tierna y con dulce relieve proporcionada boca, pronunciadora de tantas sentencias y gracias, que por no dar en el infinito, no quiero contar, merece que algún ángel la predique, con las demás bellezas; como los dientes de perlas, el cuello de marfil, y las manos de alabastro. Baste decirte, que la dichosa alma, regidora de aquella preciosa materia, la informa y mueve con tan dulces y alegres ademanes, que no se puede mirar sino con ojos de sátiro.

Quid laudem femur, aut femori

confinia membra?

Has tractare juvat, potius quàm dicere partes.

CORNELIO.- A hora confieso que oír esas cosas me ha hecho gemir tácita y recalladamente, en lo íntimo de las entrañas, como el cansado caballo, cuando acaba de orinar.

DAMASIO.- Ha, ha, ha! dígame cierto, que cuando pienso en sus divinas partes, estoy en duda, si la debo llamar mujer o ángel.

CORNELIO.- No la pongamos, señor, tan alta que la perdamos de vista: que todavía me quedo yo en mis trece, y no me sacarían de aquí los doce pares de Francia.

DAMASIO.- Eso creo yo, porque tu vista no es capaz de cosas tan altas.

CORNELIO.- Los ojos humanos no pueden, según dicen, percibir las cosas, sino por las formas de su conocimiento, pero no nace de ahí.

DAMASIO.- ¿Pues de qué procede tu ignorancia?

CORNELIO.- De saber que es muy propio de enamorados, tener a sus damas por más hermosas de lo que son. Y así yo como uno dellos, que por ruin que sea el asno tiene su cola, creo sin ninguna duda, que la mía es sin comparación, la más bella del mundo, y que por mi ventura, no habrá ojos que tengan virtud para conocer su rara hermosura, tan perfecta como ella es, y yo la contemplo. ¿Qué me dirá vuestra merced a esto?

DAMASIO.- Que eres un loco desatinado.

CORNELIO.- A lo menos atinado en esto; y dejare de contar por extenso sus extremadas gracias, porque no quiero poner en condición mi salud y el reposo de vuestra merced.

DAMASIO.- Es costumbre natural de los necios celosos, que temiendo que lo que aman se mejore, si no le vituperan, callando ocultan lo bueno que a su parecer tienen. Mas aunque creo que estás también en este engaño, holgaría de oírte decir alguna de sus desgracias, como si desvarieses con calentura, o estuvieses endemoniado.

CORNELIO.- Si Cupido es el demonio de la fornicación, mas merece el que le sigue ese nombre que el de enamorado.

DAMASIO.- Ya te ha entrado el espíritu maligno, prosigue.

CORNELIO.- Son tan innumerables sus perfecciones o las estrellas del cielo: porque de cuanto naturaleza puede dar, la hizo un escogido compendio, adonde se halla todo junto en su perfecto ser. Si vuestra merced fuese tan dichoso que pudiese ver la gran proporción y orden, que tan curiosamente

observo en su rostro, confesaría por fuerza, haber el cielo largamente derramado sobre ella los tesoros de gracias que suele repartir; y que merece ser celebrada por el más exquisito milagro de hermosura.

DAMASIO.- Tente, dame la mano, no quiero que pases más adelante porque no caigas. ¿Pero sepa yo ahora quién es esa alhóndiga de gracias?

CORNELIO.- Es verdad que me avergonzaré de nombrarla. Cuando menos la señora Policena hija del señor Ramiro Corvato.

DAMASIO.- A fe de quien soy que lo sospechaba. Vales cuanto pesas, para loar una martingala. Ha, ha, ha! Ahora sí que puedo decir, que el devaneo ha manifestado tu modorra, o locura: dale tú el nombre que se te antojare; que la comparación, dejando aparte la sangre de la señora, ha sido cierto extremada.

CORNELIO.- Luego los caballeros dan en la sangre, sin mirar que es la peor cosa que las mujeres tienen, pues las hace inútiles los seis días del mes.

DAMASIO.- ¡Ha, ha, ha mala! Pascua te venga, bellaco desvariado, que me haces reír sin gana: no más, que es ya tiempo de ir a saber lo que mi señora habrá hecho con Aries, que no veo la hora de salir de este preñado.

CORNELIO.- Antes de entrar en él.

DAMASIO.- El diablo te lo dijo.

Escena VI

RAMIRO, VIOLANTE, DAMASIO, CORNELIO.

RAMIRO.- ¿No ve vuestra merced al señor Damasio, como nos sale al camino?

VIOLANTE.- Ya le he visto. Y bien, ¿adónde vas ahora, Panperdido?

DAMASIO.- Vengo a acompañar y servir a vuestra merced. ¿Pues, señora, podemos esperar algo de bueno?

VIOLANTE.- Creo que sí, porque este caballero, habiéndole parecido bien, me ha prometido de tratallo con Cervino su yerno, y hacer de manera que haya efecto.

DAMASIO.- Es tan extraño el humor de aquel hombre, que lo pongo en duda.

VIOLANTE.- No hay razón para desconfiar, y muchas para darlo por hecho, y así con esta buena esperanza, anima a Macias, que te creará más que a mí: haz de manera que coma y se alegre.

DAMASIO.- Oyes, Cornelio, torna presto.

CORNELIO.- Déjeme vuestra merced ir primero, que si no voy no podré volver en un año.

DAMASIO.- Digo que eres un sabiondo mozo, sea así ni presto, ni tarde: mas vuelve a tiempo, porque no se nos pase la ocasión.

CORNELIO.- No hará si yo la asgo una vez del copete.

DAMASIO.- Temo que con esas chanzas se te ha de olvidar a lo que te envió.

CORNELIO.- Corría peligro, a no llevar la memoria en la mano: deténgome a posta, porque me parece que no es hora de hallarla en casa, por ser a la que siempre anda a caza de bodas.

DAMASIO.- Vete por donde sospechas que puede acudir, y mira que la ofrezcas grandes cosas.

CORNELIO.- Desde ahora la ofrezco al León del Moro, y la encomiendo a los muchachos de la Plazuela vieja, a quien toca canonizarla: que no la podrá faltar según sus buenos pasos.

DAMASIO.- Haz lo que te digo; camina. Ramiro amigo, mañana os espero: no se os olvide la agua de olor que me habéis prometido, que no la quiero perder.

RAMIRO.- Lo que parece vuestra merced al señor Curuca su padre, que nunca olvidó cosa que le prometiesen.

DAMASIO.- Ya os entiendo: el que trae la cuerda arrastrando, no está libre: hagamos ambos nuestro deber, que yo me acuerdo como veréis.

RAMIRO.- De mi parte no habrá falta, beso las manos a vuestra merced. Así se han de tratar estos aprendices: cómo le he dado en los cascotes: mejor se los rompan, que él me saque la agua, si no viene el vino. A Policena con eso.

RAMIRO, CERVINO.

RAMIRO.- Bien dicen que los barberos parece que comen carne de lechuga, porque no pueden guardar secreto, ni yo veo la hora de topar al señor Cervino, para vomitar el del casamiento de su hija, que ya me trae reventando: allí viene.

CERVINO.- ¿Qué hay por acá, Ramiro?

RAMIRO.- Vengo de acompañar a mi señora Violante de Cabrera, que ha estado en casa del señor Aries.

CERVINO.- ¿En casa de mi suegro la señora Violante?

RAMIRO.- La mesma en casa del mismo, y si supiese vuestra merced la causa, podría ser que le fuese de mucho contento.

CERVINO.- Cosa del diablo es la descarada libertad que se toman estas viudas: que so color de no tener quien les haga las cosas, están siempre con los mantos acuestas: no me quitará de la cabeza, que no es agua limpia.

RAMIRO.- ¿Es posible que una persona tan prudente haga juicio temerario, habiéndole dicho, que si supiese a lo que ha ido, por ventura te daría contento?

CERVINO.- Y hasta que sepa otra cosa, me estaré en mis trece. ¿Pues qué hay?

RAMIRO.- No me han dado tanta licencia.

CERVINO.- Ya sabéis mi humor: decí presto lo que sabéis; no me hagáis entrar en alguna mala sospecha.

RAMIRO.- No podrá ser peor, a mi parecer, aunque me tarde; no es razón que yo me atreva a decir lo que toca al señor Aries: mas si se contenta de entender el caso, sin las personas, yo lo diré.

CERVINO.- Decímelo como quisiéredes y sea luego.

RAMIRO.- Que me place. Tratarán a vuestra merced, antes de mucho tiempo, de un cierto matrimonio.

CERVINO.- Mira con que me sale, después de muy regateado, ¿todo eso era? Ojalá fuese de deshacer el mío.

RAMIRO.- Si creyese que vuestra merced lo entiende así, me atrevería a decirle que no tiene razón: porque es muy envidiado de la ventura que ha tenido, en topar con una señora tan principal, de sangre, hermosura y virtudes. ¡Pues qué labores salen de sus manos!

CERVINO.- Podríaos yo responder lo que el caballero romano a uno de sus familiares, que le dijo otro tanto, mostrándole un pie: vos, amigo, solamente veis que este zapato es nuevo y bien hecho: pero no donde me lastima. ¿Mas quién os ha dicho lo que Marcia sabe hacer de sus manos? No pensé que sabíades tanto de su hacienda como decís.

RAMIRO.- Selo por haber servido la casa de su padre veinte años, y haber traído a su merced en estos brazos más veces que tengo pelos en la barba.

CERVINO.- ¿Qué tan grande sería entonces Marcia, a vuestro parecer?

RAMIRO.- ¿Por qué lo pregunta vuesa merced?

CERVINO.- Por saber la edad que tiene ahora: que sobre ella andamos

siempre en pleito.

RAMIRO.- Será, si bien me acuerdo, de veintitrés a veinticuatro años. Mas volviendo al casamiento, mire vuestra merced que quiero mis albricias si se hace.

CERVINO.- Si las queréis ganar, habeisme de decir de quién ha de ser.

RAMIRO.- Yo lo diré, pero con condición que no lo ha de saber otro ninguno.

CERVINO.- No habéis miedo.

RAMIRO.- De la señora Casandra, con un caballero que pierde el seso por ella.

CERVINO.- ¿Pues de dónde lo viene? ¿Cómo, o por qué la quiere?

RAMIRO.- No sé, señor, yo tengo que hacer; no quiero nada de vuestra merced.

CERVINO.- Esperad, esperad, ¿qué, priesa tenéis? ¿Hay alguna mala muela, que sacar?

RAMIRO.- A una señora que está rabiando, ya me tardo.

CERVINO.- Rabia mala la mate, sácaselas todas a mi cuenta. Mas decidme, ¿cómo es posible que haya quien esté enamorado de mi hija, no la pudiendo ver persona una?

RAMIRO.- No, sino el día que vuestra merced se casó.

CERVINO.- En una hora.

RAMIRO.- En un volver de ojos se pega aquel mal, que es como el arcabuzazo, que antes hiere que se oye.

CERVINO.- ¿Y quién es, Dios nos defienda dél, el galán de tan seco corazón, que tan presto se encendió?

RAMIRO.- Vuestra merced lo imagine, que yo no sé otra cosa.

CERVINO.- Vais en buen hora. Bien dijo Alexandridas, que el día de las bodas es el principio de muchos males. Quien trata con lobos traiga el perro al lado. Debrían los que gobiernan sus casas con tanto descuido ser puestos en un palo. A dicho deste buen hombre, yo estoy cual digan duelos: él ha servido a mi suegro veinte años: dice que Marcia tiene cuatro más: que la ha tenido en los brazos tantas veces, y esto sería por lo menos a los nueve o diez. El doctor Cornejo dice que halla en sus libros haberse empañado, algunas de aquella edad. Mira, por amor de mí, qué aliño, para que no le pasen al hombre por la fantasía mil sombras espantosas. Desdichado de quien tiene su honra en tan roedora carcoma, que no le da un momento de reposo. ¿Mas quién puede ser éste tan enamorado? No entiendo cómo ha sido. La doncella de suyo no es maliciosa: está bien guardada: Marcia es su madrastra, y no la incitara el amor que la tiene a sacarla para que nadie la vea. Pero con todo esto, no se han movido sin causa estos tratos que dice Ramiro. No sé qué me pueda hacer más, ni qué me traigo en esta cabeza, que terriblemente me inquieta. Fortis imaginatio generat casum. No querría que me sucediese lo que al otro, que por haberse hallado a un juego de toros, soñó aquella noche que tenía cuernos, y amaneció con ellos en la frente. Si el destino no se puede vencer, y mi cuidado no basta, déme quien es poderoso, para remediar mi pena, paciencia.

Escena VIII

CERVINO, INOCENCIO, BEZERICA.

CERVINO.- Ta, ta, ta.

INOCENCIO.- ¿Quién llama?

CERVINO.- Yo soy: llama a BEZERICA.

BEZERICA.- Aquí estoy, señor.

CERVINO.- ¿Adónde has estado dende que yo salí de casa?

BEZERICA.- Donde vuestra merced me manda que esté.

CERVINO.- ¿Di la verdad, bellaquillo?

BEZERICA.- Allí he estado, por vida de mi madre.

INOCENCIO.- Dice lo que es cierto, por esta ánima pecadora.

CERVINO.- ¿Quién os pregunta nada? Entraos allá.

INOCENCIO.- Lingua fallax non amat veritatem.

CERVINO.- ¿No te has quitado de aquí?

BEZERICA.- Nunca, sino cuando mi señora me llamó para limpiar el estrado.

CERVINO.- ¿Y mientras tú lo hacías bajó ella abajo?

BEZERICA.- No, señor.

CERVINO.- ¿Y el bachiller subió arriba?

BEZERICA.- Tampoco.

CERVINO.- ¿Quién ha hablado con él?

BEZERICA.- Ninguno que yo haya visto.

CERVINO.- ¿Y oído?

BEZERICA.- Ni oído, sino él mismo cantando sus latines.

CERVINO.- ¿Qué vestidos trata aquel que estuvo aquí?

BEZERICA.- ¿Quién, señor?

CERVINO.- El que vino a visitar a tu ama.

BEZERICA.- Yo no he visto sino aquel gatazo negro, que viene siempre a visitar la cocina.

CERVINO.- Donoso os me hacéis, y aún eso es lo que yo he menester: entrad, entrad en casa, que vos sois una mala pieza.

Acto II

Escena I

LENA, INOCENCIO.

LENA.- Cornelio ha venido a sacarme de casa, con un par de ducados: mal año para cuantos abogados hay en chancillería, y una higa para mí, si les fuere a consultar la causa del señor Damasio: en la cual sé más que presidente y oidores, y aun estoy por decir, que todos los alcaldes, cuando más están en su acuerdo. Si aún no estando el horno caliente se muestra tan liberal: ¿qué puedo esperar, cuando los favores de la dama anden en su punto? Sus, Lena, manos a la labor: válgate ahora tu ciencia y habilidad; haz como quien eres. Mas tantas veces va la cabra a las coles, que deja el pellejo. Animo, que las mercancías de mucho provecho no se adquieren sino con gran peligro: ¿es ésta la primera de tus hazañas? Sí, que tan mercader queda quien pierde como el que gana. ¿Mas qué digo? Veisme aquí libre y excusada de ir a casa del caballero del unicornio, pues viene allí mi doctor, con tantas letras sobre el bonete, que lo haré creer que las anguilas no son peces. Animas de purgatorio, ayudame. Benedictus, benedicta, et in secula, sed libranos de mal amen. En hora buena vea yo a mi buen señor. ¿Sin duda que vendrá ya de visitar algunas santas casas? Al fin no vale otra cosa desta vida, sino el haberse empleado con caridad en buenas obras: que el bien hacer nunca se pierde: dichosa madre que tal hijo parió, que yo apenas he tenido tiempo para pasar mi corona, por haberme ocupado en remendar unas camisas a ciertos romeros que van a Cerveros.

INOCENCIO.- Dígoos de verdad, que estando en casa, con sobrarme tiempo, no puedo recorrer mis estudios, y así me voy al cimiterio de la Madalena, a decir mis devociones: por eso ved lo que me mandáis.

LENA.- Bueno sería mandar a quien deseo servir de ojos. ¿Hase vuestra merced acordado de lo que me prometió?

INOCENCIO.- Aunque no lo he olvidado, no he podido hacer nada con mi señora, por ser su marido muy sospechoso: mas no perderé la ocasión.

LENA.- Mayor caridad que esa podría hacer, si quisiese.

INOCENCIO.- Cupio rem gratam facere. Y así decime en qué; que siendo como decís, me emplearé, como veréis, ex todo corde.

LENA.- Es obra tal que si en acabándola muriese, granizaría el cielo ángeles para llevarle al paraíso.

INOCENCIO.- Yo no deseo sino hacer bien.

LENA.- Y tal bien como esté. ¿Qué cosa hay de más merecimiento, que excusar los escándalos, que puede haber entre dos grandes linajes? ¿Qué digo dos linajes? En dos ciudades, donde podrían nacer tantas enemistades, que muriesen personas sabe Dios cuantas.

INOCENCIO.- Decidme pues lo que es presto, que se me hace tarde.

LENA.- Es una de las grandes cosas que habrá oído en su vida: pero por el padre que le engendró, que cuando por evitar estos escándalos, no lo quiera hacer, ni emplearse en tan santa obra, no diga palabra a persona

del mundo: que si yo no supiese con quien hablo, y cuanto puede ayudar a remediarlo, antes me dejara coser la boca.

INOCENCIO.- Quis es quem tibi fidem prestare possis? Seguramente lo podéis decir: ¿cómo os llamáis?

LENA.- Tengo, con reverencia, más nombres que un menudo de puerco. Lena Corcuera de Cienfuegos, a su mandado.

INOCENCIO.- He conocido yo desos apellidos, personas muy honradas, y en grandes puestos. ¿Era, por ventura, vuestro pariente Corcuera maestresala del conde de la Gomera, que vino a ser tesorero del de Oñate, y murió contador del marqués de Falces?

LENA.- Al fin como hombre de letras, ha sacado en limpio un parentesco, que no le hallará una hanega de trigo: no fue menos que hermano de mi padre, el cual fue casado tres veces, y a mí me hubo en la segunda mujer llamada Calidonia de Valverde.

INOCENCIO.- Copia flores propinquorum. Mucho me huelgo de tratar con persona de tan buena casta, y así, señora llena de cien fuegos, tornemos ad rem nostram, que aquí quedará todo seguramente enterrado.

LENA.- Ha de saber, pues, que una gran doncella... mire que va en secreto.

INOCENCIO.- Así lo tomo yo; tacitum relinquam.

LENA.- Prima hermana de la señora Marcia, instigada del enemigo malo, se huyó de su casa con un caballero.

INOCENCIO.- ¿Prima hermana de mi señora? Credibilem non est. Mirad lo que decís.

LENA.- Primísima digo.

INOCENCIO.- ¿Y qué se ha huido?

LENA.- Huido, y aportado a esta ciudad, que ni su padre, ni deudos, no saben della, ni menos de quien la sacó: aunque los andan buscando por mil partes, haciendo grandes diligencias y promesas, para hacer crudo estrago en cuantos hallare culpados. Mire qué derramamiento desangrese verá y cuántos rencores para nunca cesar las enemistades. Ahora la pobre doncella está, conociendo su error, arrepentida; desea meterse en algún monasterio, por medio de la señora su prima: y que aquel caballero se vuelva a su casa, a dar muestra de sí, para que no se entienda haberla él sacado. Y esto no se podría venir a saber, sino por boca de vuestra merced.

INOCENCIO.- Ya os he dicho que no os dé pena eso: porque yo hago las cosas debajo de las faldas.

LENA.- Tanto que mejor: podrase decir, que por huir de las vanidades del mundo, se vino de su motivo al olor de la santidad de las monjas desta ciudad.

INOCENCIO.- Recté profecto. Consilium mihi tuum probatur.

LENA.- Probado me dice, si vuestra merced la viese y gustase della tendría mas lástima porque es una rosa de dieciséis años aunque ahora está tan marchita y afligida, que parece una santica.

INOCENCIO.- ¿Qué es lo que yo podré hacer por ella, a vuestro parecer?

LENA.- ¿Qué? No menos que darle vida.

INOCENCIO.- ¿Luego es muerta?

LENA.- Poco menos.

INOCENCIO.- Vengamos pues al modo.

LENA.- A eso voy. La cuitadita, informada de algunas personas espirituales, que, por su virtud, le han dicho ser yo la que debería, ha hecho confianza de mis tocas, rogándome que lleve, o envíe a la señora Marcia una carta, en la cual se le descubre y cuenta B por B, y C por C, el caso: pidiéndola consejo y socorro en su tribulación. Y pues vuestra merced dice que no le puedo hablar, si quisiere encargarse de hacerle tan gran caridad, aquí la traigo.

INOCENCIO.- Pietatem exerce. Dádmela, hermana mía, que yo lo haré de muy buena gana, que cierto la obra es santísima.

LENA.- No quería que nos hubiese visto aquel enemigo de su amo.

INOCENCIO.- No tengáis miedo, que nunca sale de casa, si yo no quedo en ella.

LENA.- Si la señora, después de haberle contado el caso, estuviese dura, diciendo no tener parienta fuera de aquí: que como son personas de calidad, no quieren a las veces, por su honra, aceptar lo que les parece vergonzoso, dígale, que bien se puede fiar de nosotros: y acuérdesse de que la primera cosa que le ha de decir sea, que la dueña a quien su marido trató tan mal, le ha dicho todo esto, y dado esa carta, que creo bastará por su mucha bondad.

INOCENCIO.- Prestabo quod a te mandatum est libentissimè. Y uso del superlativo, para daros a entender con cuantas veras haré lo que me encomendáis: y porque, a mi parecer, in hoc tota res agitur, quiero volverme a casa, a ver si lo podré poner luego en ejecución.

LENA.- Los truenos y Dominaciones le acompañen.

INOCENCIO.- Ellos vayan en vuestra guarda.

LENA.- ¿Es posible que haga la natura los hombres, y que no se acuerde más de ellos,? No verá este pedazo de carne con ojos un cuerno en una barreña de leche: bien haya la burra que acá le trajo: y qué bueno es el hombre, ya no podía sufrir más la risa: gentil centinela para un antecuco como su amo: bueno se le va poniendo el cimero. Lena, Lena, tú sí que te puedes, sola, llamar nata y flor de las mujeres del arte, y aun de los doctores de Salamanca; pues has sabido inventar de repente tan extremada conseja, tan a punto y bien colorarla: tengo una lengua que corta y sé: pero contra un celoso que no sale a cuento. Al fin los maestros hacen bien las cosas. Quiero con tan buen pie volverme a mi casa, que tengo el mal del lobo en el cuerpo, y después iré a buscar al señor Damasio, que no serán de hoy más perdidos. Amén.

Escena II

ARIES, RAMIRO.

ARIES.- Paréceme que es ya tiempo de ir a hablar a mi yerno: holgaríame mucho de acertar a dar gusto a la señora Violante: que cierto no he visto mujer, que más me hincha el ojo, ni que con tanta gracia diga su razón. Cómo me venís, Ramiro, en buena fe, a propósito.

RAMIRO.- Tendría a buena dicha que se ofreciese en qué poder servir a vuesa merced. Si soy bueno para alguna cosa, aquí estoy como de cera.

ARIES.- Sois bonísimo para todo. Ahora voy a tratar con Cervino lo que mi señora Violante me mandó.

RAMIRO.- Vuestra merced hace como quien es.

ARIES.- Todos somos obligados a servir a semejantes personas.

RAMIRO.- ¿Y piensa vuestra merced hacer algo?

ARIES.- Espero que sí. Mas decíme, por vida mía, ¿cómo tenéis tanta amistad con ella? A fe que os tengo envidia.

RAMIRO.- He sido todo de su marido, y lo mismo soy ahora de sus hijos, que puedo aquella decir haberlos criado así tengo aquella casa siempre abierta para cuanto de ella he menester.

ARIES.- Cierto que la dama es digna de ser amada y servida de todo el mundo: y si yo, por vuestro medio, pudiese entrar en su gracia y alcanzar algún favor, sé de cuánto provecho os sería.

RAMIRO.- ¿Cómo favor? No piense vuesa merced tal cosa, que se le hace muy gran agravio. Si me dijese que se casaría con ella, entonces sería otra cosa, y por ahí llevármela. ¿Mas cómo, señor, es posible olvidar tan presto la difunta? Bien dicen que el dolor de mujer muerta, dura hasta la puerta.

ARIES.- ¿No sabéis lo que dijo Hipponacte: que de un casamiento, no se pueden esperar sino dos días buenos: el de las bodas, y el de la muerte de la mujer?

RAMIRO.- También dicen ellas, que no hay día malo sin marido.

ARIES.- Dejemos eso como quiera que sea: dalda un tiento; ¿qué sabemos? ¿Podéis perder más que las palabras?

RAMIRO.- Una palabra inquieta toda una vida: y así no sería pequeño daño, si, como me podría suceder, las perdiese con el pellejo para siempre: pues en viniendo a oídos de sus hijos, me enviaran a poner tienda al otro mundo: donde nunca he podido saber la ganancia que tienen los barberos, que me dicen andan todos chamuscados.

ARIES.- Bien lo podéis hacer diestramente, que para todo tenéis habilidad.

RAMIRO.- Aquí sale a punto el señor Cervino.

ARIES.- Andad en buen hora, y mirad que no olvidéis.

RAMIRO.- No haré otra cosa.

Escena III

CERVINO, ARIES.

CERVINO.- ¿Señor, adónde en hora buena tan temprano?

ARIES.- A tratar con vuestra merced un negocio que nos importa mucho.

CERVINO.- Mandáreme vuestra merced llamar que yo le hubiera excusado este trabajo.

ARIES.- Deseaba también ver a mi hija; pero luego iremos, que lo hemos de haber a solas.

CERVINO.- Como vuestra merced mandare.

ARIES.- Dicen, señor Cervino, y es así, que el que nos quiere por parientes, nos honra: porque no queriendo decir otra cosa emparentar, que hacerse pares, quien procura ser par nuestro, presupone que nosotros somos mejores que él: porque naturalmente cada uno apetece y pretende su aumento, o verdadero, o aparente. La señora Violante de Cabrera, mujer que fue de Satiron Curuca, ha venido a mi casa a rogarme que proponga a vuestra merced matrimonio entre Macias, que es el menor de dos hijos que tiene, y la señora Casandra. Ya sabemos que los Curucas y Cabrerías son de las casas más antiguas de España, y que su calidad y hacienda es hoy de las mejores de esta ciudad. Él, fuera de desearlo mucho, por estar en extremo enamorado de las buenas partes de la doncella, tiene una mejora de su padre, de mucha importancia: es bien disciplinado y virtuoso, que no importa menos que el ser bien nacido, y así soy de parecer, que se debe abrazar el partido.

CERVINO.- No se puede negar lo que vuestra merced dice, aunque seso, dinero y bondad no es siempre verdad; pero dos cosas no me agradan: la una, que diciéndose que se la he dado, si se la diese, sabiendo que estaba enamorado de ella, que antes de ahora me ha zurriado en las orejas, sería dar a entender que mi hija hubiese hecho alguna liviandad, por la cual me fuese forzoso casarla con él: que a mi parecer es negocio de gran consideración. Y la otra es, que yo, por hablar claro, no querría que su hermano, entrando en mi casa, con esta ocasión intentase, qué sé yo, de Marcia: que es muy propio de los que viven a costa de la comunidad.

ARIES.- Esas son dos frivolisísimas razones: antes muy viles excusas. Cuanto a la primera, la verdad tiene siempre su lugar: y cuanto a la segunda, digo que es gran bajeza pensar cosa, que debe de proceder de tener poco crédito de una mujer tan principal y virtuosa como mi hija, cuya bondad es muy conocida en esta ciudad: y crea que me pesará mucho, si persevera en sus extremos.

CERVINO.- Está bien, señor, yo pensaré en ello, y responderé a vuestra merced con brevedad.

ARIES.- Déjese de buscar el pelo en el huevo: yo soy de parecer que se acepte el partido, y que tratemos cuanto antes de las capitulaciones. Entrémonos a ver a Marcia.

CERVINO.- Malas lanzadas.

Escena IV

CORNELIO, MACIAS.

CORNELIO.- Crea vuestra merced que perdemos tiempo, porque estoy informado de uno que ha servido en esta casa más que un año, que no la dejan ver ventana sino por jubileos, y si sale de casa de manera que apenas si le pueden ver los ojos. Lo demás del tiempo, está tan presa, como si hubiese hecho algún maleficio.

MACIAS.- Vamos, que con todo eso quiero imitar al elefante, que no pudiendo nadar, se contenta con pasearse a la orilla del río: porque ver las paredes que guardan tan precioso tesoro me será como refrescarme en la ardiente sed que por verla padezco, y consuelo para los ojos corporales, envidiosos de los del entendimiento, que con mi gran daño la ven siempre.

CORNELIO.- No puede, señor, uno ser buen criado y adulator: ¿quiere vuestra merced que le diga lo que entiendo?

MACIAS.- Di lo que quisieres.

CORNELIO.- Con esa licencia me atreveré a decir lo que el filósofo Panecio respondió a un mozo que le preguntó, ¿si sería bien que un sabio fuese enamorado? Dejemos estar al sabio, mas tú y yo, que no lo somos, no nos empañemos en cosa tan cara batida y violenta, que hace a los hombres esclavos de otros, y menospreciados de sí mismos.

MACIAS.- Es muy de sabios decir las cosas mas como sirven que como ellas son.

CORNELIO.- Sea como fuere: yo no persuadí a vuestra merced a salir a espaciarse, para andarnos por aquí, calle arriba y calle abajo, papando viento: que es un despropositado devaneo; el suspirar, ramo de locura; el llorar, locura expresa; y el demasiado deseo, archilocura.

MACIAS.- Si amor, o Cornelio, fuese acto voluntario, tendrías razón de reprenderme; mas siendo forzoso, la reprensión es tan indiscreta como sería decir a un enfermo que hace necesidad en morir. Así que si quisieres ser el buen criado que dices, debes atender a servirme dándome antes ayuda que consejo.

CORNELIO.- Vuesa merced tomo de buena parte cuanto le digo, pues sabe que arriscaré mil vidas por su servicio.

MACIAS.- Procura pues buscarme quien sepa curar de mal de amores; aunque sea, como se sacan los espíritus, a fuerza de conjuros: y si no tiene cura, déjame morir del mal que mi estrella me ha destinado. ¿Piensas tú que desde aquel, para mí triste, día de las bodas de Cervino, donde mi hermano me llevó como por fuerza, no anteví todo esto? Cree que se me representó tan claramente, como lo pruebo ahora: pues viendo entonces las gracias de mi señora Casandra, iba cuando podía deteniendo la vista, y excusando el mago acento de su dulcísima voz. Mas, ay, ay de mí, que mal se puede el hombre esconderse del rayo, cuando Dios nuestro señor quiero herirle. Es su habla tan melodiosa, y de tan grande eficacia, que

sujetaría la más rebelde y contraria resistencia de amor; adularía la áspera amargura; atraería la terca rusticidad; depravaría la santidad; encarcelaría la libertad, y ablandarla un corazón de diamante. No le mostró Siques tan bella al dios Cupido su amigo; ni la diosa Venus al hermoso pastor Paris cuando ganó la manzana. De una sola vez que acaso me miró, vi salir vivamente de sus divinos ojos un espíritu de fuego, acompañado de tan grande potencia, que al punto se apoderó de mi corazón, y me sujetó a esta terrible servitud de amor en que me veo: tanto que los sentidos exteriores, dejando lengua y pollos sin vida, se retiraron adentro a darte socorro: mas no pudiendo, en aquel punto y por la misma vía, enviaron a la alma por embajadora, y partiéndome de allí, en su lugar traje conmigo este tirano espíritu: y dende entonces no tengo nueva ninguna de ella: ¿mira tú ahora lo que será de mí?

CORNELIO.- Por menos he yo visto otros, en casa de los locos.

MACIAS.- ¿Qué dices, hermano Cornelio?

CORNELIO.- Digo, señor, que grande amor es gran dolor. En mí pruebo ahora que las penas ajenas también duelen a quien las oye. Nunca creí hasta este punto, que esta pasión amorosa tiene la virtud de las nóminas que cuentan del otro nigromante, que hacía andar en pie cuerpos sin almas. Pero no se han de comprar latos a cada canto de mochuelo que se oye en el tejado. Mas estimado es lo que con trabajo se alcanza. Veamos en qué para el casamiento, y cuando por el camino que lleva, no hagamos nada: paréceme que debemos fundar toda nuestra empresa en Lena, y en el señor Damasio: porque si la madrastra continua el amor que le muestra, el negocio está en la mano: pues sin duda gustará de que haya quien tenga contenta a la señora Casandra: que como sabe ya lo que pasa, debe estar con más ansias que vuestra merced, porque en el imperio de cupido dicen que los deseos, penas y deleites son iguales.

MACIAS.- Tras las grandes esperanzas está el desesperar. Al consolador, amigo, no le duele la cabeza, ruega a Dios que se efectúe el casamiento, que cualquiera otra cosa es hacer torres en el viento.

CORNELIO.- ¿Por qué, señor?

MACIAS.- Porque tengo por imposible, que aquella señora siendo quien es, y recién casada, comience tan presto a agraviar al marido. Ni cuando, dejando esto aparte, quisiese, no sé si podría hacerlo.

CORNELIO.- ¿No ha oído vuestra merced decir, que donde hay mujeres, hay modo? Quiera ella, que fácilmente le hallará: porque todas en esta materia son dotas, y ella, a buen seguro, no alcanza menos que otra cuando es menester. ¿Piensa vuestra merced que se le hará muy dificultoso engañar al marido? ¿Es por ventura Cervino más que un hombre?

MACIAS.- ¿Y parécete poco si lo es?

CORNELIO.- Poquísimo, porque las mujeres son de la piel del diablo, y la más simple dellas engañara a un colegio de Catones, y en un siglo tan sabio, que comodidad no es suficiente. Cuanto más, teniendo dentro de casa la mejor tercera que podríamos desear.

MACIAS.- Tercera en casa, ¿cómo nunca me has dicho tal cosa? ¿Podémonos fiar de ella?

CORNELIO.- Sin ninguna duda.

MACIAS.- Dime presto quien es, que me has vuelto la alma al cuerpo.

CORNELIO.- Luego no estaba tan lejos como pensaba.

MACIAS.- Basta que reside más donde ama.

CORNELIO.- También tengo yo mi rato de melancolía, pero siempre me estoy entero como mi madre me parió, y si pensase que por amar me había de faltar un pelo, desde ahora tocaría caja contra amor y sus secuaces.

MACIAS.- No me quiebres la cabeza, ¿di si quieres quién es aquella persona?

CORNELIO.- La desconfianza, que es el todo en aquella casa.

MACIAS.- ¿La desconfianza? Según eso quieres que desconfiando me desespere.

CORNELIO.- No me pasa por pensamiento.

MACIAS.- Declárate pues, que no te entendería Séneca.

CORNELIO.- ¿No sabe vuestra merced que no hay leona ni tigre, a quien hayan quitado los hijos, como es una mujer ofendida de desconfianza? No hay cosa porque más presto se haga enemiga del marido: y esta señora no dice que lo es gran manera, y así debe de tener más deseo de vengarse que quien la incite.

MACIAS.- Cuando las áncoras están firmes, no falta consuelo presente, ni esperanza de lo que está por venir: volvámonos a casa, que esas son consideraciones a la ventura.

CORNELIO.- No hay noche sin día. No nos quejemos tan presto del amor, que por ventura será más benigno de lo que pensamos: pues sus frutos cuanto en su flor son más amargos, tanto son más amargos, tanto son más dulces, cuando maduros: y en teniendo sazón, de fuerza han de caer. Paciencia, señor, que el tiempo es enemigo de los que sin ella se apresuran: él como buen consejero lo dirá: y mientras no se puede galoppear, trotemos.

Escena V

INOCENCIO, LENA.

INOCENCIO.- Gravem curam suscepi. ¿Dónde hallaría yo ahora aquella buena mujer? Que sin duda lo es según sus caritativos pasos. Gran descuido ha sido no preguntarla dónde mora. Anceps valde sum. Habré de buscarla por esos hospitales de donde nunca sale, aunque más acude, según me dijo, a la Concepción: allí pienso hallarla.

LENA.- Ce, ce, ce, señor licenciado, algún buen espíritu le trae siempre adonde es deseado. En este punto estando cogiendo unos paños, que he lavado del hospital de Esgueva, me vino un mensaje de aquella señora, diciendo que desea mucho saber el recado que he dado a su carta, y si puede esperar buen suceso su negocio. Y así diciendo quien deja caridad por caridad, no peca: lo dejé todo, y salí a buscar a vuestra merced.

INOCENCIO.- Fue mi ventura echar por esta calle, viéndome perplejo, por no saber adónde os podría hallar: que por ser tan corto, aun no sé vuestra casa.

LENA.- No me corro yo poco deso, y así quiero la sepa en todo caso: que para personas tales, la tengo siempre abierta. ¿Sabe, hijo mío, la casa de los orales?

INOCENCIO.- No sé otra cosa.

LENA.- Pues pared en medio de un oficial que labra de cuerno, como tinteros, peines, calzadores y linternas, es mi pobre habitación, a su mandado.

INOCENCIO.- Con tantas señas, no podré errar ya; huelgo mucho de saberla.

LENA.- ¿Tenemos algo conque poder consolar los tristes?

INOCENCIO.- Ya he dado la carta a mi señora: leyola delante de mí, y según lo que pude colegir, entiendo haberle pesado mucho del mal suceso de la prima.

LENA.- ¿De manera que entendió vuestra merced lo que decía la carta?

INOCENCIO.- Las palabras no, porque leía para sí: dígolo por haber visto que mudó de color suspirando, aunque lo quería disimular.

LENA.- ¿Qué piensa que es el amor de la sangre? Decía mi marido, que la sangre se muda fácilmente en agua.

INOCENCIO.- ¡Oh, qué escogida sentencia! Vuélvemela a decir, que la quiero encomendar a la memoria, para no menester.

LENA.- Que la agua se muda presto en sangre.

INOCENCIO.- Y cómo que es ello así, y de ahí proceden las alteraciones y desmayos, que llaman mal de corazón. ¿Nunca os ha tocado algo desto?

LENA.- No ha habido mujer que más presto se alterase que yo en mis preñados, que he sido muy antojadiza.

INOCENCIO.- Al fin el entendimiento del hombre se sustenta aprendiendo. Compra la buena doctrina, y no la vendas, porque no tiene precio. Preguntome quién me había dado la carta. Dijeselo puntualmente, y luego me mandó salir, diciendo: Yo responderé, que no puedo ahora porque vendrá mi marido.

LENA.- ¿Y halo hecho?

INOCENCIO.- De otras empresas más arduas he yo salido con honra: veis aquí la respuesta. *Jacta sunt à nobis fundamenta rei.*

LENA.- El rey le dé, así como me la da, una presidencia, que más de cuatro presidentes hay, que no saben tantos latines.

INOCENCIO.- No perderíades vos nada en ello: pero *bonae artes honores vacant.* Mandome mi señora que os rogase que consoléis y deis ánimo a aquella persona de su parte, diciéndola que su merced lo remediará todo muy presto.

LENA.- Viva mil años tan buena criatura, perfecta y noble señora.

INOCENCIO.- Yo me voy, que es ya tiempo: si fuere menester otra cosa, avisámelo, que no os faltaré: y el Señor os dé salud, para que por vuestro medio se hagan muchas obras semejantes, que cierto: *hoc tuo facto laudabuntur omnes.*

LENA.- Nunca él le falte. Sin duda que me debe de tener éste, por la segunda. Puta vieja, latín sabéis, pues me jerigonza la mayor parte de lo

que habla. A buen seguro, que habrá la maestra escrito en esta carta mil petrarquerías, porque, según me ha dicho la ama que la crió, sabe cuanto hay en Amadis, que no hay más que decir, pues el señor Damasio, que ha poco que vino del estudio con las botas llenas de latín, responderá a las mil maravillas, y habrá entre ellos un pasatiempo del otro mundo: y a mí no me faltará contento, pues he de ser repagada del entonar estos órganos.

Escena VI

ARIES, RAMIRO, VIGAMON.

ARIES.- ¿Vigamon?

VIGAMON.- Señor.

ARIES.- ¿Qué hora es?

VIGAMON.- Las nueve darán, si no ha dado.

ARIES.- Mas pensé que se habían de olvidar al reloj en la faltriquera. Sus, veme a llamar a Ramiro presto, dilo que me venga a hablar, que tengo con él un negocio de importancia.

VIGAMON.- ¿Iré a su casa, o a la plaza?

ARIES.- Mas cierto será hallarle en la tienda: mas por sí, o por no, vete por la acera de San Francisco, que podría ser hallarle recogiendo nuevas que contar a sus descansadas lenguas. ¿No es él que allí ves?

VIGAMON.- Él mismo, ¿Ramiro, ah, Ramiro, no oís? Ramiro, esperad con la maldición.

RAMIRO.- Esa te lleve a cuestras, qué gentil crianza de Satán.

ARIES.- Esperad, hermano Ramiro, parece que no queréis oír; ¿dónde vais tan negociado?

RAMIRO.- Ando por mudar de casa, y así voy de priesa a buscar al dueño de una, que me vendrá a propósito, y quiero acudir con tiempo, antes que otro me gane por la mano, que andan muchos golosos por ella; vuestra merced me perdone, si no me detengo.

ARIES.- Esperad un poco, por amor de mí. ¿Habéis visto más a mi señora Violante?

RAMIRO.- Señor, no.

ARIES.- Ya he tratado con mi yerno de aquel negocio que sabéis.

RAMIRO.- Sea muy en hora buena, vuestra merced me dé licencia, que no puedo rascar la cabeza.

ARIES.- Veámonos.

RAMIRO.- Como me desocupe. Renega de viejo que no adivina: en efecto a éste se te ha entrado de rondón la sensualidad en el cuerpo: mirad por amor de mí qué seca llamada, querría él ahora que yo tornase el pulso al gato, mejor le arrastren: no haría semejante bajeza, si me diese cuanto

tiene. Es aquella señora una bendita, y cuando no lo fuese, menos lo haría porque fuera de ser oficio de ruines hombres, está de por medio aquel desenvainador de Damasio, su hijo, que trae el seso, como los cangrejos, en la escarcela: no querría darle ocasión para que me matase, y que después, entiendo el porque, dijese toda la ciudad: benditas sean manos que tal hicieron: si quisiere hacerse la barba, lavársela he con mil aguas de olores; si sangrarse, hasta que no le quede gota en el cuerpo, me emplearé en su servicio de mil amores: pero alcahuete yo, no es cosa. Es lo bueno, que cuando bien pudiese ponerlos a brazo partido, le tendría por la misma castidad: porque cuando un viejo presume hacer del valiente, es para perder antes con antes el pellejo. Mas dejando esto aparte, ¿qué cosa es ver un venerable anciano que pone en punto de aguja, seso, honra, hacienda y vida a discreción de una flaca mujer? ¿Qué pensamientos le acompañarán, cuando después de haber sido marido treinta años, se ve a pique de andar su honra por los cantones, mostrado con el dedo, hecho pasatiempo y fábula del pueblo, sin poderse librar del mercado que se hace en nuestras tiendas? Mas quién no mofaría ver derramar lo que con tanta tenacidad se ha escaseado toda la vida, conociendo su impotencia, con quien presume que le puede renovar y hacer un sansón, sin copete, a fuerza de sus envaimientos y filtros amorosos, de los cuales nos libre Dios y a los casquivanos que allí vienen tocados de la misma yerba.

Escena VII

CORNELIO, MACIAS, DAMASIO.

CORNELIO.- ¿Quién pudiese adivinar en qué casa habrá entrado a sembrar cuernos la astutísima Lena? Debe de estar emboscada, pues no la podemos descubrir en tantas horas.

MACIAS.- Va en mi poca ventura para que acabe de abrasarme sin ningún remedio.

CORNELIO.- No se congoje vuestra merced, que ella se nos pondrá presto delante: y cuando no se cate, le hará ver la luna en el pozo.

MACIAS.- En ventura el cuidado duerme y reposa: mas triste de el que no sabe en cuantas brazas de agua se halla, teniendo la alma colgada de un hilo, sin ver donde está asido. A lo menos supiésemos de otra, que me pudiese dar algún remedio, para que mi fantasía, preñada de tan vano deseo, muriese, o abortase.

CORNELIO.- Resistir las pasiones viene de varonil esfuerzo: y a los corazones flacos, les falta en las aflicciones mayores.

MACIAS.- Dichoso se puede llamar, en esta vida, el que tiene dolor que se puede resistir.

CORNELIO.- El enojo mata quien no le estima. En una noche nace un hongo: haga vuestra merced ánimo de león, que con ser el mío de oveja, me basta para hacer que su fantasía haga presto trece hijos varones.

MACIAS.- Está bien, yo veré lo que haces.

CORNELIO.- Verá que soy como la higuera, que da fruto y no hace flor.

MACIAS.- Con todo eso, temo no seas antes como la lechuza, que tiene mucha pluma y poca carne.

CORNELIO.- Esta carne nos destruye.

MACIAS.- ¿Estaría en casa Lena, cuando dijo aquel que había salido?

CORNELIO.- Si hubiera ido solo algún pobrete como yo, no fuera mucho negarla: mas viendo esa presencia de emperador, considerando el provecho, se la quitara de los brazos para dársela: que estos rufianes siempre hacen de semejantes viejas mulas de alquiler: y porque no pierda viaje, cuando ellos caminan los dejan en casa, para entretener con palabras a los que vinieren. Allí veo al señor Damasio, y a mí parecer alegre: debe traernos algo de bueno.

DAMASIO.- ¿De dónde vienen los vagabundos?

MACIAS.- De buscar a Lena, que nos trae perdidos.

DAMASIO.- No sois buenos podencos.

MACIAS.- Vos, hermano, tenéis tanta ventura, que si intentásedes volar, saldríades con ello.

DAMASIO.- En este punto se acaba de ir: habiéndome recreado el corazón con agua de ángeles.

MACIAS.- Para vos es el mundo, dadnos alguna buena nueva.

DAMASIO.- Y tal como la que yo os traigo. Veis aquí la respuesta de mi carta.

MACIAS.- ¿Es posible? Mostrad por vida de quien la envía: dejame leer, que me habéis resucitado.

DAMASIO.- No se dan semejantes cosas en otras manos.

MACIAS.- A mí, que soy vuestro hermano y secretario, no se me ha de esconder nada.

DAMASIO.- Hay pocos renglones.

MACIAS.- Pocos o muchos leedlos ya, si me queréis bien.

DAMASIO.- No puede alargarse, porque está con mucho recelo de su marido.

MACIAS.- Al fin ha escrito.

DAMASIO.- Cuatro renglones.

CORNELIO.- Mucho se puede decir en pocos: y si esta vez ha tenido tiempo para escribir cuatro, la segunda será de ocho, la tercera de dieciséis, y la cuarta ya de vencida, estando más asegurada, será viniendo a los pactos, porque debe, a lo que sospecho, de andar bien cerca de rendirse.

MACIAS.- Ea, acabemos ya, que yo os prometo que debe de ser bonísima según la vendéis cara.

DAMASIO.- Ahora quitaos los sombreros, hincaos de rodillas, y sin pestañear, estad atentos. ¿Dónde vas tú, desalumbrado?

CORNELIO.- Voy por un par de candelas, para que se lea la epístola con todas sus ceremonias.

DAMASIO.- Escucha, loco:

«No tengo, esperanza mía, ingenio ni tiempo para agradecer con

palabras dignas el amor que vuestra merced en su dulcísima carta significa tenerme, ni el contento y satisfacción con que quedo de mi dichosa suerte: por tenerme este enemigo con tanta tiranía y recato, que es maravilla haber podido tomar la pluma: y así, deseadísimos bien mío, diré cortamente, que la afición con que lo correspondo es tan grande cuan pequeña la comodidad para podérsela mostrar con las obras y brevedad que deseo: a que me esforzaré por todos los medios posibles. Entre tanto, note bien alguna persona de confianza, lo que saliere cantando mi pajecillo: que desta manera, iré dando aviso de mis pensamientos, a quien será siempre el único sujeto de ellos: en cuya memoria me encomiendo.»

¿No te parece, Cornelio, que es carta digna de una reverencial atención?

CORNELIO.- Y aun porque lo sospechaba, y estar más devotamente, querría yo encender candelas a pie de grulla.

MACIAS.- Ahora conozco ser verdad lo que las mujeres dicen; que no es amor el que presto no corresponde: y así el de esta dama es, sin duda, plus quam perfecto.

DAMASIO.- Todas las deudas reciben recompensa de diversas maneras, sino ésta, que no se puede pagar sino con el mismo amor.

CORNELIO.- Vuestra merced será pagado a lo menos en gentil moneda. ¿Qué dice ahora vuestra merced, señor Macias? ¿No me concederá que quien escribe esto, sabrá también ponerlo por obra, y contentar ir quien teme ahogarse en un palmo de agua?

MACIAS.- No cantemos triunfo antes de la victoria.

DAMASIO.- Bien has entendido, Cornelio, el aviso; a ti toca ahora estar alerta, para que cuando el paje saliere de casa, entiendas sin perder un acento lo que cantare: lleva contigo un librito de memoria, y alguna niñería que darle, porque te lo diga y deje escribir.

CORNELIO.- No perderé punto.

DAMASIO.- Más contentos podemos ir ahora a saber la respuesta que habrá dado vuestro suegro a su suegro.

MACIAS.- Buena o mala, a lo menos vuestro negocio va en popa.

DAMASIO.- Decí nuestro, pues es camino infalible para llegar a lo que tanto deseáis. Fuera melancolía, la libertad se nos restituye, y no habrá historia que haga mención de más dichosos amantes.

CORNELIO.- Ojalá: y después a la mañana con cien moros pelease, la prisa que se dan las mujeres al mal.

Escena VIII

ARIES, VIGAMON, POLICENA, RAMIRO.

ARIES.- Vigamon, Vigamon, ah, Villanchón; ¿dónde está este animalazo?

VIGAMON.- Aquí estoy, señor.

ARIES.- No oyes, porque duermes más que un lirón: ¿no tienes vergüenza?

VIGAMON.- Pardiez, señor, poca, cuando estoy traspuesto. Vergüenza es andar salteando caminos: mas el dormir no daña a otros, y aprovecha al que duerme.

ARIES.- Razón de tu aljaba: basta, que te haces donoso; entrémonos, vente conmigo. Llama allí.

VIGAMON.- Ta, ta, ta.

POLICENA.- ¿Quién está ahí?

VIGAMON.- ¿Quién manda vuestra merced que diga?

ARIES.- Pregunta si está en casa Ramiro.

VIGAMON.- ¿Está en casa el señor Ramiro?

POLICENA.- ¿Quién le busca?

ARIES.- Yo le quiero hablar.

POLICENA.- En este punto acaba de salir, no puede estar un tiro de piedra.

ARIES.- Corre, dile que le estoy esperando. No pensé que tenía Ramiro hija tan hermosa.

POLICENA.- No lo soy poco, para quien bien me quiere.

ARIES.- ¿Queda sola en casa?

POLICENA.- Más de lo que yo querría, ¿por qué lo pregunta vuestra merced?

ARIES.- Por entrar a hablarle de más cerca: abra, mi alma, la puerta.

POLICENA.- ¡Hay gracia como ésta! Ya no hay vicios en el mundo. Espere un poco, que mi padre le meterá en casa, allí viene.

ARIES.- Vengáis en buen hora, amigo Ramiro: estaba preguntando a vuestra hija, si es acomodada esta casa, que me parece bueno el puesto.

POLICENA.- ¡Hay embustero como éste! No le crea, padre, que ha querido entrar, requebrándome como si fuera de veinticinco años.

RAMIRO.- Calla, picotera, que eres una chorlita sin juicio.

ARIES.- Querría entrar a esperaros en casa, ¿fuera mal hecho?

RAMIRO.- Vuestra merced es señor de cuanto yo tengo, y como tal puede entrar, y salir cuando fuere servido.

POLICENA.- Quien oye a mi padre, y después le espanta su misma sombra y el menor viento que se mueve en casa. Mal lograda me coma la tierra, si por sólo eso, negare de hoy más la entrada, venga quien quisiere.

RAMIRO.- No lo digo por tanto, bachillera, no suba yo allá. ¿Ha visto vuestra merced la cólera de la rapaza? Es pintipara de la madre que la parió: pero tras eso la honestidad del mundo.

ARIES.- Bien se le parece. Vámonos paseando, que tengo un poco que deciros.

RAMIRO.- ¿Puedo servir en algo a vuestra merced?

ARIES.- Ya vos sabéis en qué me podríades hacer amistad, y no habéis querido: mas quiero que queráis en todo caso.

RAMIRO.- ¿Todavía está vuesa merced en aquel propósito?

ARIES.- Y no puedo hacer menos. Ya sabéis, Ramiro, cuánto desea mi señora Violante contentar a Macias su hijo, que está perdido de amores por Casandra, hija de mi yerno: y está en mi mano darle la doncella en las

suyas, o desahuciarle. Y así tengo por cierto que si lo dais a entender esto, se resolverá de favorecerme como deseo.

RAMIRO.- ¿Es posible que Ramiro Corvato haya oído de la boca de Catón semejante cosa? No quisiera por cuanto tengo, que hubiera llegado a noticia, aunque creo que es por probarme, o no conocer bien aquella señora.

ARIES.- Querría conocerla mejor.

RAMIRO.- Pues si deja de saber algo, yo se lo diré a vuestra merced de p a pa. Es biznieta de don Álvaro, nieta de don Beltrán, hija de Rodrigo de Cabrera el bueno: y de parte de madre es...

ARIES.- No me sé dar a entender: digo que la querría conocer de más cerca.

RAMIRO.- Y yo responderé a eso, que no soy bueno para tal efecto, porque nunca ha habido traidores, ni alcahuetes en mi linaje.

ARIES.- A fe que os tenía por más amigo.

RAMIRO.- No tiene vuestra merced mayor servidor para cualquiera otra cosa. Dé un tiento a Cornelio, criado de sus hijos, que me parece a propósito para semejantes embajadas, y podría ser que aceptase la empresa: más por descargo de mi conciencia digo que tampoco él no hará nada.

ARIES.- Ahora bien, paciencia. Con todo eso quiero ir a referirle lo que con Cervino he tratado.

RAMIRO.- ¿Anda vuestra merced en contratos con ella, y busca otros medios tan flacos?

ARIES.- Y aun por eso, he menester tercero que nos concierte.

RAMIRO.- Vuestra merced, con su mucha prudencia y autoridad, lo podrá guiar todo, de manera que llegue al puerto deseado.

ARIES.- Pues habiéndome fiado de vos, no me queréis dar este contento, muera esto aquí. Y mirad bien que hagáis lo que suelen los de vuestro oficio, que son todos orejas y lenguas: porque nos pesaría a ambos dello.

RAMIRO.- Ya vuestra merced me conoce.

ARIES.- Vigamon,

VIGAMON.- Señor.

ARIES.- Vete a casa de mi señora Violante de Cabrera, sabe si le podré besar las manos. No soñaba el que pintó niño a Cupido, porque propiamente el amar es de los mozos. Ahora acabo de entender que la prudencia y el amor no pueden estar juntos, porque contra este tirano no vale edad, sexo, ni gravedad: pues donde hace pie, no deja su furor, sino con el azadón y la pala: cuyo placer se acaba en un punto, y la vergüenza, acompañada de un frío arrepentimiento, dura para siempre. Vanas esperanzas, daños más que ciertos, cortas alegrías, pesares perpetuos, dulzores contrahechos, confitados en penosa amargura, liga donde caen los desdichados, cruel y desesperada enfermedad, afistolada llaga, eterno daño, pasión que enloda al mozo, y anega al viejo, y en fin que devora y consume todo bien, con suspiros que importunan lo poco que nos queda de tan miserable vida. Conociendo yo esto, he intentado hacer conmigo como los médicos, que cuando pierden la esperanza de la salud del enfermo, estudian solamente en dar alivio a su pena, al mal de dentro y apostema escondida, aplicando epitimias y fomentos con que el dolor menos le fatigue. Mas es, ¡oh gran vergüenza de mis años! Echar leña al fuego en que

abraso: pues en lugar de disminuir mi penoso cuidado, va por momentos creciendo. ¿Pero qué maravilla? Pues Sócrates, hablando de un sujeto amoroso, dice que estando viendo un libro con una doncella, hombro con hombro, llegando su cabeza a la della, sintió en aquel punto una puntada en un lado, como picada de araña, que cinco días después, hormigueando, le llegó al corazón una comezón continua. Mas a mí diré yo haberme mordido el ardiente apetito, que sin sentir, se ha apoderado de mis entrañas; o la sangre feminil que sin defensa, con el dulce movimiento de su vista, me asaltó tirando invisible sangre, que al punto se me entró por los ojos en las venas: y no consintiéndome tocarla, queriéndose volver por donde vino, me hace seguir, por fuerza, a quien podría sacarme de pena. Mas por ser mi sangre tan espesa y fría, no puede penetrar por aquellos divinos ojos, a mezclarse con la suya purísima, sutil y dulce: de donde, a más no poder, nace el deseo que me deseca y consume, de transformarme en ella. Heu patior telis vulnera facta meis. ¿Está en casa?

VIGAMON.- Sí, señor, y esperando a vuestra merced.

Acto III

Escena I

CORNELIO, POLICENA, BEZERICA.

CORNELIO.- Gran contento es servir a estos mancebilletos barbiponientes: porque fuera de que siempre me dan que reír, son afables y de provecho, pues caen liberalmente con lo que tienen. Acuérdate ahora, y es verdad, de lo que dijo un cierto poeta o filósofo a un año mío, estando en buena conversación, tratando de amores: que era de opinión ser el amor un ramo de profecía, porque cuando vienen aquellas frenesías, o fantasías, el enamorado acierta a decir cosas, que si no lo estuviese, no las alcanzaría. Como Macias mi amo, que teniendo la cabeza como cuando su madre le parió, cuando le toma la tirria, o le asalta el accidente del amor, le oigo algunas sentencias, que después de pasado, creo que no las entiende más que su caballo. Allí veo a mi linda Policena: quiérela recrear con un poco de viento de lauslandis, que es el que más contenta a las mozas, que siempre quieren más al que mejor las sabe engañar. Será bien hacer como que no la he visto.

POLICENA.- Ah, buena pieza, ah, gentilhombre: Dios me perdone el

testimonio que te levanto.

CORNELIO.- Perdóname tú, amores, a mí que no te había visto, por vida desos ojos, garfios de corazones.

POLICENA.- Bien creo yo que no me has visto, y aunque es lo que menos deseas, porque hay otra que te hace ir traspuesto, pensando en ella, sin acordarte de mí.

CORNELIO.- Cómo podré acordarme de otra, si desde el punto que te vi, mi alma, dejando sus propios pensamientos, colocó en su lugar los de tu persona: la cual no me deja acordar, ni aun de la mía, tanto que aun durmiendo, la imaginación para en ti, como me aconteció la noche pasada, que soñándome contigo, y queriendo abrazarte, me hallé burlado: y así creo sin duda, que ahora despierto lo soy de ti.

POLICENA.- No es tiempo de burlas, embustero. Tos, amor y fuego, no pueden estar secretos. ¿Piensas que no sé lo que pasa con Florina, la hija de maestre Machín el sastre? ¡Ay, buena pieza, cuál eres!

CORNELIO.- ¿Quién te ha echado esa pulga en la oreja, mi alma? ¿Qué Machín? ¿Qué sastre? ¿Qué Florina? ¿Qué me dices?

POLICENA.- Tal provecho te haga como el aceite a las sardinas, que sí hará, por ser castaña que de fuera engaña, y tú buitre, pues dejando lo bueno, te abates a lo corrupto y hediondo: mas el mal francés me vengará de ti y de la señora coja.

CORNELIO.- ¿Eso tiene más la pieza? Quien no conoce coja, de Venus no goza.

POLICENA.- ¿Qué dices entre dientes?

CORNELIO.- Acuérdomo altera de que estando un malhechor en la escalera, le presentaron una moza perdida coja, para librarle si se quisiese casar con ella; y al punto que la vio, volviéndose al verdugo, dijo: Haced presto, hermano, vuestro oficio, que zaquea. ¿Qué hará un hombre libre como yo? No me vuelques el estómago con esos merdosos celos; pues podría estar antes la marsin peces, que yo sin amarte una hora; y cualquiera palabra que enojada me dices, es de perro rabioso que me arranca las entrañas. Los árboles, amores, que tienen profundas las raíces no se pueden transplantar como quiera. No me aparte de ti el espacio de una uña. ¿Dime, por vida mía, dónde está tu padre?

POLICENA.- ¿Y para qué lo quieres saber?

CORNELIO.- Para, si no ha de volver tan presto, entrarme un rato a desenojarte.

POLICENA.- Quiero me reír sin gana. Ha, ha, ha! ¿Entrar, o qué? No se hizo la grajea para los puercos: ya, ya: antes te vea yo haber cuartos.

CORNELIO.- Mejor sería reales, pues soy todo tuyo.

POLICENA.- Ay, cara de salteador de caminos, no sé porque no te tiro algo a esa cabeza de hurdemalas.

CORNELIO.- Perro hambriento, vida, no hace caso del palo. Quien se quema, se sople. Yo sé que de las injurias que me dices, te quedará la pena.

POLICENA.- Tú, traidor, falso enemigo. sabes que las mercedes peores.

CORNELIO.- A fe de hidalgo, que no tienes razón, y que te haces agravio, en pensar que hay en esta tierra otra ninguna por quien yo diese un paso, ni el menor pelo que traigo acuestas. Cuanto más, que no conozco, por los anales de Roma, tal hombre ni mujer, y si hallares lo contrario,

toma esta daga, y sácame la lengua con ella.

POLICENA.- Bien lo sabes fingir: mas si primero no atas, como dicen, el asno a la puerta, jurando de casarte conmigo, no te creeré, si me dijese el credo, ni atravesarás más, estos lumbrales. No, por el siglo de mi madre.

CORNELIO.- ¿Pues tras qué ando yo? Para luego es tarde: dame acá esa mano. Mas escucha, amores, que oigo cantar.

BEZERICA No desmaye el amante, porque vea

cerrada su esperanza en fuerte muro;
sea constante y fiel: pues si desea,
del recíproco amor está seguro:
piense que tanto más dulce el bien sea
cuanto el camino por do viene es duro:
que el ánimo resuelto, impedimento
no puede hallar que estorbe su contento.

CORNELIO.- Paje, ah, paje.

BEZERICA.- ¿Decís a mí?

CORNELIO.- Sí, hermano.

BEZERICA.- ¿Hermano, y de cuándo acá? Debéis de ser de aquellos hermanos por quien me envían a mí sin herrezuelo a estas horas.

CORNELIO.- Capeador querrás decir.

BEZERICA.- Maldita otra cosa.

CORNELIO.- Dios me guarde: ahora veo que no me conoces.

BEZERICA.- Ni vos a mí.

CORNELIO.- Mas que sí.

BEZERICA.- Mas que no. ¿Quién soy yo?

CORNELIO.- Eres el paje de la señora mujer del señor Cervino.

BEZERICA.- Es verdad: mas yo no caigo en vos: alzad el sombrero.

CORNELIO.- No puedo, que estoy con un chichón en la frente.

BEZERICA.- Pues no os conozco.

CORNELIO.- No poco dulce se debe de comer en tu casa.

BEZERICA.- ¿Poco? No debéis vos tampoco de conocer a mis amas.

CORNELIO.- ¿Pues cómo es posible que no se te acuerde del hijo del confitero flamenco, como entras en la especiería, a mano izquierda?

BEZERICA.- ¿Confitero sois?

CORNELIO.- Sí, amigo, a tu mandado. ¿Quién te ha enseñado tan lindo cantar?

BEZERICA.- Lindo sí, por cierto, harto mejor es la seguidilla que sé yo, mas no quiere mi señor que la cante en casa, so pena de media docena de otra colación que la vuestra: porque dice que es deshonesta.

CORNELIO.- ¿Y ésa hátela oído tu amo?

BEZERICA.- Yo me guardaré de eso, como de comer solimán; mi señora si que me la ha enseñado y hecho decir mil veces.

CORNELIO.- ¿Quieres me la dejar escribir, y te daré una muy linda pelota?

BEZERICA.- Venga.

CORNELIO.- Vesla aquí.

BEZERICA.- Dádmela.

CORNELIO.- Di primero, que te me huyeras con ella.

BEZERICA.- No haré, por vida de mi madre, tenedme vos de la faldilla.

CORNELIO.- Toma, dí pues presto.

BEZERICA.- ¡Oh, qué linda pelota! Háseme olvidado.

CORNELIO.- No querría yo más, para que fueses a casa en puerro.

BEZERICA.- Tras eso andáis, ya os entiendo. Escribí, escribí apriesa:

No desmaye el amante, porque

vea, etc.

Dejáme ir ahora.

CORNELIO.- Que me place: si nos encontramos otra vez yo sé lo que te daré, y más si vas a mi tienda.

BEZERICA.- Tómoos la palabra.

CORNELIO.- Daca la mano; pues somos ya amigos, bien es que nos sepamos los nombres: ¿cómo te llamas?

BEZERICA.- Bezerica, a vuestro servicio: ¿y vos?

CORNELIO.- Yo Manso, a tu mandado; no te detengas, amigo.

BEZERICA.- A Dios, Manso.

CORNELIO.- A Dios, Bezerica. Este muchacho y yo vendremos presto a hacer un buen perfecto, porque no le faltan a su amo sino los cuernos, que ya me parece se los veo apuntar.

POLICENA.- Ahora que tienes la canción, la harás cantar a la puerta de tu Florina.

CORNELIO.- Hallado has el músico; acaba ya, no seas boba, ablándate, que fuego no se mata con fuego.

POLICENA.- ¿Pues para qué la has escrito?

CORNELIO.- Para mis amos, que como son músicos, tienen el seso con ventanas, y quieren haber cuanto se canta, y así me envían, a media noche, a caza de sonetos.

POLICENA.- Dime lo que has escrito.

CORNELIO.- ¿Cantando?

POLICENA.- No, porque no lo oyan los vecinos.

CORNELIOEl que os viese, y no cegase,

peor que ciego sería;

si perdido no quedase,

más perdido quedaría.

Para poder escapar

de cegar, o se perder,

no esté donde os pueda ver,

ni vos le podáis mirar:

mas quien así se librase,

¿cuán desgraciado sería?

Y el que os viese, y no os amase,

mal, Policena, vería.

POLICENA.- Tú me das la raposa por marta, y me haces creer cuanto quieres.

CORNELIO.- ¿Pues por qué no crees cuanto te quiero?

POLICENA.- Ésas son otras quinientas.

CORNELIO.- Oye, amores, por vida mía; mas yo volveré a la hora que

suelo, si gustas de ello.

POLICENA.- ¿Si gusto? ¿En condición me lo pones? Hazme rabiarse esperándote, como sueles.

CORNELIO.- Ya sabes que no soy mío.

POLICENA.- ¿Pues cuyo eres?

CORNELIO.- De mis amos, y tuyo.

POLICENA.- ¿Mío?

CORNELIO.- Así fueses mía, que no puedo llamar mío un cuerpo privado de afición.

POLICENA.- Troquemos.

CORNELIO.- Eso no, mi alma, bésote las manos. ¡Mira hasta dónde encaja los celos el demonio! Como si no tuviese que hacer con los casados. ¡Cuánto remedia y daña una copla a tiempo! Cosa extraña es lo que me quiere esta moza: mas tal burla le hago; por vida del marqués de la Cornia, que no la trocase por la más repicada de la ciudad. Es cosa de burla, sino andase el hombre tras estas ovejitas de prima tonsura. Mas estimo aquel cuello que me dio el otro día, que cuanto mis gallipavos esperan de sus emparedados. Andense ellos a coplas, que yo no estaré entre tanto las manos a la cinta. Quiero les llevar esta profecía, y allá se avengan.

Escena II

LENA, VIOLANTE, DAMASIO, CORNELIO.

LENA.- No veo persona en esta calle. El señor Damasio me dijo que me dejase ver, que me quería dar un regalo para mi enamorado. El diablo le ha dicho que te tengo. Al fin no hay cosa secreta, por más que la persona mire por su honra: a fe que tengo de abrir los ojos de aquí adelante, que por menos se suelen perder buenos casamientos. Sin duda lo habrá sacado el cascolucio por discreción, entendiendo que aunque se corte la cola al perro, siempre queda perro: que de otra manera sería imposible saberlo él ni nadie, porque no entra en mi casa sino secretamente, al punto de medio día, cuando no parece persona viva, por evitar el escándalo de la vecindad. A lo menos si no soy casta, tengo esto bueno que de cauta me he preciado siempre: porque el mal es siempre mal, mas peor cuando con mal ejemplo se acomete. Si todas se gobernasen con el recato que yo, no andarían hoy tantas honras por los tableros. Piense lo que se lo antojare, que tampoco él anda ahora para hacerse ermitaño: que yo no me enmendaré mientras pudiere comer mi pan con corteza, y aun después veremos. Echá la natural inclinación a palos, que no por eso dejará de volver. No sé con todo esto si le espere aquí, o si me llegue a su casa. Si le aguarde,

podrá ser que como mozo descuidado, se esté entreteniéndome en otra parte, y que me deje plantada hasta la noche oscura: y no puedo perder tiempo, teniendo tantos negociantes que me esperan como agua de mayo: aunque las más veces soy la de San Juan, que quita el vino, y no da pan. Si voy a su casa, podrá la madre preguntarme lo que quiero: y no sabiendo qué responder, sin duda me enviará jabonada. Pues no es nada soberbia la señora: dícenme que cuando le pica la mosca, no hay quien pueda esperar sus reciuaras. ¡Pero como soy necia ahora, estando más llena de cautelas, que un huevo de clara y yema! ¿No sabré darle el pan por hogaza? No, que soy una boba. Ea pues, cabeza mía, Dios te me guarde de pan de ventana: hela aquí a las mil maravillas, al fin no se hizo la silla para el astio. En aquella casa hay tres que me conocen, Cornelio y sus amos: será desgracia si en llamando, no responde alguno de ellos; si fuere otra persona, o la misma madre, diré que traigo a vender alguna cosa, la primera que me viniere a la boca; está que no hay más que pedir, con buen pie vamos: ta, ta, ta.

VIOLANTE.- Perdóneos Dios, amiga, ese llamar tan recio, que toda me habéis turbado.

LENA.- Ay, qué ligera de sangre es la señora.

VIOLANTE.- ¿Qué es lo que buscáis?

LENA.- Ayúdame, lengua, si no mira que te corto. Cuitada de mí, no debe ser ésta la casa que busco. El otro día me encomendó una señora que le trajese un poco de estoraque y benjuí, para hacer unas pastillas, y no acordándome de la casa, lo pregunté a tienta a una mujer que acertó a pasar por aquí, y me encaminó a ésta, diciendo que sin duda sería vuesa merced, porque, dijo, es la más curiosa señora de la ciudad. (Qué lamedor.)

VIOLANTE.- Ay, amarga de mí, cómo se engañó en todo, ya pasó ese tiempo; mas aunque no soy la que buscáis, yo tomaré un poco, si es bueno.

LENA.- Es bonísimo cuanto puede ser. El diablo me trajo a la memoria esta mercancía.

VIOLANTE.- Subí arriba, hermana, o esperárame ahí.

LENA.- Espérete un toro. No lo traigo aquí.

VIOLANTE.- Pues sí no lo traéis con vos, ¿para qué llamáis?

LENA.- Para saber la casa, avisar que la tengo ya, y volver por ello a la mía. ¿Tan gran pecado ha sido? Perdóneme vuesa merced.

VIOLANTE.- Andad en hora buena, que no debe de ser eso lo que buscáis.

LENA.- No ha sido muy mal el encuentro, y deshecha, para de balde: ¿qué haré ahora? Dar de la sartén en las brasas.

CORNELIO.- Allá va la bienhadada.

DAMASIO.- Es ella.

CORNELIO.- La misma. Daranos ahora, sin duda, tres ovejas negras por una blanca ya nos ha visto.

DAMASIO.- Déjame con ella. Loada sea la hora en que habéis parecido, acabo de haberos buscado todo el día. Mas tenéis que hacer que pastelero en tiempo de carnestolendas: bien se debe correr el oficio.

LENA.- También que estoy por llamarle, sino por lo que por servir a vuestra merced traigo entre manos, peor que mecánico. Pobre de mí, que para poderme sustentar y mantener en la gracia de los que bien me hacen,

he de cumplir con todos, y ser como el sol, que así alumbra a los buenos como a los malos, y a los pícaros como a los señores: aunque deben pensar algunos, no lo digo por quien tanto se acuerda como vuestra merced de hacérmela, que vivo como camaleón.

DAMASIO.- Huélgome de entrar en esa cuenta.

CORNELIO.- No; la primera partida de su manual.

LENA.- Aun hasta ahora, no sé, ni puedo decir de qué color es la ingratitud.

CORNELIO.- Ha hecho como el tirador de arco, que para llegar al punto va tomando la mira gran espacio sobre el blanco.

DAMASIO.- ¿Queréis ir a hacer lo que os dije?

LENA.- A vuestra merced toca mandar, y a mi obedecer.

CORNELIO.- Ahora vende la salsa.

DAMASIO.- Tomad este par de escudos, y si yo veis con algo de bueno, yo sé lo que haré.

CORNELIO.- No digo yo que nunca cantó en vano, y con todo eso hace siempre como la gala, que sin quitar los ojos de las manos come y gruñe.

LENA.- Bástame la gracia de tan bueno caballero.

CORNELIO.- Es a punto, el médico, que diciendo: no es menester hacer eso conmigo, abre la mano y aprieta más que una tenaza; pero tienen ambos esto de bueno, como el lobo, que nunca toman por cuenta.

DAMASIO.- Esta carta y anillos habéis de dar al bachiller, diciéndole lo que más al propósito os pareciere, para que llegue a buen puerto.

LENA.- Pierda vuestra merced cuidado.

DAMASIO.- Todo lo remito a vuestra discreción.

LENA.- Beso las manos a vuestra merced.

DAMASIO.- Con bien volváis.

LENA.- Queda en buen hora, Cornelio hijo.

CORNELIO.- Lena madre, todos los cuclillos os acompañen; como hayáis concluido este negocio, haremos los dos otro aparte.

LENA.- Ay loco, loco: ya no me quiere ninguno, sino para lo que traigo entre manos, pues siempre me dejan a la luna, como tablilla de mesón. Mas con todo eso, ya hablaremos más largo y tendido, que aunque se acabe el vino, el barril es el mismo.

CORNELIO.- Créolo, porque la zorra muere en su pellejo, si no la desuellan viva.

LENA.- Pulla es ésa, basta, lo demás para otra vez, a Dios, mi... no lo quiero decir.

CORNELIO.- Pues direlo yo, fa, sol, la, mayor puta vieja que ha parido esta ciudad. Burlaos y veréis lo que pasa; tender se quiere la niña. Con todo eso he de procurar pescarla algunos realejos, contentándola, cuando más no pueda, a ojos cerrados, acabando de comer mi pan con la salsa de más agradable imaginación.

DAMASIO.- ¡Cuán de asiento lo tomas!

CORNELIO.- También, señor, ando yo casi enamorado, y quiero tenerla contenta, porque es aparejadísima para sacarle cuanto alcanza.

DAMASIO.- ¿La razón?

CORNELIO.- Como estas calloncas tienen la carne tan mal acostumbrada, dan liberalmente lo que les queda al que tiene paciencia para ensillarlas.

DAMASIO.- Sacarete el vientre de mal año.

CORNELIO.- ¿Por qué piensa vuestra merced que se dijo: bueno está chillón si la vieja le dura?

DAMASIO.- Por lo que guarda su quiñón, la vieja madura: y así vendrá a salir tu designio el sueño del perro.

CORNELIO.- Todo será aventurar dos idas y venidas, y cuando la suerte salga en blanco, a lo menos no tendremos que reñir sobre el partir de la cadenilla: porque le damos a comer por onzas, y así quedaremos amigos como de antes.

DAMASIO.- Gran hablador eres.

CORNELIO.- Lo que escuecen las verdades.

DAMASIO.- A la fe sospecho, que debes de ser a la parte.

CORNELIO.- Nunca me pasó por pensamiento, porque ya murió Calisto, y nuestra Melibea se da tanta priesa a sacarnos de pena, que la mercancía vendrá a salir poco más que de balde.

DAMASIO.- ¿Poco precio te parece el corazón que le he dado?

CORNELIO.- Es de los que se pesan en las carnicerías de amor, que se hallan a cada paso.

DAMASIO.- No es para ti esta materia, puedo cantar con verdad:

Quisiera yo tener diez

corazones,

y que llevara uno en cada dedo.

CORNELIO.- Y porque no tenemos más de uno, le conservamos cuanto podemos.

DAMASIO.- Ya ves lo que dice la estancia.

CORNELIO.- Véolo, pero como soy tan grosero no lo entiendo.

DAMASIO.- Buen principio es para salir de tu necedad el conocerte. Dice que no desconfíe, por verla tan encerrada, que sea constante en la comenzada empresa; fiel, entiéndese secreto, que es la mejor parte en un enamorado, y que más satisface a las damas. Asegúrame del recíproco amor, y poniéndome delante, que las vitorias más trabajadas hacen el triunfo mayor, concluye con esta verdadera sentencia, que el amor rompe y allana todas las dificultades, a quien con pecho valeroso se resuelve, para llegar al fin que pretende. ¿Qué te parece?

CORNELIO.- Que la ha vuestra merced interpretado muy a su propósito, pero quisiera yo que todo eso lo dijera la copla.

DAMASIO.- Mucho más da a entender, que para ti sería algarabía.

CORNELIO.- ¿Pues qué concluye?

DAMASIO.- En que está determinada de poner a ejecución lo que le pide el deseo.

CORNELIO.- ¿Cuándo?

DAMASIO.- Más tarde que yo querría. Eso estudiará ahora, y sin pensar nos lo cantará el ruiseñor.

CORNELIO.- Como gusta la fortuna de cosas tales, y para hacer bien no se hallará agua en el Danubio. Bien ha hecho vuestra merced en no decir nada del cantar a esta buena mujer.

DAMASIO.- De semejantes no se ha de fiar sino lo forzoso, y eso con gran escaseza y recato. Vámonos a casa a consolar a Macias con esta buena nueva, que no la creará según es el viento favorable.

CORNELIO.- Yo tengo que hacer en la plaza. ¿Mándame vuestra merced algo?

DAMASIO.- Que no te descuides de acudir al pajecillo, ya ves lo que nos importa.

CORNELIO.- No perderé punto.

Escena III

CORNELIO, VIGAMON.

CORNELIO.- Si una es buena es por ventura, y si mala de natura. En dos palabras, ha dicho la señora cuanto es menester más claro que el sol: mas yo hago del aturdido, por dejar saborear a mi amo y darle ocasión de devanear. Allí veo a Vigamon, mi amigo viejo; quiero desentrañarle para tomar un rato de placer.

VIGAMON.- Vinos más a punto que la gracia a un condenado cuando está en la escalera, porque iba derecho a buscarte

CORNELIO.- Ya era tiempo de que nos viésemos, ¿hay algo en que te pueda ser de provecho?

VIGAMON.- Mi amo me envía a llamarte.

CORNELIO.- El señor don Galcerán a mí?

VIGAMON.- ¿Cuánto ha que mudé dueño?

CORNELIO.- ¿Pues con quién estás ahora?

VIGAMON.- Con el señor Aries de... par Dios, no sé de dónde.

CORNELIO.- ¿Es un caballero, padre, de una señora que se casó poco ha con un Cervino de tal, que vive a las Tenerías?

VIGAMON.- Él mismo.

CORNELIO.- ¿Pues de dónde me conoce él a mí?

VIGAMON.- No te lo sé decir.

CORNELIO.- Mira no te hayas entendido mal.

VIGAMON.- ¿No eres tú Cornelio, criado de aquella señora viuda hermosa, que tiene dos hijos y una hija, que vive a la antigua?

CORNELIO.- ¿Qué me podrá querer?

VIGAMON.- Menos lo sé, él te lo dirá: ¿de qué te congojas?

CORNELIO.- ¿Sabes qué cosa es ser llamado, sin pensar, un pobre mozo de personas tales? Hace revolver en un punto cuanto el hombre ha hecho y pensado en toda su vida: la vergüenza me empacha y hace decir esto, pero con todo eso vamos. ¿Cómo lo pasas, Vigamon hermano? ¿Estás bien acomodado?

VIGAMON.- Casi bien, como vela a medio árbol.

CORNELIO.- ¿Cuánto haces de daño?

VIGAMON.- Doce grullejas pagadas, que no hay más que pedir.

CORNELIO.- ¿La cama?

VIGAMON.- De la fábrica de unas parrillas, no la trocaría por la del guardián del Abrojo: mas no sé qué se tiene, que aun durmiendo me bambaneo, sin poder hallar remedio, aunque he probado ciento, para hacerla estar queda.

CORNELIO.- Será sin duda algún duende.

VIGAMON.- Ojalá, si fuese como el de la otra, que se quejaba que uno no la dejaba reposar de noche, con que tenía muy amedrentada a su madre, hasta que se vino a descubrir que secretamente metía en casa un familiar encarnado, que hacía sobre ella la pesadilla.

CORNELIO.- ¡Ha, ha, ha! ¿Hay en casa alguna dueña que pueda hacer contigo de la duenda?

VIGAMON.- Si eso hubiera, medio mal, mas no hay sino una viejezuela, transparente como linterna, que gobierna la casa.

CORNELIO.- ¿No es tan sin dientes, que no se puedan sacar un par de muelas?

VIGAMON.- No hay vieja para ese menester: mas llégate a herrar a Barrabás con tocas: no ha nacido, según lo que muestra en el sacudimiento y aspereza, mula más mala de ensillar.

CORNELIO.- Habrá sido cosquillosa en su juventud, mas si yo lo dijese al oído unas palabras que me enseñó un albéitar, verías maravillas.

VIGAMON.- Como desas sé yo, pero tal que aprovecha, no queda por eso.

CORNELIO.- ¿De manera que ya le has tentado las corazas?

VIGAMON.- Una vez sola, haciendo del cortés, pregunté cómo estaba, y al punto muy escandalizada, se lo fue a decir a mi amo, añadiendo que lo había tocado el devantal; y él, más severo que Sócrates, diciendo dura cosa es, hermano, andar a discreción de un garrote, me puso perpetuo silencio. Y así paso una vida tan colérica y melancólica, que, de puro ahondar horizontes, temo al cabo venir a dar en poeta, porque me sirvo demasadamente de la cabeza. De manera, amigo, que vivo sin más conversación que la de un negro bozal que cura el caballo, con quien paso mis ratos, hartándonos ambos de zinguerrear en una guitarra más destemplada que discante de ramera.

CORNELIO.- Vamos a la gula.

VIGAMON.- Eso no falta quien me mantenga flaco, con poco gusto, fabricando siempre en seco, tanto que a cada bocado, me veo en pasamiento.

CORNELIO.- ¿Quién compra?

VIGAMON.- Yo, por mi más negra ventura que la pez.

CORNELIO.- ¿No sabes la cuenta de siete y tres son trece? ¿Ya me entiendes?

VIGAMON.- Demasiado, pero lo más que se come es de su cosecha, y andan tan despacio los banquetes, que se puede hacer poca hacienda.

CORNELIO.- Arrima la navaja y rapa donde pudieres, no ves cuanto han encarecido las cosas, que todas han crecido, si no nuestros salarios, y no bastan para zapatos. ¿No tienes algunos percances?

VIGAMON.- ¿Qué cosa buena puede haber en casa donde no se juega? Así me tengo por casi enterrado.

CORNELIO.- Tú que eres amigo de placer habías de estar con mis amos, dos puros locos de atar, que siempre me traen de acá por allá haciendo el amor: dando músicas, saraos, en comedias, en banquetes, y en otros mil

pasatiempos. No ha Dios amanecido, cuando asidos de mí, comienzan a luchar conmigo, arrastrándome por aquellos suelos, y haciéndome pedazos cuanto traigo acuestas.

VIGAMON.- No me parece esa buena conversación.

CORNELIO.- Qué importa, si cuanto traigo es suyo, y cuanto ellos mío. El uno: toma tal jubón; y el otro: ponte aquellos calzones; vengan los torreznos, la fruta, el beber fresco, y todo con unas entrañas, que me tendrían los que no nos conociesen por su hermano mayor.

VIGAMON.- No son esos caballeros como los malaventurados que dicen que para ser bien servidos conviene tener los criados pobres.

CORNELIO.- Tras esa hoja hay otra, que no sirvamos tanto, que de puro obligados los amos, no sepan con qué pagarnos.

VIGAMON.- Así vemos criados que lo pueden ser del rey, envejecidos y rotos, esperando los montes de oro, que nunca corren, con que los entretienen. Dejaríame yo echar un virote de semejantes amos como los que tú tienes. Llégate, a ciertos confesos revestidos, con cuatro reales que los dejaron los padres, ganados como Dios sabe, que les parece matar a sus madres, si dejan a los pobres mozos un momento en reposo, como si los hubiesen comprado por esclavos: no lo puedo llevar en paciencia. ¡Oh!, si, como lo he deseado mil veces, me tocase por suerte una, ser amo de alguno de estos pelones, verías cómo me servía de él, haciéndole correr, trotar, sudar y trabajar tanto, que no le parase mosca encima cada día; por ahorrar el mozo, levantaría cosas nunca soñadas, para descontar del salario, y por quitarme aquella paja, hermano, otro poco a otro cabo. Mas es el dialilo que para eso es menester argent, y yo no lo puedo esperar en los años de Matusalén: porque no hay en todo el mapamundi tanta tierra como ocupa una hormiga que sea mía: al fin no viene a ser puerro sino el que se trasplanta. ¿Habría lugar para otro criado en casa de esos señores?

CORNELIO.- Es su madre tan avarienta que antes mira a despedir, que a recibir de nuevo.

VIGAMON.- Buena ventura fue la tuya, en topar con tales amos; daría cuanto tengo por servirlos.

CORNELIO.- ¿Con cuántos ducaditos caerías, si te metiese en mi lugar? Que deseo ya asentar, y dejarme de tantas mocedades.

VIGAMON.- Para eso mi amo.

CORNELIO.- Pues troquemos.

VIGAMON.- Ojalá, ¿mas cómo?

CORNELIO.- Concertémonos, que después yo lo encaminaré.

VIGAMON.- ¿Búrlaste, o díceslo de veras?

CORNELIO.- Respóndeme al cuanto, y déjame el cargo.

VIGAMON.- No me hallo con más de cuatro, y el mes que va corriendo, aunque no tanto que no me parezca un año, darate los dos: que lo demás es para cambalachear unos calzones con estos que andan por dejarme.

CORNELIO.- Oh, eso es poco, porque te valdrán más de cinco al mes los provecho, mas por lo que te quiero me contento. Déjame concluir un negozuelo en que ando, que será presto: yo te avisaré al punto, y entonces haremos de esta manera. Yo me despediré, resuelto, de mis amos en buena paz, fingiendo alguna ocasión, y les diré que en mi lugar les quiero dejar un criado de toda broza, tal como bueno, y sin duda holgarán de ello: y al mismo tiempo harás otro tanto con tu mismo amo, diciéndole que soy un mozo

diligente, virtuoso, que nunca dejo el rosario de la mano, y tan amigo de quietud que pienso meterme fraile.

VIGAMON.- No anda él tras otro, doilo por hecho; cuando quieres el dinero.

CORNELIO.- Eso, amigo, cuanto antes será lo mejor, porque no nos podemos arrepentir.

VIGAMON.- Vesle aquí, toca la mano.

CORNELIO.- Fiar.

VIGAMON.- No nos detengamos, que te espera mi amo, con más deseo que las coles de agosto la agua. Voy a decirle que te estás aquí.

CORNELIO.- En buena hora. No ha sido mala esta jornada, tendré con que probar la mano: si ganare, volvérselos he, y sino, trampear y a ello.

VIGAMON.- Sube arriba.

Escena IV

INOCENCIO, LENA.

INOCENCIO.- Omnes in omnem culpam prolabuntur. Gran pecado acomete mi señor, de que ha de dar estrecha cuenta, en tener tan encerrada y descontenta a una mujer ejemplo de virtud como la suya: tengo por cierto que si por él no fuese, no dejaría pobre desconsolado, y que daría todo cuanto tiene a quien se lo pidiese, ocupándose y entreteniéndose siempre en hacer caridad. Mirad qué bondad de señora, ha entendido el desastre de la prima, con que otra se hubiera escandalizado y dicho, que si ha hecho mal con su pan se lo coma: y en hallándose sola, con una angustia grande, da cien suspiros de pena, por no poderla ver y consolar como querría. Pues con qué gracia me rogó que vaya a dar un recado de su parte a aquella buena mujer, con estos tres ducados, por el menoscabo de su ropa, con que voy contentísimo a socorrerla, porque quien esto te envía, no dejará de ayudarle adelante. Parécenle la que allí está, si ella es. El Señor os tenga de su mano, hermana Lena, pensábadas que no os había de venir a ver algún día.

LENA.- ¿Y por qué había yo de cometer tan gran pecado, pensando tal cosa de quien tiene por oficio las obras de misericordia, y principalmente la mayor de todas, que es consolar los tristes? Así se alegre conmigo quien mal me quiere, como yo con su gentil presencia: sin duda que mi ventura le ha traído de aquí, porque en este punto pensaba ir a buscarle, para lo que oírás. Mas antes quiero saber a qué ha sido la buena venida, porque deseo mucho que me emplee en su servicio.

INOCENCIO.- Cierto que debéis esa voluntad a la afición que yo os traigo. Mutuo antamus inter nos. Mi señora está tan afligida por la

desgracia de aquella señora, que dende el punto que le di su carta, anda como fuera de sí: fantaseando tan tocada, que me trae lastimado: y así me envía a saber cómo está la buena doncella, y a rogaros que le vais luego a visitar y a decir de su parte que tenga buen ánimo, porque con mucho calor va tratando de remediar su pena: y también os da estos tres ducados por la que tomáis en ser medianera entre ellas, y dice que la disculpáis de el no le escribir: que no lo hace por evitar sospechas.

LENA.- Bendita sea tal señora: al fin donde está la nobleza hay largueza: en más tengo esta memoria de su mano, que un tesoro de otra. Ay, hijo mio, cuánto se consoló aquella criatura con la carta que le llevé: no pareció sino que veía el cielo abierto. Díjome que fuese otro día a verla, como lo hice ayer, recibíome con mil caricias, besádome estas pecadoras manos y después de mil demandas y respuestas, me dio esta carta, con estos dos anillos, para la señora Marcia, con los cuales dice que su merced se enternecerá mucho, porque son los que le envió con el padre, cuando vino a sus bodas. Por caridad que vuesa merced se los dé: encareciéndole mucho la memoria que ha tenido de ésta su devota y humilde criada.

INOCENCIO.- Yo lo haré muy de veras.

LENA.- Si tiene, mi alma, algunas camisas que aderezar, mire que me las traiga, si no quiere que me enoje.

INOCENCIO.- Istam tuam voluntatem semper in ore animoque habeo. El Señor quede con vos.

LENA.- Él vaya contigo, que te sobre la bondad como la cresta del gallo.

Escena V

DAMASIO, CORNELIO, LENA.

DAMASIO.- No se me cuece el pan, por saber lo que ha hecho Lena de la carta y anillos, y el modo que habrá tenido: ¿quieres, Cornelio, que nos vamos paseando hacia su casa?

CORNELIO.- Si vuesa merced lo desea mucho, yo muero por ello: y me parece cada hora más estrecha y larga, que el mal año: aunque estoy casi cierto de que habrá hallado camino a propósito, porque no son tres ases peores que ella, ni tiene el infierno más astuto demonio.

DAMASIO.- Su oficio lo requiere. Llama, que aquí te espero.

CORNELIO.- Llegue vuesa merced conmigo pecador de mí, por si acaso está allí su rufián.

DAMASIO.- Ya te entiendo, perro cobarde no quiere ver lobo. Pareces de los soldados de trencha, que eran treinta y seis a arrancar un nabo.

CORNELIO.- Mucho me pesa de oír esas palabras: mal conoce vuestra

merced al segundo Fierabrás. Dígolo porque nos la negará, no viendo persona de respeto.

DAMASIO.- No es la deshecha mala.

CORNELIO.- El diablo me ha metido entre el martillo y la bigornia.

DAMASIO.- Miedo ha payo que reza: no lo digo yo: ¿qué estás murmurando?

CORNELIO.- Que estoy por dar a aquel bellacón, en abriendo la puerta, una cuchillada que le derribe ambas orejas, aunque sea otro Orlando.

DAMASIO.- A lo menos burlando. Quien león mata en ausencia, del topo teme en presencia. No más Fierabrás, yo te marco por un deceno de la cama: aunque sospecho que tomarás tú ahora unas paredes por jaco, porque todo Milán no armaría tu miedo.

CORNELIO.- Ya eso pasa de burla, no haga vuesa merced que se me suelte alguna mala Palabra.

DAMASIO.- Antes creo que se te ha soltado otra cosa peor: no me espantaría, porque perro escaldado, después tiene miedo de la agua fría.

CORNELIO.- A fe de pobre mozo, que si no fuese por cierto respeto que yo me sé... basta, mejor es callar. Sepa vuestra merced, que hasta ahora nadie me ha quebrado nueces en la cabeza. Bien dicen que la familiaridad del señor es capirote de loco para el criado.

DAMASIO.- La rana hace del león.

CORNELIO.- Dejémonos de motecicos y chufetas, que por menos que eso, he visto yo venir a buenas cuchilladas. ¿Llamaré o no?

DAMASIO.- ¿Pues a qué venimos? ¿De qué hablamos? Ánimo, vesme aquí para morir a tu lado, aunque como te muestras tan fiero, temo no hagas en el furor con la cólera, de la ballesta gallega, que tira a enemigos y a amigos.

CORNELIO.- Ta, ta, ta.

LENA.- Quien llama tan recio, algo nos trae.

CORNELIO.- Con que nos recibe la maldita.

LENA.- ¿Señor mío, es posible que los caballeros se humanan tanto? ¿Qué buena ventura ha traído este bien a mi pobre cabaña?

DAMASIO.- La mía, si hallo lo que me he prometido siempre de vuestra discreción y diligencia.

LENA.- No puede faltar a persona dotada de tantas gracias. Estando tomando el manto, para ir a dar aquel recado, entró por mi puerta el buen bachiller, que está vestido y calzado con todas sus letras, en el limbo, con tres ducados que me envió la reina de las mujeres, mandándome que fuese luego de su parte a consolar a la prima, y a asegurarla de que en breve concluirá el negocio muy a su gusto: con otras mil buenas palabras, y ceremonias de nunca acabar; jurándome el cuitado, que desde el punto que leyó la carta, no parece más la que antes era. Y como que lo creo yo, que cuando por mis pecados, navegaba por los accidentes de amor, no reposaba hasta dar fondo. Téngase lo demás por dicho, y pues que está ya hecho el pico al tordo, aparéjame esas manos.

CORNELIO.- ¡Cómo se encaja la puta vieja!

LENA.- Ay, ojos encantadores, que tiempo se os va llegando, como se le cae al oso la pera madura en la boca, ¿ya me entiende?

CORNELIO.- Harto claro lo pide, pero mi Durandarte hace orejas de mercader, y vuélvese a su negocio.

DAMASIO.- ¿Haos dado alguna carta?

LENA.- No, señor.

DAMASIO.- ¿Qué recado distes a la mía y anillos?

LENA.- El mejor del mundo, a mi parecer: diciéndole que su prima se los envía, fingiendo ser unos que la señora Marcia le envió con el tío, cuando volvió de sus bodas.

DAMASIO.- Bueno, a fe de quien soy; no hay más que hacer, sino esperar lo que Dios hará.

CORNELIO.- Ha, ha, ha!

DAMASIO.- ¿De qué te ríes, insensato?

CORNELIO.- Ríome de que quiere vuestra merced esperar de Dios lo que suele hacer el diablo.

DAMASIO.- Tienes razón, por necio que uno sea acierta a decir algo bueno, ya podrás ser predicador, y hacerme dar con mis amores en un convento.

LENA.- Lo que más ahora hemos menester son las bragas de un motilón, que quitan los malos deseos como con la mano.

CORNELIO.- No lo digo por tanto, yo enmudeceré por quince días.

DAMASIO.- Acaba ya, majadero, que no son los donaires para todos tiempos.

CORNELIO.- Antes en este que esperamos, de tanta alegría y consuelo, no ha de haber otra cosa.

DAMASIO.- Está bien. Amiga Lena, comete al sabio y déjale hacer: en vuestras manos me he puesto, dad buena cuenta de mí.

LENA.- Viva vuestra merced, que todo se hará bien.

CORNELIO.- O mal, otro nudico a la bolsa.

Escena VI

MACIAS, CORNELIO, BEZERICA, DAMASIO.

MACIAS.- Ea, Cornelio, aunque creo que estás cansado por haber ido a cien partes, vamos, que cuando el amo tiene trabajo, no debe reposar el buen criado.

CORNELIO.- Por mí vamos donde y cuando vuestra merced mandare.

MACIAS.- Es burla lo que leía anoche mi hermano en aquel libro: pues dice, que la alma del amor es la esperanza, y que en faltándole muere, como la criatura careciendo de leche.

CORNELIO.- Quien lo escribió debía hablar de experiencia. Y porque viene a propósito diré una estanza, que cierto sabio y prudente envió a que conforma con lo que dice el libro que leía anoche su hermano, y por contentarme, la encomendé a la memoria: note vuesa merced.

MACIAS.- No querría que fuese de las que sueles cantar.

CORNELIO.- Ésta es contemplativa:

Nace de ociosidad el

ciego arquero,
que vive alimentado de esperanza,
dale los pechos el deseo primero,
y pensamientos vanos la crianza,
ser y vigor, muy poco duradero,
el comento, que está siempre en balanza,
y siendo escaso en dar, promete largo,
muestra ser dulce, y es en todo amargo.

MACIAS.- A fe que es buena: mas volviendo al propósito, digo que pruebo en mí lo contrario, pues sin alimento de esperanza ha crecido, y con más fuerzas que de gigante me atormenta, y va privando de la vida.

CORNELIO.- La causa es vuestra merced, pues le ha criado a los pechos de sus pensamientos, que le han servido en lugar de leche de esperanza, deteniéndolos en ellos sin acordarse de otra cosa.

MACIAS.- Dices bien, porque la afición me la pintó tan hermosa, dende el punto que la vi, que siendo defendido a los ojos, el exterior refrigerió: la mente se retira dentro, y viendo impresos en sí mesma los rayos de aquella sobrenatural belleza, hace de ella el manjar que dices, de que se sustenta.

CORNELIO.- Eso debe inquietar más a vuestra merced.

MACIAS.- Antes al contrario, porque la figura que señorea y gobierna mis sentidos, enamorada de sí misma, me fuerza a ir donde naturalmente reside, y no pudiendo, con los dientes de amor me roe el corazón, ahogándome los espíritus.

CORNELIO.- Paso que oigo cantar al pajecillo, apártese vuestra merced.

BEZERICA Vístase mi esperanza, como viere

que el bien del que más ama va vestido,
tome presto el camino por do fuere,
júntase a tiempo con quien ha seguido:
después, si ya fortuna no impidiere,
envidiosa de amor, tan buen partido,
llevará su contento mano a mano:
y el consuelo que espera el cuerdo insano.

CORNELIO.- Bezerica, amigo caro, ya era tiempo de que nos viesemos, ¿qué es de la pelota que te di el otro día?

BEZERICA.- Veisla aquí, no os la daría por un real, mirad cómo salta.

CORNELIO.- ¿No jugaremos un poco?

BEZERICA.- No tengo dineros.

CORNELIO.- Yo te prestaré, no quede por eso.

BEZERICA.- Oh, cuántos reales; ¿son todos vuestros?

CORNELIO.- ¿Pues cuyos habían de ser? Toma, toma uno. Si tú fueses a mi casa, yo te daría tantas de las cosas que tengo.

BEZERICA.- ¿Qué tenéis?

CORNELIO.- ¿Qué? Eso es largo de contar. Confituras de todas suertes, mazapanes, rosquillas, mermeladas, turrone, pasas, dátiles.

BEZERICA.- ¿Dátiles tenéis? Traéis ahí algunos.

CORNELIO.- Sí, amigo.

BEZERICA.- ¿Y confites?

CORNELIO.- ¿Quieres que traiga aquí toda mi tienda? Si yo supiera que te había de encontrar, no viniera sin muchas cosas que darte, mas otra vez, yo te pondré como un trompo: abre la faldriquera: no te los vea tu amo.

BEZERICA.- Ver, ¡oh qué mal año!, ni aunque fueran otros tantos; yo me los iré engullendo de dos en dos. ¡Oh, si se usasen los dátiles sin cuescos!

CORNELIO.- ¿Luego no los has visto?

BEZERICA.- Nunca.

CORNELIO.- Pues yo te daré una libra, que te comerás las malos tras ellos. Mas déjame escribir lo que has cantado, que perdí la canción del otro día.

BEZERICA.- Que me place, aunque voy de priesa a llamar a un criado del padre de mi señora, para que vaya con nuestro bachiller a acompañarla, que va fuera con la hija de mi amo, y él se quedará en casa, porque el otro día escalaron una junto a la nuestra.

CORNELIO.- Di pues presto, que yo escribiré en un momento.

BEZERICA. Vístase mi esperanza, como viere, etc.

Quedaos con Dios.

CORNELIO.- Él te guíe. Ésta es una jerigonza de palabras sofisticas, que no las entenderá un catedrático.

MACIAS.- Déjamelas leer, que por ventura me pondrá delante amor, lo que el rudo ingenio no alcanzare.

Vístase mi esperanza, como

viere, etc.

¡Cuán presto halla camino lo que ha de ser!

CORNELIO.- Loda sea la del Villar, ¿tráenos esa enigma alguna buena nueva?

MACIAS.- Rebuena, a lo que entiendo.

CORNELIO.- ¿No lo decía yo? Al fin las más duras y acerbadas se maduran, como las serbas, con tiempo y paja. Aquí viene el señor Damasio, que contrapunteará sobre el canto llano maravillosamente, porque entiende de achaque de tramas, más que cuantos abogados. ¡Oh, cómo llega vuestra merced a buen tiempo!

DAMASIO.- ¿Qué hay?

MACIAS.- Lo que ha cantado el muchacho poco ha.

DAMASIO Vístase mi esperanza, como viere, etc.

Éste es el verdadero canto de las sirenas, que hará dormir a Ulises: sus, a ellas. No hay tal como perseverar con paciencia, que con ella todo se alcanza: ni castillo hoy tan fuerte, que al cabo no se venga a perder, por

vigilante que sea el que está a la defensa, si sólo ha de combatir contra muchos. ¿Quién hiciera creer esto a Macias?

MACIAS.- No os espantéis, hermano, que lo debe causar la falta que tengo de experiencia, fuera de que cuanto más uno desea, tanto más anda envuelto y atado en temores y dificultades: porque siempre de lo que se pretende, es menor la esperanza, que el miedo de no poderlo alcanzar.

DAMASIO.- Ea pues, Cornelio, ya que hasta aquí se ha navegado prósperamente, no nos perdamos a la entrada del puerto: cuenta con el timón, ándame listo, échate una anguilla en el cuerpo.

CORNELIO.- No me faltaba sino tratarme, tras bachiller, de lerdo; mas a propósito sería echársela a quien yo digo.

DAMASIO.- Pierde cuidado; aquí dice, que tengamos cuenta cómo sale vestida la señora Casandra, que es vuestro bien, y vos, hermano, el que yo más amo, llamándoos discretísimamente cuerdo loco, porque la sabiduría del amante es furia: que vestido yo de aquella manera las sigamos, y cuando me pareciere tiempo, me junté con ellas, donde nos trocaremos, quedándome yo con mía dama en lugar de la vuestra, a quien llevaréis a ensartar aljófara, y ella a mí donde fuere servida, si ya alguna desgracia no lo impidiere: mirad qué suerte. Sin duda habrá hallado el modo, para que podamos seguramente pagar el diezmo al celoso. Ea, Cornelio, haz ojos de linco, no las pierdas de vista por descuido: mira que no hay cosa de más ligeras alas que la ocasión: que mientras el lobo caga, la oveja se salva, ven en un salto a avisarnos: mira por dónde van, que es lo que más nos importa para juntaros. Entre tanto vamos nosotros a rogar a Lobata que nos preste el vestido que fuere menester: fingiendo querer hacer una burla a un amigo muy enamorado, haciendo como que una dama le va a buscar a su casa.

MACIAS.- Embuste de Lena; buen discípulo ha sacado: al fin quien trata con malos se hace malo. No nos viene ahora poco a propósito tener mi señora aún todas sus galas; no sé qué es su intención.

DAMASIO.- No me espantaría si de treinta y cuatro años que puede tener, a su cuenta, viéndose parada como el molino sin agua, y a nosotros derretidos de amor, siendo del mismo metal, se le antojase algo: ya lo veremos.

CORNELIO.- Yo me voy a poner en una saetera, que de bien lejos descubre su casa.

DAMASIO.- Ya habías de ser ido y vuelto, según mi deseo.

Escena VII

CORNELIO

CORNELIO.- En conclusión este Cervino no merece la mujer que tiene:

semejantes hombres habrían de arar con aquellas simplonas que los plantan de azul ultramarino y oro, que a tiro de arcabuz se parecen. No como la señora Marcia, que se los engerirá de verde oscuro, que son ciertos cuernecitos, que no salen un pelo fuera de los cascós, más ligeros que el mal francés moderno, el cual no hace aquellos espantajos que el antiguo, dándoos un leva ejus por las narices, y es más dulce que la sarna, casi gentileza tenerle, y tan poco temido, que hasta las damas sin miedo le acometen, y ninguno por él con ellas vale menos: como bullen las arenicas del rubio Tajo. No puede dejar de ser ésta, una de las más solemnes burlas que se hallan escritas en el Boccaccio. En fin cualquiera debe enseñar a leer, escribir y hacer coplas a sus hijas: porque son de tanta virtud como las alcarchofas, y según dicen las comadres, de gran utilidad contra la pudicicia: que es una trabajosa enfermedad. Dicen mil groseros, que poder escribir los pensamientos es comodidad para saber ser malas. Lo que haría al caso es, que no tuviese ojos, ni orejas, que son las ventanas del mismo corazón, que a la que canta por natura, si gusta de las cosas del mundo, tanto le importa saber leer y lo demás, como no saberlo. No echan los necios de ver que las ignorantes fiando los secretos de los criados, se hacen sus esclavas, y que se hallan algunos tan atrevidos, que presumen también ir a la parte, con amenazas de que descubrirán sus faltas, o sobras; y si no lo alcanzan, ellas se lo saben, mudando hoy de un amo, y mañana de otro, van publicando las desgracias de las tontas inocentes. Mas estas sibilas, estas doctas, saben gobernarse de manera, que apenas ellas mismas entienden lo que hacen. Veis aquí ahora el ejemplo, que por tener esta señora tantas letras, ha sabido engañar a un hombre tan sabio como el bachiller Inocencio, que le podrían poner, como dice, inter oves et boves, et retiqua pecora campi; pues siendo el principal ministro de la transformación que esta noche se hará, piensa ayunar a pan y agua. Mal haya el diablo, que no me ha de tocar sino el escribir simplemente los avisos: porque los criados somos como la campana, que suena para otros, y para sí no le quedan sino los golpes del badajo. Allí salen las salidas damas, de morado va la de Macias: jurarelo yo sin verla; porque tengo por menos pesado un coselete a prueba, que un virgo. Quiero darme prisa, para avisar a mis amos, que están espiritados.

Escena VIII

CERVINO, MARCIA, INOCENCIO, CASANDRA.

CERVINO.- Marcia, amores, ya veis que me dejáis solo; por amor de mí, que os vengáis en acabando las vísperas.

MARCIA.- Yo os lo prometo, que no me querría quedar tan presto en la

iglesia.

CERVINO.- Oíslo, Inocencia, no os apartéis de ellas, mirá no las pisen, que habrá mucha gente.

MARCIA.- Por cierto que parecería tan bien el bachiller entre las mujeres, como nosotras en el coro.

CERVINO.- Oh, qué donosa razón; haced, hermano, lo que os digo. No me contenta nada Casandra, ¿ese tu manto bajo les está mejor a las doncellas?

CASANDRA.- ¿Y la premática?

CERVINO.- Yo pagaré la pena.

MARCIA.- Así habrá ello de ser. ¿No queréis que vea donde pone los pies?

CERVINO.- Dejaldá caer, que Inocencio la levantará.

CASANDRA.- El corazón me dice que será ello así antes que vuelva a casa.

CERVINO.- Marcia, mirad que os pongáis en parte oscura; apartaos cuanto mas pudiereis, que andarán cien insolentes, que os quitarán la devoción que lleváis.

MARCIA.- No hayáis miedo: en nombre de Dios, vamos. ¿Qué os parece, Inocencio, de la mala condición de éste mi hombre? Por vuestra vida, ¿no me tenéis lástima?

INOCENCIO.- Y cómo, señora: Summa est hominum perversitas. Mil veces he dicho entre mí, que es vuesa merced mártir: en verdad que me tiene razón. Habría de tener otra mujer que le hiciese padecer del mal que tanto teme: mas no lo permita Dios. Es más que verdad lo que decía mi maestro, que de todo cuanto la tierra produce, con alma vegetativa y sensible, no hay cosa a quien la mujer no pase en miseria: pues sola ella ha menester comprar con sus bienes a quien ha de ser señor de su persona.

MARCIA.- Paciencia.

INOCENCIO.- Sí, señora, por amor del Señor. Ahora que tengo tiempo, quiero encomendar a vuestra merced aquella pobre doncella, que es una obra meritoria.

MARCIA.- Yo os prometo que por eso he salido de casa, que no me siento con el ánimo reposado, ni nada buena. Vamos poco a poco: no sé qué me tengo, dende el punto que entendí su desgracia. Ahora pienso hablar a una grande amiga mía, prima de la abadesa del monasterio donde pienso ponerla, que vendrá a encontrarnos sola por no dar nota, y espero que todo se hará bien.

CASANDRA.- Ya no puedo más, que se ha alargado una cinta del chapín y se me sale del pie. Entremos, si vuesa merced es servida en esta casa a apretarla.

MARCIA.- En hora bueno.

Escena IX

RAMIRO, POLICENA.

RAMIRO.- Si me vendiese por esclavo en una galera; tengo de comprar una casa para no andar en estos alquileres. ¿Siempre has de estar a la ventana, rapaza? Mirando los vencejos se junta el ajuar: ¿no lo has aprendido cierto de tu madre?

POLICENA.- Estaba mirando, padre, si venía para saber si se ha de hacer la cena en esta casa, o en la otra.

RAMIRO.- Confundido me ha con la respuesta. ¿De manera, tarabilla, que por estar a la ventana, vendré más presto, y se hará de cenar con lo que aún está en la plaza? Policena, mira que no se me antoje jugar de pretina, que si comienzo, me comeré las manos tras ello.

POLICENA.- Eso sería de pesar de haberme castigado sin culpa.

RAMIRO.- Antes me daría contento: no más, picotera; limpiame luego esos bacines y aguamaniles como un oro, y mételos con los paños y estuches en la arca grande; y sea presto, no me pagues hecho y por hacer. Huela la casa a hombre: no la tocaría a un pelo de la ropa más que las niñas de mis ojos: porque es la misma bondad. Mas es menester aparejar la medicina, antes que venga la dolencia: y así, porque no se me estregue, quiero procurar de sacudir la pesadumbre que traigo, por su causa, a cuestras: no quiero que me suceda alguna desgracia, que no puedo tener oficial que me ayude sin sospecha; y solo, gano tres veces menos de lo que solía. ¿Qué se puede esperar de mercancía que, como cañafístola, baja ciento por ciento de precio y que a duras penas, aun dando dineros con ella, halláis quien os la quiera sacar de casa? Sino lo que de la otra Policena hija del rey Priamo: pues cuanto más hermosas, tanto mayor es la desventura del que ha de lidiar con ellas. Quiero resolverme de tomar mujer que mire por mí y por ella: mas, pobre de mí, ¿quién sufrirá el infierno de daca la madrastra, toma la hijastra, si ya el diablo no las concierta? No sé qué me haga; cierto la vida que paso no es para llegar a nietos. ¿Qué tentación la tornó a mi madre, cuando quitándome de sastre, por ser como dicen oficio de ladrones, me puso a barbero? Debió sin duda de topar con alguno, que le acertó a poner la madre en su lugar: que padecía mucho de ella; pues si esto no fuera, ¿qué me faltaba a mí, dejándome libre, para venir a ser alguacil? Al fin ese mundo todo anda errado, pues poseen en él las cosas aquellos para quien no se hicieron. Como yo mismo ahora, que con más altos pensamientos que un príncipe de Salerno soy un pobre barbero. ¿No acabas, Policena?

POLICENA.- No me falta sino un aguamanil.

RAMIRO.- Cuando quieres, todo lo haces en un pensamiento: pero es el diablo, que eres antojadiza.

POLICENA.- Y más ahora que me muero por unos botines.

RAMIRO.- No te faltarán.

POLICENA.- ¿Y de cena no dice nada? Yo bajo allá.

RAMIRO.- No, que voy por recado, y quiero cenar en la otra casa.

POLICENA.- Vuelva presto, padre, que tengo miedo, si no estoy a la ventana.

RAMIRO.- ¿Pues de cuándo acá ha la niña temor del coco? A buen seguro

que tú le pierdas presto. Paréceme que oigo a la madre, que no podía estar un momento sin compañía.

Escena X

RAMIRO, CERVINO, MARCIA, INOCENCIO.

RAMIRO.- Beso las manos a vuestra merced.

CERVINO.- Dios os guarde, Ramiro; ¿qué buscáis tan tarde por estos barrios?

RAMIRO.- Soy ya más vecino de vuesa merced.

CERVINO.- ¿Cómo así?

RAMIRO.- He alquilado aquella casita de la esquina.

CERVINO.- Sea en hora buena, mucho me huelgo de teneros por vecino.

RAMIRO.- Estaré más cerca para servir a vuestra merced. Ya me parece que se va haciendo hora de cenar.

CERVINO.- Por eso espero aquí a mi mujer y a mi hija, que han ido a vísperas, y habrán topado con algunas comadres que se las tendrán hablando cuanto han soñado, dende que nacieron.

RAMIRO.- Ya no podrán tardar, aunque sí están en las Huelgas, acaban muy tarde. La pobreza, señor, excusa un criado: con licencia de vuestra merced me voy a comprar de cenar, que por ser recién mudado, no hay nada en casa.

CERVINO.- Vais norabuena. cómo lo entendió bien el que oyendo predicar ser necesario para salvarse, que cada uno lleve su cruz se fue a gran priesa a tomar a su mujer cuestras teniéndola por tal.

Mal entendido lazo de la

gente,
que las más veces junta
dos contrarios humores,
con sola una pregunta,
y un sí, sencillamente
Dado, que en mil cuidados y temores
tiene siempre después al más valiente.

Si no fuera por el negro respeto del mundo, que dice que buena mujer, y buen casamiento, se entiende, no de serlo, sino del que no se habla, me fuera ahora a traer a la mía, arrastrando por aquellos cabellos, dándole mil puntillazos. Huélganse, pues hacen hoy carnestolendas. Quiero que mi suegro se ría de mí, si puede otro día tanto conmigo, que las deje oír otras vísperas este aire: es verdad, que me quitará que no enclave la ventana que, por amor dél, dejé abierta. Allí vienen, deles Dios tanta

gota, que nunca más se levanten, amen, amen, amen. ¿Sin duda que habéis ayudado a coger las sobrepellices?

MARCIA.- Maravilla fuera, si no me saliérades a recibir con vuestros pudrimentos: veis aquí al bachiller y a Vigamon, que os dirán si son acabadas las completas.

CERVINO.- Pregunta a mi compañero si yo soy ladrón.

INOCENCIO.- Es cierto, por esta ánima pecadora, que se levantaron al nunc dimittis.

CERVINO.- De aquí adelante serán las vísperas rezados en casa, que no las quiero tan largas fuera.

MARCIA.- Yo sufriré cuanto pudiere; subíos arriba, Casandra.

INOCENCIO.- Ya está en su cámara. Señora, no sea parte el marido para que vuestra merced pierda lo que hoy con tanta devoción ha ganado: que siempre el insidiador anda más solícito, cuando nos ve ir por el camino de nuestro verdadero descanso y contento.

MARCIA.- Dios se lo perdone a quien tan bien me empleó.

Acto IV

Escena I

VIOLANTE, CORNELIO.

VIOLANTE.- ¿Cornelio?

CORNELIO.- Señora

VIOLANTE.- ¿Dónde está Damasio, que no ha dormido en casa esta noche?

CORNELIO.- Lleváronle unos amigos suyos que han venido de Salamanca, y por ser tarde se quedó con ellos: no tenga pena vuestra merced, que en parte está donde no le habrá faltado regalo y contento.

VIOLANTE.- ¿Pues cómo no me has dicho nada?

CORNELIO.- Mandó me que no lo hiciese. La juventud, señora, ha de pasar la carrera, porque cuando el mozo es viejo, es viejo mozo, y lo que ahora disculpa la edad, en la madura da que reír a las gentes.

VIOLANTE.- Ay, Cornelio, Cornelio, qué retoricadas excusas de traidor descarado son éstas: en mal punto pusiste los pies en mi casa; tú, bellaco, eres el inventor y maestro de los vicios de mis hijos, tú se los tramas y me los has, de dos palomas sin hiel, vuelto milanés.

CORNELIO.- Nuestra Señora de Prado me valga con vuestra merced; deme

licencia, pues tan mal parezco ante sus ojos, y con esto saldremos ambos de pena: parece que me ha visto vuestra merced el juego, porque no deseaba sino semejante ocasión para irme con Dios, porque a un mozo le sobra un amo; por eso vuestra merced mande hacer cuenta conmigo, y también yo la haré, de haber perdido el tiempo en parte de donde pensaba salir con otro pelo.

VIOLANTE.- Eso es lo que yo he más menester; yo voy a misa, en volviendo lo haré de muy buena gana, porque la muerte del lobo es la vida de los corderos.

Escena II

MACIAS, CORNELIO.

MACIAS.- Bien me puedo, oh Amor grande y benigno señor, dar de hoy más por bien pagado de cuanto por amar he padecido, y si culpándote con impaciencia vanamente, he pronunciado algunas palabras contra ti, ahora, arrepentido de todo corazón, confieso que la mayor de tus penas es pequeña, y muy fácil de llevar en comparación de tan grandes premios, pues de la tempestad de los suspiros, y del infierno de los afanes, llevas a la luz y gozo de todos los deleites desta vida. En este punto oí hablar a Cornelio, y no parece; bueno es que se descuide, cuando más es menester; ¿dónde habrá ido? No sé cómo podremos sacar a mi hermano, y volver a mi alma a su casa. Mal haya el diablo, a fe, que se podría Cervino dar con un canto en los pechos, antes que me sacara la presa de las manos, a no tener tal prenda en su casa. Oh qué terrible cosa es, haber por fuerza de refrenar el apetito y gusto, y privarse de su contento: mas quien siembra, ha de compensar la esterilidad con la abundancia. Pero lo que más me lastima es ver que esta pobre señora, como tiene en tanto la honra, no ve la hora de volverse a su casa, asegurado ya de tenerme por suyo.

CORNELIO.- No estaría más un sólo día en esta casa si me dorasen.

MACIAS.- Cuitado de mí, ¿qué oigo?

CORNELIO.- ¿Es éste el galardón de mis servicios?

MACIAS.- Parece que se está quejando Cornelio: hermano Cornelio.

CORNELIO.- Ya es la hermandad acabada.

MACIAS.- Vienes con un gesto como si te hubiese mordido una víbora.

CORNELIO.- Hame mordido otra peor que sierpe: yo me voy, señor, a sacar mi hato, que estoy resuelto de no sufrir más insolencias de mujeres.

MACIAS.- Este veneno me faltaba, para hacer amargas todas mis dulzuras: bien dicen que la A, B, C, que hace comedia, hace tragedia. ¿Cómo, Cornelio, es posible que en tan gran necesidad nos quieras desamparar?

CORNELIO.- Yo no soy bueno para necesidades, sino para hacer malos a vuestas mercedes, como acabo de oír de boca de mi señora, con palabras que no se podrían decir a un capeador, y por esto me quiero alargar sin ninguna réplica.

MACIAS.- Extraño eres en mirar a sus palabras, conociéndola: ¿no sabes ya cuán terrible es con nosotros cuando se enoja?

CORNELIO.- Si ellos se quieren estar como pollos en cesta, yo no, porque estimo mi honra, aunque pobre mozo, como el más estirado.

MACIAS.- Por vida de Damasio, que sé que le quieres más que a mí, que dejando aparte la cólera, veamos cómo nos debemos gobernar, para que salgamos bien deste negocio.

CORNELIO.- Yo no me quiero empachar más en cosas de vuestas mercedes, pues soy, según dice mi señora, quien los distrae, antes irme con Dios en haciendo mi cuenta.

MACIAS.- No esperaba yo cierto esa respuesta de ti, ni menos mi hermano, pues me dijo ayer que como volviese a casa, te quería dar un vestido, y diez ducados. De mí no digo nada.

CORNELIO.- ¿Y dónde los tiene él para dármelos?

MACIAS.- ¿No tiene la renta de Toro, y la de Boezillo, que es herencia de un tío nuestro, y ha cuatro años que goza della?

CORNELIO.- ¿Y tiene cierto los diez ducados?

MACIAS.- Y aún más de ciento y cincuenta.

CORNELIO.- Pequeña lluvia gran viento aplaca; del amor del señor, nace la obediencia del criado, y el que es fiel, nunca se mueve a hacer bien por la esperanza del premio: y así no lo haré ni por diez, ni por mil, sino por mi buena ley, y porque no se diga por mí: cuando el malo ayuda, los deja el peso a cuestas; y aun oso decir, por dar disgusto a mi señora, perdóneme vuestra merced si le pesa de ello.

MACIAS.- Nosotros queremos más para ti, que para cuantas madres hay en el mundo. ¿Qué te parece que hagamos?

CORNELIO.- Yo lo remediaré todo, déjame el cargo. He pensado esta noche; más perdemos tiempo, que la experiencia es maestra en los casos que ocurren. Una cosa quiero de vuestras mercedes, que si acaso yo diere en manos de la justicia, me ayuden a diestro y a siniestro.

MACIAS.- ¿Por qué temes de ella?

CORNELIO.- Porque no querría dar del humo en el fuego, y que el verdugo me deshiciese las lechuguillas con los pies. Si vuestas mercedes han esta noche estado en el placer de Niquea, yo no he llorado mis pecados, antes gozado de mi Policena como un paladín: la cual me ha dado la llave de la casa donde han morado hasta ahora, y otra contrahecha, además de la que tiene su padre, de una arca grande, que dejaron de mudar ayer por ser tarde; para que es remuneración de mi trabajo, tome lo que hallare dentro: efectos de amor, que hace, los hijos ladrones y enemigos de sus padres. No quiera vuestra merced saber más: mi señora es ida a la iglesia, y la casa está sola: lleve vuestra merced a la señora Casandra a la que he dicho de Ramiro.

MACIAS.- ¿Y si acaso él estuviese allí?

CORNELIO.- Quien mucho mira al viento, ni siembra, ni planta a tiempo: haga vuestra merced lo que le digo, que cosa hecha cabeza tiene.

No hay otra llave de la puerta, sino ésta, y Policena está prevenida, para que si el padre se la pidiere, le entretenga con: aquí estaba, allí la puse, acullá os la di; hasta que yo vuelva y se la dé a ella: y estamos seguros, porque no hallará quien se la mude, sino después de misa mayor.

MACIAS.- Ay, ay.

CORNELIO.- No hacen al caso los suspiros, cuando se trata del remedio.

MACIAS.- Suspiro por lo que pierdo y podrá suceder.

CORNELIO.- En el camino se endereza la carga: conforme a lo que viniere nos gobernaremos. Haga vuestra merced lo que digo presto, pues no hay tiempo para más consideraciones. Dios da hilo a tela urdida.

MACIAS.- Yo voy por ella.

CORNELIO.- Vaya vuestra merced, que el palo torcido se endereza torciéndole al revés: yo me adelanto a tener abierta la puerta. Terrible simpleza es la de los que servimos: que ponemos la vida a cada paso en mil peligros por nuestros amos, no esperando de ellos otro galardón, sino al primero descuidado un: No os he menester en mi casa. Mas gran necio sería yo, si por las palabras de la madre dejase, mientras dura el granillo, a los que me son tan compañeros liberales. Quien no soba, buen pan no coma: quiero cogermé ahora estos diez ducaditos, vengan de do vinieren, que con ellos, y el vestido, me pondré como un Palmerín de Oliva. A fe de pobre mozo, que se podrá dar a éste, si se nos logra, el precio de los tiros. Andaos a ser celoso, y envarios han adonde ni el papa, ni el emperador, no tienen embajador: no quiero decir, con perdón de quien me oye, a la maldita y decomulgada región de Cornualla. Yo prometo, si me caso, que tengo de llevar a beber mis patos, cuando llueva: que la violencia de no dejar hacer su curso a la naturaleza trae semejantes accidentes. ¿Mas qué no acomete una persona, cuando siente que no se fían de ella? Cuanto a mí, yo me confieso de mi parte que todo lo echaría a doce: y por ventura han pasado las agraviadas; de trece, porque mis gallipavos no se habrán dormido, yo los fío, con las purgas. Esta cerradura, señora mía, es de golpe, y se abre por de dentro, tirando así el pestillo: pruebe vuestra merced, esté diestra, para que no se embarace al salir, y esto ha de ser en oyendo toser. Súbase presto a su aposento: baje al punto el señor Damasio, y métase en la arca: que con el mismo ardid se sacará, y será llevado a casa de Ramiro.

MACIAS.- Mucho me cuadra: más temo no se desmaye de congoja.

CORNELIO.- No tenga miedo, que hasta los ratones desta casa son enamorados, y como tales nos han ayudado con agujeros que han hecho, para que pueda respirar: y ya yo lo he probado más de cuatro veces; cuanto más que ha de durar poco. Ahora sálgase vuestra merced, déjeme cerrar la puerta: esté a la mira: yo llevaré las llaves a Policena y me encerraré con ella, en yendo el padre por el arca: que vale ahora como la de Noé, cuando buscando nuevo mundo andaba rellena de todas las reliquias de la tierra.

MACIAS.- La de Marsella te guíe.

Escena III

CERVINO, RAMIRO, INOCENCIO.

CERVINO.- La casa de César no solamente ha de estar sin mácula, mas sin sospecha de ella. Digan mi suegro y cuantos me tienen por extremado celoso, lo que quisieren: que lo he sido, lo soy, y lo seré: dando siempre gracias a quien me da conocimiento para serlo: en que me tengo por rey de los hombres; pues sé tener a mis mujeres de manera que no me puedan hacer de los juegos de pasapasa, que suelen las que tienen algunos buenos Juanes por maridos. Aténgome al cantarcico portugués que dice:

O homem que a molher não

garda
merece de trazer albarda.

Presto se. engaña quien mal no piensa: tú que tienes que hacer en tu caso, no te alejes de ella. Dicen que andan en un predicamento el celoso y el cornudo: porque actu vel potentia, el que no lo es lo puede ser. Y si esto es así, como lo es, no sé yo qué razón hay, para que un hombre que tiene mujer moza y hermosa como yo, no guarde su cabeza de tan extraña metamorfosis. Es verdad que os toca una enfermedad comunicable, sino para haceros vergonzosa conseja del vulgo. Mejor están los cuernos en el pecho, que en la frente.

Fors et tam nostris, invidit
quæstibus aures.

Porque a qué amigo osareis quejaros que, si no río de vos, no se aproveche de la ocasión, instruido y encaminado para tomar su parte de la visceración. Esta mañana en la plaza, me dijo uno en secreto, que cierta doncella principal se salió anoche de casa de su padre, y que se está a placer con su enamorado. ¿Qué atrevimiento del demonio? A no haber contado mis ovejas, descuidaos y veréis lo que pasa: perro viejo no ladra en vano.

RAMIRO.- Ta, ta, ta. Habrase la rapaza subido a los desvanes. Ta, ta, ta; por mi fe que le tengo de dar, en abriendo, dos repelones. Tatata, tatata, tatata.

CERVINO.- ¿Ramiro, queréis vos, sin para qué, dar con la puerta en tierra? Si hubiese alguno en casa, ya os habría oído presto, aunque estuviese sordo.

RAMIRO.- A mi hija dejé aquí ahora poco ha, no sé cómo no responde, habrá salido fuera la loca a buscarme. Suplico a vuesa merced permita, mientras vuelvo, que aquestos gentiles hombres descarguen en su casa.

CERVINO.- Lo que más he menester.

RAMIRO.- Que la quiero ir a buscar.

CERVINO.- Hora buena. Amigos, aliviaos, que no sabéis cuanto ha de durar la fiesta.

RAMIRO.- Ios a beber y volví luego a mi puerta, que yo os pagaré vuestro trabajo. Mándeme vuestra merced y perdoneme, que se mire por esa arca, que tengo dentro un gran tesoro.

CERVINO.- Yo voy fuera, Bachiller, dad buena cuenta de ella.

INOCENCIO.- Yo la guardaré como el día del domingo.

CERVINO.- No me viene poco a propósito la vecindad de Ramiro, porque con una mira apuntará a dos cosas. Quiero encomendarle que tenga cuenta con quien entrare o saliere en la mía, y estoy cierto de que me será fiel espía. Mas como dice el judío, de quien me fío, de guarde el Dio: de quien no me fío, me guardaré yo.

Escena IV

MACIAS, LENA, INOCENCIO.

MACIAS.- Lo peor de desollar, es la cola: todo cuanto os he dicho, Lena, no vale nada, si no hacéis de manera que Inocencio salga a la calle, que con esto la cosa sucederá como deseamos. Mirad que en teniéndole fuera de casa, habéis de toser, que es la seña que tiene para salir al punto.

LENA.- Hasta aquí la mar está sosegada, pues no se oye rumor de marineros. No se muestre vuestra merced, apártese, y déjeme hacer mi oficio. Santo Viceto in secula, amén. Señor licenciado, ¿cómo está vuestra merced? Que me parecen años los días que no tengo ventura de verle.

INOCENCIO.- No creo yo menos, Lena, de vuestra bondad: estoy bueno para lo que os cumpliere, gracias sean dadas al Señor. Huélgome de haberos encontrado, porque os sé decir que ayer tarde, volviéndome a casa, me dijo mi señora que ya había concertado el negocio de su prima, y que se habla puesto en manos de quien lo hará muy a su gusto, de que venía alegrísima: y después acá no he sabido otra cosa, porque no la he visto.

LENA.- ¿La causa?

INOCENCIA.- Fue haber reñido con nuestro amo, anoche sobre cena.

LENA.- ¿Qué me cuenta? Llégueseme acá, por amor de mí, no nos oiga algún espíritu maligno de allá dentro.

INOCENCIO.- Aún no había yo mirado en tanto; tenéis más que razón.

LENA.- ¿Dígame, amor mío, lo que hubo? Hem, hem, hem.

INOCENCIO.- Vinieron a tratar del bienaventurado san Juan, y diciendo mi señora que san Juan Evangelista es digno de grande veneración, le respondió: Es así; mas hoy no es sino Baptista. A que le replicó ella, que sabía bien ser el evangelista: y aunque yo le hacía señas que se engañaba, con todo esto porfié tanto, diciendo: que no ignoraba el calendario, que él, ya amostazado de haber vuelto casi de noche a casa, se levantó enojado profiriendo: Bien dijo el sabio rey don Alonso, que para ser uno buen

matrimonio, había de ser el marido sordo, y la mujer ciega: *Beatus vir qui habitat cum muliere sensata*: y entendiendo ella que le llamaba insensata, comenzó más alterada a injuriarle; y él entonces vuelto a mí, dijo: ¿No os parece, bachiller, ocasión ésta, para renegar de este sexo? Y dióle un bofetoncillo, que no matara una mosca: con que ella se entró gritando en la cámara de la señora Casandra, y se encerró con ella, donde aun se están juntas. Mas yo sospecho que andaba, como los médicos, buscando el mal, y así cuando yo estuviera en lugar de su marido, quizá que hiciera más con ella.

LENA.- Hem, hem, hem. Por eso dicen que es más fuerte el vinagre de vino dulce, pues vuestra merced, que parece un silo de paciencia, la hubiera meneado los huesos a fe que lo había de merecer. Hem, hem, hem. Vuestra merced la ponga en razón, que no le estará bien si le comienza a perder el respeto: yo sé bien la tempestad que se levanta, citando el enemigo de nuestra frágil natura se mete entre marido y mujer. Hem, hem, hem. Mas espero que esta riña de san Juan será la paz de todo el año: porque pasada la furia, la señora se aplacará, procediendo adelante como quien es: que al fin se ha de servir al marido como a señor, y guárdese de él como de un traidor. Hem, hem, hem. Estoy muy resfriada.

INOCENCIO.- Bien se os parece.

LENA.- ¿No me sabría dar algun remedio?

INOCENCIO.- Y tal como bueno. Tomaréis esta noche en una escudilla lo más caliente que pudiéredes, y muy atropada dormí sobre ello, que amaneceréis como una manzana.

LENA.- ¿Pues qué tengo de tomar caliente?

INOCENCIO.- ¿Ya no os lo he dicho?

LENA.- No por cierto.

INOCENCIO.- No os espantéis, porque voy enunciando algunas arduas cuestiones, que nuperrime se me han movido en la especulativa, las cuales me traen desvelado, y como fuera de mí.

LENA.- Mucho me pesa de su desasosiego, ¿y con quién han sido las cuestiones?

INOCENCIO.- No es eso, hermana. Cuestión viene de quero, que es buscar, disputar, dudar, et similia.

LENA.- La cuestión del cuero se apacigua con el sueño. Otra gracia me hiciese.

INOCENCIO.- Ya sabéis lo que tenéis en mí. *Omnia prorsus officia debeo*.

LENA.- Deseo mucho saber en qué mes cae la Epifanía este año.

INOCENCIO.- Ya es pasada, mas viene siempre en enero.

LENA.- Oh pecadora de mí, quise decir la Ascensión.

INOCENCIO.- Mucho va de uno a otro, es menester verlo en el calendario, o tabella temporaria festorum mobililuin, y no oso estar más aquí; la primera vez que nos veamos os lo sabré decir.

LENA.- ¿A lo menos dígame cuándo hace la luna?

INOCENCIO.- Cierto que sois curiosa, esperad. Áureo número seis, epacta veinte y seis. Miércoles a las siete de la tarde: y esta noche pasada ha habido eclipse; comenzó a las diez, y duró hasta las cuatro de la mañana, que habrá causado grandes dolores de cabeza.

LENA.- ¿No me haría merced de darme alguna oración de su mano contra

los duendes? Que en la casa donde vivo andan.

INOCENCIO.- Acabad por amor de mí, no os detengáis más, que aún no estando mi amo en casa lo temo.

LENA.- El Señor le acompañe.

INOCENCIO.- Y vaya con vos. ¿Hay sinceridad como la desta buena mujer en el mundo?

Escena V

RAMIRO, POLICENA, CERVINO, BEZERICA., DAMASIO.

RAMIRO.- ¿Adónde has estado hasta ahora, chorlita? No me vería yo sin ti.

POLICENA.- Antes que digan, digáis: y el padre donde anda, que no ha tenido lástima de dejarme sola en una casa donde anda una fantasma, que de miedo he estado tendida más de una hora desmayada, y cómo volví en mí, le fue luego a buscar a la otra casa, y no osara tornar a esta si no me hubiera encontrado Cornelio, el criado de aquellos caballeros, que me ha enseñado una oración, la cual se ha de decir en los temores, por la alma del postrero ahorcado.

RAMIRO.- ¿Y cómo era la fantasma?

POLICENA.- E, e, era una cosaza, la, larga: que me pareció abrazarme, y me cubrió el co, co, corazón, tanto que me caí de mi estado como muerta.

RAMIRO.- Ta, ta, tartamuda te ha dejado el espanto; fue, necia, tu sombra: baja, baja acá, abre la puerta, que voy a pasar la arca de casa del señor Cervino, donde la puse hasta que parecieses, o muerta o viva. Servidor, señor doctor.

INOCENCIO.- En buena hora feamentado.

RAMIRO.- Vengo por mi arca.

INOCENCIO.- Señor.

CERVINO.- ¿Qué hay?

INOCENCIO.- Viene Ramiro por su arca.

CERVINO.- ¿Pareció ya vuestra hija?

RAMIRO.- Sí, señor, tuvo no sé qué miedo de verse sola. Y fue a buscarme a la otra casa.

BEZERICA.- Oh qué espada dorada tan linda que está en esta arca.

CERVINO.- ¿Qué espada? ¿Qué sabes tú?

BEZERICA.- Tiénela un señor que está dentro.

CERVINO.- ¡Señor que está dentro! ¿Qué dices?

BEZERICA.- Sí, señor, yo le he visto.

CERVINO.- ¿Qué es esto, Ramiro?

RAMIRO.- ¿Mira vuestra merced a las palabras de los mentirosos niños?

CERVINO.- Pues ellos suelen decir las verdades, y muchas se descubren con la mentira. A buena cuenta, yo quiero ver lo que hay.

BEZERICA.- Sí. señor, dentro está.

RAMIRO.- Son mis estuches dorados, y recado de la tienda; estás borrachito, merdoso.

CERVINO.- Digo que abráis, si no queréis que nos oigan los vecinos.

RAMIRO.- Que me place.

CERVINO.- Así, mal hombre, traidor, infame, cornudo.

RAMIRO.- ¿Qué insolencia es ésta? ¿Desta manera se tratan los hombres honrados en esta casa? Tras haberme robado mi hacienda. Justicia hay en la corte.

CERVINO.- ¿Y a vos qué os parece? ¿Es buena gentileza, meteros desta suerte en casa ajena?

DAMASIO.- Hablad con quien me metió. Mas ¿qué tenéis vos que ver, en que yo me hago llevar por toda la ciudad, como me diere gusto?

CERVINO.- Llévenos a casa del diablo, pero no a la mía.

DAMASIO.- ¿Hay más, si os pesa tanto, que pagaros el alquiler del tiempo que ha estado la arca en vuestro portal?

RAMIRO.- Señor Cervino, haga vuestra merced que parezca mi hacienda, pues me ha faltado en su casa; dejémonos de cuentos, no seamos tras cornudos apaleados.

CERVINO.- Ambos me lo pagaréis con las setenas, a pena de ruin hombre. Al fin la mujer y el vino engañan al más fino.

Escena VI

CERVINO, INOCENCIO, BEZERICA.

CERVINO.- ¿Inocencio?

INOCENCIO.- Señor.

CERVINO.- ¿No os he yo dejado en guarda de mi casa?

INOCENCIO.- Sí, señor.

CERVINO.- ¿Habéis estado siempre aquí?

INOCENCIO.- Sin apartarme un minuto.

CERVINO.- ¿Pues cómo se ha hecho esta maldad?

INOCENCIO.- ¿Qué maldad puede cometer un hombre-cerrado en un arca? Tuviésemos así a todos los malos, y podríamos dormir a sueño suelto, sin temor de los ladrones. Cuanto más que son cosas de mozos, y habrán querido hacer alguna burla al barbero y a su hija. ¿Nunca vuestra merced, siendo estudiante, hizo la ánima pecadora? Como desas le podría yo contar.

CERVINO.- Mirá a quien he yo encomendado mi honra.

INOCENCIO.- No está mal guardada, cuando el que la podría quitar

viene debajo de llave.

CERVINO.- Quitáosme de delante, insensato, no me hagáis...

INOCENCIO.- Mire vuestra merced que se debe tener respeto a un hombre graduado como yo: porque deste palo nacen los oidores y presidentes, que mandan el mundo. Sí que yo no soy zahorí, para ver lo que está en las arcas cerradas, ¿por qué no lo adivinó vuestra merced cuando la hizo descargar en casa? Auctor horum malorum prater te nemo fuit.

CERVINO.- ¡Oh Ramiro traidor! Ven acá, Bezerilla, ¿bajó abajo Macias?

BEZERICA.- No, señor.

CERVINO.- ¡Hombre en arca, y en mi casa! Inocencio, id luego a llamar mi suegro, que nunca él lo fuera, decidle que se llegue luego aquí, que me importa mucho. ¿Dime, muchacho, cómo viste aquel hombre?

BEZERICA.- Dende la ventana de la despensa.

CERVINO.- Dilo todo, no tengas miedo.

BEZERICA.- Abriéndose aquella arca, salió de ella la señora Casandra.

CERVINO.- ¿Y quién abrió a Casandra?

BEZERICA.- No sé, señor, ella creo que venía abierta.

CERVINO.- ¿Y qué hacía entonces el bachiller?

BEZERICA.- Estábase a la puerta de la calle hablando con un fraile.

CERVINO.- ¿Y después qué hizo Casandra?

BEZERICA.- Subiose arriba.

CERVINO.- ¿Y subida ella?

BEZERICA.- Bajó aquel señor, con no sé qué ropa en el brazo, la espada dorada en la mano, y metióse en la arca.

CERVINO.- Ésta ha sido una de las mayores maldades que se han visto en el mundo; sus manos, a la sangre. Quiero matar primero el traidor enarcado, y después daré tras estas malvadas que no se me irán sin castigo. Éstos eran los casamientos del señor Aries. Bezerilla, si viniere mi suegro, dile que me espere, que luego vuelvo.

Escena VII

DAMASIO, MACIAS, CORNELIO.

DAMASIO.- En un punto están dicha y desdicha, y las desgracias siempre aparejadas. No hay contento en esta vida que no traiga consigo el disgusto, ni alegría sin mezcla de llanto. Es tan cierto esto, como seguir la sombra a quien al sol camina. Al fin lo que menos se teme, es más de temer. Mas ya que nuestra mala suerte ha querido que aquel rapaz haya descubierto el más gracioso caso que de amores ha sucedido, habemos, hermano, de procurar que aquellas señoras no padezcan, porque su pena nos sería de perpetua infamia. Es menester prevenirnos, y comenzar a reparar

el daño porque las desdichas son como los peces que por maravilla vienen solos en la redada.

MACIAS.- Cortad de mí por donde quisiéredes, tengo por mejor obrar antes con peligro, que padecer después con vergüenza. El daño que hace la mala suerte se ha de remediar con valerosa mano, haz tu deber, y venga lo que viniere. Vamos luego a sacárselas de casa.

DAMASIO.- Gentil emendar de avieso; bien dicen que naturalmente la juventud, como poco experta, no mira ni considera los peligros: y así no me maravillo de que vuestra resolución sea más gallarda que prudente.

CORNELIO.- Si hubieran considerado lo que pudiera suceder, a buen seguro que aún se estuvieran en los jardines de Tántalo.

DAMASIO.- ¿Qué dices, Cornelio?

CORNELIO.- Digo, señor, que corriendo inconsideradamente, en negocio tan arduo, sería vestir antes el jubón que la camisa.

DAMASIO.- Es como dices, pero mano, velocitatem sedendo tempera.

MACIAS.- Eso se entiende cuando el tiempo da lugar, y porque falta, diré antes yo, tarditatem surgiendo tempera, pues no se ha de perder momento en consultas, cuando la necesidad constriñe a menear las manos.

DAMASIO.- Estemos a la mira para socorrerlas, si fuere menester, y así cumpliremos con ambas cosas. ¿Qué te parece, Cornelio?

CORNELIO.- Que vuestra merced habla como un Séneca, y el señor Macias como un caballero de la Tabla Redonda, cuyo parecer se ha de ejecutar, cuando no haya otro remedio. Mas yo espero ponerle, por vida del señor Aries: y por ventura la fortuna no nos será tan enemiga ni pasará la cosa tan mal como tememos. Mas entre tanto, un ojo en la sartén y otro en el gato: ténganme buen ánimo: que en el templo de Júpiter dicen que había dos cubas de vino, una de bueno y otra de malo: no nace rosa sin espina: ya es hecho: busquemos unguento bueno que podamos poner en la llaga, antes que se venga a encancerarse. Yo quiero que vuesas mercedes vean ahora quien es Cornelio Cervantes de Pisuerga: que un hombre a las veces vale por ciento; y que muchas, ciento no valen por uno.

DAMASIO.- ¿Pues qué medio tienes tú con Aries?

CORNELIO.- Por lo menos el de la señora doña Lujuria, que a la vejez le hace jugar de lomo.

DAMASIO.- ¿Es posible?

CORNELIO.- Eslo tanto que me ha prometido unas Indias, porque le sirva de tercero.

DAMASIO.- ¿Sepamos con quién?

CORNELIO.- No, que se enojarán vuesas mercedes, si se lo digo.

MACIAS.- No podrás tú decir ni hacer cosa de que nos pese; dilo libremente.

CORNELIO.- Con mi señora, cuando menos, por quien bebe los aires, dende el día que le habla sobre el casamiento.

DAMASIO.- ¡Ha, ha, ha! ¿Y tú, qué le has dicho?

CORNELIO.- No le quise dejar sin esperanza, adivinando que los pasos en que andamos nos llevarán a haberle menester: que por eso también tengo yo hecho con Vigamon, su criado, un cambalache de dueños: con que se tiene más de vuestra merced que de su amo. Allí viene, debe de ir a reñir nuestra pendencia: déjenme con él.

MACIAS.- Al fin no hay negocio tan perdido, que poniéndole en manos

de un prudente, no se pueda esperar algún remedio.

ARIES.- Dios os guarde, Cornelio.

CORNELIO.- Beso las manos a vuestra merced. ¿Qué alteración es ésta?

ARIES.- Es por de ir de prisa a casa de mi yerno.

CORNELIO.- Tengo que decir a vuestra merced sobre el negocio que me encomendó.

ARIES.- Venid a hablarme a la tarde.

CORNELIO.- No será posible, porque tengo mucho que hacer.

ARIES.- Esperad un poco. Bachiller, váyase delante, diga a mi yerno que luego será con él. Pues, amigo, ¿qué tenemos?

CORNELIO.- Tratela, señor, del negocio, en bonísima coyuntura con tan grata audiencia, que quisiera, a lo que sospecho, que durara mi plática hasta ahora.

ARIES.- Al fin.

CORNELIO.- ¿Podré creer, me dijo poniéndose de mil colores, que hay en el mundo quien se acuerde de mí? Y aunque no me dio el sí, ni me dijo de no, eché de ver que tiene perdida la mala voluntad a vuesa merced; pero como mujer prudente no quiere descubrir su corazón tan presto.

ARIES.- Mucho contento recibo de oír: eso volveos ruego a darle otro tiento.

CORNELIO.- No será posible, de que, señor, me pesa mucho, porque me he de partir mañana en amaneciendo, a cierta romería: y ahora está mi señora muy enojada contra su hijo mayor.

ARIES.- ¿La causa?

CORNELIO.- A vuestra merced todo se le puede decir. Estando Damasio enamorado de la hija de Ramiro, el barbero, por orden de la moza, para lo que vuestra merced puede pensar, se metió en un arca donde han vivido, se había de mudar ayer a otra que ha tomado, y por ser tarde, la dejó hasta esta mañana: que llevándola, halló la puerta cerrada, por haber salido la hija no sé a qué, y mientras volvía, la pusieron los ganapanes en casa de aquel caballero yerno de vuesa merced, con su buena licencia, por no dejarla en la calle: y queriendo después sacarla, no sé cómo vino a echar de ver lo que había dentro. De que mi señora está muy congojada, no hayan sospechado haber sido por hacer algún mal en aquella casa: mas la pura verdad es ésta.

ARIES.- ¿Es cierto lo que me habéis dicho?

CORNELIO.- Certísimo, así yo tenga buen viaje o nunca de él vuelva.

ARIES.- ¿Luego de la hija de Ramiro andaba enamorado el Damasio? Y aun por eso me dijo Vigamon un día, que era toda vuestra.

CORNELIO.- En el cuya se engañó. Es como tengo dicho, yo sé bien lo que hay entre ellos.

ARIES.- Al fin la inocencia es seguro escudo, y creer muy presto ligereza. Vos me habéis dado dos nuevas una mejor que otra, conque me he alegrado mucho. Tomad este doblón para guantes.

CORNELIO.- No, suplico a vuestra merced.

ARIES.- ¿Qué cosa es no? Tomaos, digo.

CORNELIO.- Vuestra merced me quiere echar una argolla al cuello, yo me doy por su perpetuo esclavo: beso las manos a vuestra merced. Yo le aseguro de que si aprieta, vendrá presto al fin de su intento.

ARIES.- ¿Y vos no ayudaréis a ello?

CORNELIO.- Estos, señor, son dos mozos muy libres, como todos los hijos de viudas, y quiérenme mal de muerte, porque les digo lo que les conviene: y así yo no quiero estar con ellos por ninguna cosa; aunque mi señora no me quiere dar licencia.

ARIES.- ¿Pues cómo, eso tengo en vos? Tampoco, yo quiero que os salgáis de su casa, y me obligo a daros más al doble en ella de lo que ganáis; ¿queréis otra cosa?

CORNELIO.- No he servido tanta merced como recibo de vuestra merced. Mas no es posible dejar de partirme, por la obligación de cumplir un voto de ir a Cerveros, que hice ya muchos días: y como soy mortal, no es justo perder la buena ocasión que se me presenta ahora, de un gentil caballero que ya a lo mismo, y me hará la costa a la ida y la vuelta, porque le acompañe.

ARIES.- Digo que no os habéis de ir en ninguna manera: sufrí sus mocedades con discreción, pues la tenéis, y cualquiera mala palabra que os dijeren, la pondré a mi cuenta, y el voto se cumplirá otro año: podrá ser conmigo: porque también si me caso pienso hacer ese camino.

CORNELIO.- Si vuestra merced me mandase ir a Roma descalzo, yo lo haré mejor que por el rey.

ARIES.- Yo os lo agradezco con mucho. Con esto quiero ir a sacar a mi yerno de la opinión que debe tener.

CORNELIO.- Es tanto el odio que tengo contra Damasio, que me holgoría, en alguna manera, de que aquel caballero creyese que se había hecho llevar así, por amor de su hija, para que le hiciese matar.

ARIES.- No suceda tal, que iría la honra de la mía de por medio.

CORNELIO.- Encargo a vuestra merced por quien es, la de Policena, que es una doncella honesta, y muy recogida.

ARIES.- No os dé pena, que hasta ser mujer para excusar lo que le puede hacer daño: y mirad que no me olvidéis. CORNELIO.- Yo lo deseo más que vuestra merced.

Acto V

Escena I

VIOLANTE, CORNELIO, RAMIRO.

VIOLANTE.- Salid acá, Lobata, llamad esa gente, dadme mi manto, y

tomad el vuestro, veníos conmigo: ¡desdichada de mi! No sé qué me he oído, a unos que a mi puerta estaban tratando de una pendencia que han tenido mis hijos. Bien me dijistes vos que habían salido de casa de mala manera. Estos son los embustes de aquel embaidor de Cornelio: que de los más modestos y obedientes, me los ha hecho los más libres y viciosos de toda esta ciudad. Estoy resuelta de acabar de echarle de mi casa, o dejarlo con él, y meterme en un monasterio. Cuitada de mí, ¿qué ruido es éste? Desuella caras, traidor, enemigo, ¿qué has hecho de mis hijos?

CORNELIO.- Ellos quedan sanos y en salvo, y yo por defenderlos traigo mi pago.

RAMIRO.- Es como dice Cornelio, y lo que él tiene no será nada.

VIOLANTE.- ¿Decidme, amarga de mí, adónde los dejastes?

RAMIRO.- En la plazuela de San Lorente.

VIOLANTE.- Veníos conmigo, Ramiro, dejad ese mal hombre.

CORNELIO.- No lo digo yo.

Escena II

ARIES, MORVECO, CORNELIO.

ARIES.- En efecto éste mi yerno es un mal hombre, bien dicen las obras con el bestial nombre que tiene.

MORVECO.- Ya vuestra merced lo ve.

ARIES.- Vámonos por amor de mí a saber cómo está el herido, que por ser criado de aquella casa lo siento mucho más. Allí nos sale al encuentro, de que no me huelgo poco. ¿Cómo estáis, amigo; qué ha sido esto? Creed que me ha dado tanta pena vuestra desgracia, cuanto contento recibo ahora de veros en pie.

CORNELIO.- No esperaba yo menos de vuesa merced. Íbanse, señor, mis amos a pasear; y sin por qué, Cervino, acompañado de diez y doce escapados de las horcas, nos asaltó en aquel paso estrecho que va de la Bueyeriza al Espolón, junto a las casas del duque de Bejar. Viendo esto hecimos los tres una hilera, cargando los más sobre el señor Damasio, y trayéndole acosado: viéndole en mal término, arrebaté del carro de un serrano un tozuelo, que me deparó mi ventura, y dime con él tan buena maña que los hice retirar más que de paso, tanto que habiéndome cebado en ellos, me hallé a Cervino al lado, el cual, a traición, me dio un rey de que me ha mancado esta mano. Sobrevino luego el teniente, y prendióle: los demás ladrones, de alguaciles y porquerones seguidos, se encomendaron a sus pies: no sé lo que después ha sucedido.

ARIES.- ¿Qué le parece a vuestra merced, señor Morveco, de la temeridad de este atronado? Que se haya ido, sin más verificación, a poner

mano a las armas, deshonrándose con tanto escándalo del pueblo.

MORVECO.- Mucho ha que le tengo yo pronosticado este desatino.

ARIES.- Andad, hijo, gobernaos bien, y avisame lo que os fuere menester, que yo tendré cuidado de saber de vos.

CORNELIO.- Beso las manos a vuestra merced.

ARIES.- Quiero, en todo caso, proveer lo que a mi hija conviene: que la sangre, y su mucha virtud, en que imita bien a su madre, me obligan a mirar por ella, y a sacarla de tan disgustada vida, como este loco le hace pasar. Y descubriré a vuestra merced ahora un secreto, de donde conocerá la mucha virtud de Marcia. Hame jurado que se está tan virgen, como el día en que nació, porque Cervino no es hombre, excusándose con que una amiga que ha tenido de viudo le ha ligado.

MORVECO.- Yo lo creo por mi fe, téngalo vuestra merced por certísimo, porque ha muchos días que le veo andar tras Sánchez, el boticario de la Rinconada, que tiene fama de gran hechicero, y nunca me ha querido decir lo que con él tiene, aunque se lo he preguntado.

ARIES.- Pues para con vuestra merced yo quiero escribir luego a monseñor de Cornibus, que es todo mío, que me avise si la podré casar con otro, atento la impotencia deste malventurado.

MORVECO.- Haga vuestra merced que conste, que yo se la daré libre en quince días, sin enviar tan lejos.

ARIES.- Tanto que mejor.

MORVECO.- Pues vuestra merced pretende anular el matrimonio, será bueno que yo también le apriete para que case a mi sobrina, ya que se ofrece tan buena ocasión, y que entre tanto la meta en un monasterio, o casa, donde esté tratada como quien ella es: que no querría verla caer por desesperación en algún inconveniente, de los que cada día acontecen. Tengo por gran desatino e imprudencia, no dar cuanto antes dueño a las doncellas, quedando sin madre que mire por ellas: cuanto más con las partes de mi sobrina, y la que tiene de nuestro abuelo en el monte de Torozos.

ARIES.- Si le parece a vuestra merced, vamos juntos a hablar al licenciado Cervera, mi letrado, sobra ambas cosas, y según su consejo nos gobernaremos.

MORVECO.- Por mejor tengo al doctor Vaca, que trata ante el provisor de muchos casos matrimoniales.

ARIES.-- Vamos a ambos, que no dañarán dos consultas y pareceres: no perdamos tiempo.

Escena III

DAMASIO, VIOLANTE, RAMIRO, MACIAS.

DAMASIO.- ¿No es, señora, gran indignidad, venir una persona como vuestra merced a semejante cosa?

VIOLANTE.- ¿No es mucho peor que vosotros me deis ocasión para ello?

RAMIRO.- Señora, esté vuestra merced muy contenta, que le ha dado Dios dos hijos como leones, porque lo han hecho tan valerosamente, que han ganado hoy mil voluntades.

VIOLANTE.- Querría yo, triste de mí, que ese valor se mostrase siendo más virtuosos que otros, y que se echase de ver en el buen gobierno de sus personas, y de tanta hacienda como su padre los dejó, y yo les he conservado y aumentado. Madre desconsolada, viuda de veinte años, que he consumido la flor de mi juventud, criándolos con perpetuo cuidado, sin haberme, por su causa, querido volver a casar, con salirme muchos buenos partidos, y últimamente el de un caballero, que está a pique de heredar el estado de Monte Agudo.

RAMIRO.- No lo ha querido Dios, porque vuestra merced criase con más afición a estos caballeros, y a mi señora Valentina: él se los guarde; que se prosiguen como han comenzado, por todo el mundo se hablará de ellos.

VIOLANTE.- Pobre de mí, si estas pendencias suceden una vez bien, a la segunda o tercera salen mal dellas.

RAMIRO.- Ésta no ha sido por su culpa, yo me hallé casi presente, pues vi ir aquel desatinado, con una manada de rufianes, que robarían la peste a san Roque, y metiendo mano contra ellos, ¿qué había de hacer?

VIOLANTE.- El enojo que yo tengo es con aquel maligno de Cornelio.

RAMIRO.- ¿Contra Cornelio, señora? Ahora digo que el hacer bien no aprovecha todas veces: por vida de mi Policena, que merece ser bien querido de todo el mundo, cuanto más de vuestra merced, porque lo ha hecho como leal y valiente criado. Arriscar la vida el mozo por el amo, ya ha mucho que no se usa en Valladolid.

DAMASIO.- ¿Sabe vuestra merced cómo ha de ser de aquí adelante?

VIOLANTE.- Peor que peor, si no hay emienda.

DAMASIO.- Digo que si nos quiere bien a mi hermano y a mí, ha de hacer cuenta que tiene tres hijos, poniendo en este número a Cornelio a quien tenemos más obligación que a ninguno de nuestro linaje. Porque al tiempo de las necesidades, los parientes son poco fieles, los amigos se desaparecen, y éste entonces se muestra más desentrañadamente, en cuanto nos toca.

RAMIRO.- Cierto que lo merece.

VIOLANTE.- Tenedle vosotros en el lugar que quisiéredes, que yo os dejaré en su tutela, apartándome, yo sé bien de qué manera, de ver y oír tantas desvergüenzas.

RAMIRO.- Enojada se ha entrado mi señora, vuestra merced es mal sufrido, y ella impaciente, porque como tan buena madre, le duelen estas cosas que oye.

DAMASIO.- El sufrimiento y la obediencia es muy justa y debida cosa: mas no hemos de dormir, como dicen, hasta los treinta años con nuestra madre, ni ella ha de tirar tanto la cuerda que se rompa, porque ya no somos niños, y según las edades han de ser los castigos.

RAMIRO.- Es así, señor, que los niños, porque no entienden ni temen otra cosa, se castigan con el azote: mas los hombres con las reprensiones,

las cuales se deben oír de los padres con humildad y respeto, teniéndoles siempre en la memoria, para guardarse de allí adelante de darles ocasiones de pena: pues todas sus asperezas van enderezadas al bien de sus hijos, y la cura del riguroso cirujano es más segura, que la del blando y piadoso médico.

DAMASIO.- Habláis como un Catón: cierto que no he oído sacamuelas que tan apuntadamente diga lo que alcanza: ¿quién pensara que de la boca de Ramiro podía salir razones tan acicaladas, que bastan a convertir los más descaminados y perdidos? Salid acá, Macias, oiréis maravillas.

MACIAS.- ¿Qué hay? ¿Estamos seguros?

DAMASIO.- Hame predicado Ramiro obediencia y humildad, despabilándose tanto el senescacho, que con gran admiración he dicho: Bendito seas tú, señor, que así como Balan oyó la voz del que llamaba, me has hecho sentir la del mentecato Ramiro.

MACIAS.- ¿Y vos qué decís a esto?, ¿no habrá para mí algo?

RAMIRO.- Vuestas mercedes andan de torneo, no me espanto de verlos aturridos: dejémonos de donaires, acuérdense de que quien debe de resto, no está libre, que es lo que hace el caso: hagamos de manera que se cobre mi ropa, que no sé imaginar cómo me la sacaron del arca.

MACIAS.- Como quiera que hay asido, aquí os la pagaremos si se perdiese: ¿queréis más?

DAMASIO.- Yo os lo aseguro, vengamos a lo que nos importa más. Ya sabéis la amistad antigua que tenéis en nuestra casa, la cual habéis conservado con vuestra buena servitud; y conociendo el amor que nos tenéis, deseamos que saquéis el fruto del que os tenemos: y así busquemos ocasión en qué poderos aprovechar. Conocéis también las buenas partes de nuestro Cornelio, quien tenemos en el lugar que habéis oído, y desta manera creo que abrazaréis la voluntad con que os daré parte de lo que mi hermano y yo habemos tratado: y es, cuan bien os vendrá que le casemos con Policena vuestra hija, y para esto nosotros ayudaremos, de manera que no les falte nada.

RAMIRO.- Entendiendo así lo que vuestas mercedes me han dicho y propuesto, no haría lo que debo, si llanamente no sometiese mi voluntad a su disposición, y así los dejo el cuidado, y doy a mis veces, para poder libremente hacer de ella lo que fueren servidos. Pero con una condición.

DAMASIO.- ¿Y es?

RAMIRO.- Que mi señora Violante piense también en casarme, que por si puede juzgar la melancólica vida de los viudos: esto se entiende cuando vuestas mercedes la hayan aplacado.

MACIAS.- Ya yo la he desenojado y está muy contenta.

DAMASIO.- Todo lo que pidió está bien pensado: y así os daremos una mujer que os vendrá de perlas.

RAMIRO.- Vea yo a vuestas mercedes señores de dos grandes ciudades.

MACIAS.- ¿Qué tan grandes, por vida mía?

RAMIRO.- Por lo menos, como la de Suntiém de la China: que, si no miente el que escribe, ha menester un hombre, para atravesarla de puerta a puerta, caminar con buen caballo todo un día sin parar, esto sin los arrabales, que son otro tanto, y es de tanta gente, que en media hora se pueden juntar doscientos mil combatientes, los cien mil a caballo.

DAMASIO.- Ésa sea la mía.

MACIAS.- ¿Y la mía?

RAMIRO.- La Cestiernega, fundada al pie del alto monte de San Cristóbal, media legüecita de aquí, porque no se canse: que no tiene alcalde, alguacil, porquerón, escribano, médico, boticario, cura ni sacristán, falta para vivir en paz y con salud mil años; abundantísima de quijones y turmas de tierra, que son bonísimas para los abogados, procuradores y novios.

MACIAS.- Agraviado quedo, y con todo eso cuando lo seáis, yo os haré el banquete y daré esa fruta.

RAMIRO.- Como quiera que sea no veo la hora. Al fin es verdad que mujer, ni mal año, nunca faltan. Mas de veras, ¿a quién me quieren dar vuestas mercedes?

DAMASIO.- ¿Qué nos daréis porque os lo digamos?

RAMIRO.- Cuanto tengo, sino a mi hija.

MACIAS. Ésa ya se ha dado.

DAMASIO.- Ahora yo os lo quiero decir, aparejad la colación.

RAMIRO.- Sepamos antes si lo vale.

DAMASIO.- Vale un Perú. A Lena Corcuera de Cienfuegos, y aun Valverde, la corredora.

RAMIRO.- Mucha gente es ésa, para tan pobre despensa como la mía, y más si trae la cola.

DAMASIO.- No, que es rabona. y una fénix que nunca ha parido, y fuera de ser honrada, cuanto otra de su manera, es la misma diligencia, para haceros de oro en poco tiempo.

RAMIRO.- No sea como la ave de caza, de quien dijo aquel, ser bastante para mantener una casa en hambre y lacería, aunque tenga veinte personas. En conclusión, se flores míos, no me descontenta el partido por ser de la edad que yo he menester: para no andar asombrado, dentro y fuera de casa, metiendo en ella alguna tortolica de las que ahora se usan, ¿Mas de hacienda, cómo está?

MACIAS.- No sabe lo que se tiene.

DAMASIO.- Eso me hace poner en duda el quererlo hacer: pero nosotros, que es toda nuestra, haremos que venga en ello por fuerza: cuanto más que no es Ramiro para desechar: y así podéis perder cuidado. Pero una cosa queremos de vos.

RAMIRO.- ¿Y es, señor?

DAMASIO.- Que no alcéis la queja de aquel traidor de Cervino.

RAMIRO.- Como vuestas mercedes me favorezcan, antes haré instancia para que le corten la cabeza.

VIOLANTE.- ¿No acabáis de entrar en casa?

DAMASIO.- Ya vimos, señora.

VIOLANTE.- Por amor de mí, que tengáis de aquí adelante más asiento y seso: no andéis en estas revueltas, que me quitáis la vida.

DAMASIO.- Ramiro, entrad a refrescaros con nosotros.

RAMIRO.- Vuestas mercedes me perdonen, que es tiempo de acudir a casa: que aunque tengo buen oficial, para mi hija es tarde.

DAMASIO.- Regalalda mucho, que presto la echaremos de casa, haciendo nuestro deber con ella, como buenos amigos.

RAMIRO.- Con esa confianza voy: vivan vuestas mercedes mil años.

MACIAS.- Dios os guarde.

Escena IV

ARIES, RAMIRO.

ARIES.- ¿Ya habréis sabido la pendencia de Cervino con los hijos de mi señora Violante?

RAMIRO.- Como quien se halló presente a cuanto ha pasado: y si vuesa merced supiese la causa que tuvo, lo tendría por mayor desconcierto y locura. Para decir verdad, este yerno de vuestra merced es un terrible hombre.

ARIES.- Siempre he temido, viéndole tan desatinado, que le había de suceder alguna desgracia.

RAMIRO.- Yo temo no vaya esta vez en ruina cuanto tiene, y aún dudo de la vida. Asaltar a dos caballeros tan emparentados con la casa de Cabra donde está el rey, y tantos de los alcaldes, es otro que palabras. Pues búrlense con el licenciado Bicornis, que le prendió; a fe que apretándole los cordeles, le haga alargar los cerraderos de la bolsa, y aun de la boca. Veremos ahora cómo sale del insulto, de la herida del criado, del hurto de mi hacienda, de haberme tocado en la honra, con tanto vituperio, y de lo que más importa, que son las blasfemias, que se le prueban con cien testigos, tan honrados como él.

ARIES.- Yo vengo ahora de verle, y le he hallado tan manso, que porque le ayude a salir de este trabajo, me ha confesado todas sus lenguas. Y así habiéndome informado de que sin litigar, podré dar a mi hija otro marido, lo pretendo hacer cuanto antes me sea posible.

RAMIRO.- ¿Qué es lo que oigo, sueño, o qué me tengo? ¿Casar con otro a la señora Marcia? ¿Puédense ya tener dos maridos juntos? Que les faltaría a las locas.

ARIES.- No va por ahí. Quiero que sepáis una cosa de que os quedaréis abobado.

RAMIRO.- ¿Qué es, por vida de vuestra merced?

ARIES.- Que Cervino aún no ha podido pagar el débito a mi hija.

RAMIRO.- ¿Cómo es eso? ¿Pues a fe que es ella para hacerse pagar en otro que doblones tiene, acaso, algún menoscabo en su persona, que le ha impedido?

ARIES.- Dice que con un hechizo le han hecho impotente.

RAMIRO.- Basta, ya estoy al cabo, crea vuestra merced que siempre estos extremados celosos tienen algunos defectos, que los traen con aquellos espantos.

ARIES.- No tengáis duda. ¿Habéis visto a Cornelio?

RAMIRO.- Sí, señor.

ARIES.- ¿Tiene más de aquella herida?

RAMIRO.- No otra cosa, y aquella es pequeña.

ARIES.- ¿Cómo le podría yo ver?

RAMIRO.- ¿Ha dado a vuestra merced alguna buena esperanza?

ARIES.- La esperanza en que me ha puesto es tan pequeña, cuan grande el deseo: y para que sepáis mi intención os digo que si por el modo intentado no hay remedio, quiero tratar por otra vía de casarme con esta señora.

RAMIRO.- Ése sí, señor, que es el camino real y seguro.

ARIES.- Quiérole enviar a llamar; si le veis antes, decidle, os ruego, que me hallará en las Arrepentidas.

RAMIRO.- Yo se lo diré, encontrando con él.

Escena V

LENA, MACIAS.

LENA.- No será bien, pues quien primero toma no se arrepiente, dejar enfriar el amor de mis escaramuzantes, porque no dura más en ellos, que de Navidad a san Esteban. Más pierde quien más vergüenza tiene. Bueno sería haberles enseñado el camino, y perderme yo en el bosque. No quiero, porque no hay cosa que tan fácilmente se quiebre, como la voluntad del hombre, aguardar más, a peligro de que les dé fastidio: el pedirles la buena pro les haga: y que usen conmigo, como el que mientras llueve, se mete debajo del árbol, y pasada la agua, le hace leña para su fuego. Querránseme ahora, si viene a mano, esconder en un trigo segado. A punto llega el menor, de cuyas palabras se puede fiar tanto, como de una sogá podrida señor Macias, el enamorado, dichoso, rico, y gentil hombre.

MACIAS.- ¿Qué hay por acá, Lena, bella, discreta y agraciada?

LENA.- Parece que comenzamos a tirarnos las verdes. Vengan mis chapines y tocas.

MACIAS.- Rato ha que los vi pasar.

LENA.- Pasador malo me atraviere si lo dejare pasar. ¿Y el señor Damasio está también con modorra?

MACIAS.- Por eso vengo de tomar un poco de aire, que me he sentido esta noche algo pesado.

LENA.- No hay sordez peor que no querer responder a propósito. Pues no me hagan entonar tan alto que nos oigan los mudos.

MACIAS.- No son los tiempos siempre de una manera; sería mejor atender, de hoy más, a lo que conviene a nuestras almas, pensar lo que somos, y a qué habemos de venir: dejándonos de vanidades que tan caro

cuestan.

LENA.- Éste es el primer sermón que ha hecho pollo a raposa: que no se hallará en Esopete. Estoy por reirme sin gana; ha, ha, ha. Ahora digo, que también se toman zorras viejas, de las que han otras veces dejado la cola en el lazo. Después de pan y vino cogido, y lo que peor es comido y bebido, damos en santidades. Antes se ha uno de olvidar de sí, que del prójimo. De aquí adelante yo ataré mejor mi dedo: quien tal hace que tal pague.

MACIAS.- Ya me parece que os vais entonando, como dijistes poco ha: guardaos de oír esa canción a caballo.

LENA.- ¿Qué me dice vuestra merced? Hablemos claro, no hay para que mascarme las palabras; aunque se olviden las buenas obras, siempre ha de durar el respeto que se debe a las tocas.

MACIAS.- Y aún por no haber olvidado yo las vuestras, digo que os guardéis.

LENA.- A lo menos guardarme he de tratar con gentes que traen las cabezas tan llenas de aquello que no es bueno, sino para navegar.

MACIAS.- De viento queréis decir: mirad cómo corremos las parejas. Quien os sufre esa injuria, ¿no merece algo?

LENA.- Digo que se ha de cumplir lo prometido, porque desta manera se aumenta y conserva el crédito: y vuelvo a decir que quiero mi buena estrena.

MACIAS.- Dos cosas son prometer y cumplir. ¿Mas qué cosa es buena estrena? Que antes nosotros la pretendemos de vos.

LENA.- ¿Ir de en hora buena? Aún sería por eso que lo del que emplaza a su acreedor, sé bien lo que me deben, y lo que por ellos he hecho.

MACIAS.- Pero no lo que nosotros pensamos hacer por vos: que andamos desvelados por daros contento y descanso, y no lo acabáis de entender, la una mano tira y la otra hila.

LENA.- Señor mío, al orinar se conocen las yeguas: tanto me dirá, que me cosa la boca. ¿Sepa yo pues, antes que muera, lo que me tiene la ventura guardado?

MACIAS.- No es poco.

LENA.- A lo menos viene poco a poco.

MACIAS.- No habéis oído decir: ¿nunca mucho costó poco?

LENA.- Con eso me destetaron. Mas no sé lo que me espero, y bien que me costará ya muy caro.

MACIAS.- Eso más es que descoser la boca. Quiérooslo decir, por no venir a las manos.

LENA.- ¿Pues tras qué ando yo? Daría la esperanza por verme con vuestra merced a la melena, pegando de mi mano en contado.

MACIAS.- Mas lo querríades sin contar. Dejemos esto, que ya son amores. Queremos casaros, ea, acabemos yo.

LENA.- Vuestra merced me parece que tiene en la una mano el pan, y en la otra el palo. Ojalá, que ya mi requerado hizo flux

MACIAS.- Es posible.

LENA.- Al confesor y al médico se ha de descubrir todo. He descubierto que cubría una andrajosa y que la tiene preñada, y como amor no puede sufrir acompañado, al punto le di pasaporte. No hay, señor, que fiar de rufianes, pues habiendo yo sacado a este traidor, oliendo a

estiércol, de rascar la mula del canónigo Frechilla, trayéndole como un palmito, y dádole cuanto tenía, a qué quieres boca, me ha dado este pago.

MACIAS.- Alguna secreta virtud debe tener, pues Lena, maestra destas labores, ha hecho tanto por sus pedazos.

LENA.- Mas pensé que por sus ojos bellidos. Daría lo que me queda, porque fuese de veras lo que vuestra merced me dice, para olvidar a aquel bellaco. Mas a fe búrlase vuestra merced.

MACIAS.- Mi hermano os dirá. Como quien soy, que os queremos casar.

LENA.- ¿Con quién? ¿Con quién, por vida mía?

MACIAS.- No menos que con Ramiro, barbero, cirujano, aun algo físico: hombre maduro, acreditado y bien acondicionado.

LENA.- ¿No es el de la hija bonita, donde ya me entiende?

MACIAS.- El mismo.

LENA.- No me parece mal, mas no sé si me querrá con tan poco dote.

MACIAS.- Todo lo suple vuestra persona y buenas partes; ya le tenemos medio convertido.

LENA.- Haríanme vuestas mercedes su perpetua esclava, si no me olvidan no faltará en qué servírselo.

MACIAS.- Dejanos el cuidado, y también de regalaros, por lo que os habéis fatigado en guiarnos la danza: y cuanto os he dicho ha sido por tentaros.

LENA.- Bueno sería pensar otra cosa: no querría ser tenida por tan necia, todo se me alcanza. Beso las manos a vuestas mercedes.

MACIAS.- Con bien vais.

LENA.- Con esta buena esperanza, quiero comenzar a ordenar mi ajuar, esforzarme cuanto pudiere a salir de pecado, y huir de que se diga por mí, que no hay ninguna ramera, ni alcahueta, que no venga a morir en el hospital, o de hambre. ¡Cómo se mejoran las horas, cuando Dios quiere, y cuánto aprovecha servir a los buenos! Al fin no queda carne en la carnicería, por mala que sea: y en efecto, la mujer es como la hiedra, que arrimada al tronco, se sustenta verde y fresca, y apartada se seca. Bueno será ponerme de veinte y cinco alfileres para echar mejor garabato a Ramiro, que aunque no soy para desechar, todo lo habré menester, porque me parece que ha dado mucho de sí. Mas si cenare solamente una ensalada, no se dirá que me voy a dormir ayuna.

Escena VI

CORNELIO, ARIES, INOCENCIO.

CORNELIO.- Cierta sabio dijo que cada uno tiene cierto defeto, y que el suyo era la mujer que tenía: sin la cual en todo lo demás era bien

afortunado. Debe, sin duda, de ser un pesado inconveniente: pues un hombre tan justo y prudente sentía alterada toda su quietud y vida, por la mala cabeza de su mujer. ¿Qué debemos pensar los pobretes como yo?

Verdaderamente que me pone en cuidado el humorcillo de Policena: y así estoy entre si me casaré, o no me casaré, como pinaza en la mar, combatida de dos vientos. No querría hacer lo que muchos necios, que primero hacen las cosas y después las piensan. Esta mañana, al salir de casa, la primera cosa que oí fue toser un cabrón, que, aunque me dicen lo suelen hacer por la mudanza del tiempo, lo he tomado por mal agüero. Mas otra cosa me da mucho que pensar, y es, haber oído que los casamientos y partos del verano son muy peligrosos. La razón desto debe de estar en la experiencia, pues no hay astrólogo que la sepa adivinar, sino con dos dedos. Echome a nadar a la ventura, como hizo mi padre, en el lago tocado del Unicornio. Quiero poner las manos en el rostro, por no topetar con la frente, y hacer lo que mis amos me aconsejan; que si Ramiro no tiene casa, tampoco yo gozo de hogar ni viñas: ellos me prometen lo que es bueno, y mi señora casi el ajuar entero: Ramiro no tiene otro heredero, y hállase con granillo: la moza es cortada a mi medida; débola, según me jura, su honra, y está espiritada por mi gentileza: buenos señores y amigos, puédome pasear poco menos que a caballo, pelando cada día mis patos: ¿qué quiero más? Ramiro me ha dicho que el señor Aries me desea hablar, debe de labrar el fuego. ¿Después burla qué tendré mala rentilla en él? Quiero ir a buscarle, y cargarle he de palabras, que sean como el estruz, quien ni es bestia ni ave: gobernándome de manera que le vaya chupando sin sentir, y aumentado el deseo con falsas esperanzas, sin acordarme dél, mas que de las nubes de antaño: allí está, quiero hacer del dolorido para que valga más la mercancía.

ARIES.- Vengáis en buen hora, pues, amigo, ¿cómo está la mano? He entendido que la herida es pequeña, de que me huelgo mucho.

CORNELIO.- Qué importa, si quien me la dio la hace grande, pues iba con ánimo de cortarme cercen el brazo.

ARIES.- Él está donde lo pagaré todo. ¿Hablastes más a mi señora Violante?

CORNELIO.- No ha media hora, haciendo un largo razonamiento sobre vuestra merced.

ARIES.- ¿En [...] (1)

CORNELIO.- En [...] (2) señor, está de manera, que un ciego echaría de ver de qué pie cojea pues da señales de lo mucho que gusta de oír mentar a vuestra merced.

ARIES.- ¿Podré creer eso?

CORNELIO.- Bueno sería dudar en cosa tan puesta en razón: si que no se hallan a cada paso las calidades que mi señora ha entendido de vuestra merced. Ella es persona muy sabia, y como tal, por no mostrar ligereza, no se quiere declarar tan fácilmente, mas presto nos desengañará el cojo. Entre tanto sepa vuestra merced que le tiene perdida la mala voluntad.

ARIES.- El tiempo trae las cosas a quien con más razón puede esperarlas; mas el mío es tan corto, cuanto larga en ella esa buena voluntad; y así, no siendo para mi esperanzas tardías, ni menos pretender inclinarla con los amorosos términos de que se suelen pagar las mujeres, aunque no las que son tan cuerdas como ella, estoy resuelto de pretenderla

por vía de casamiento, si ya no hallamos otra más corta.

CORNELIO.- Esa, señor, es infalible, si no se atravesase el deseo que tiene de casar antes a la señora Valentina, que dice comienza ya a parecer mal en casa. De los hijos vuestra merced lo sabe de su boca. Mas he pensado una cosa, dende que Ramiro me dijo que Cervino es impotente, y que vuestra merced pretende dar otro marido a aquella señora: y es, que sea el señor Damasio, si quisiese venir en ello: pero póngolo en duda, por verle tan embarazado en aquella doncella.

ARIES.- No más, basta esto por ahora, que viene el bachiller; no quiero que entienda lo que vamos tratando. Anda en buena hora, y de cuando en cuando una puntadica, por amor de mí.

CORNELIO.- Ya estoy al cabo.

ARIES.- ¿De dónde viene ahora el buen Inocencio?

INOCENCIO.- Ya vuestra merced lo puede pensar.

ARIES.- ¿Pues qué hay?

INOCENCIO.- Nunca le falta mala ventura al desgraciado. Ha ido al corregidor un caballero mozo, nomine Macias Curuca, echando chispas, haciendo grandes requerimientos, diciendo que el herido tiene el pasmo, que está ya en las manos de Dios.

ARIES.- Eso es así.

INOCENCIO.- Por otra parte el padre de Bezerica., que no parece, pidiéndole cuenta dél, y que hasta que se le dé, le tengan a buen recado. Y así le han vuelto a estrechar la prisión. Y hallándome afligido, me envía a suplicar a vuestra merced que por amor del Señor, no le desampare, y que se vaya tratando del casamiento de la señora Casandra, que él gustará de que se efectúe. Y que en lo que toca a mi señora, él mismo hará fe bastante, para que sin más averiguación, la pueda vuestra merced dar a quien la quisiere. Que él pretende, cansado ya de las cosas del mundo, retirarse a vida solitaria. Encomiéndoselo a vuestra merced amore Dei.

ARIES.- Porque se allane, y el nombre que ha tenido de mi yerno, iré a entender lo que hay, y si puedo te haré dar en fiado una casa por cárcel, como no sea la suya.

INOCENCIO.- Eso no importa, pues no quiere entrar más en ella.

ARIES.- Yo huelgo mucho de eso. Váyase, bachiller, haga buena compañía a las mujeres, y dígales lo que pasa, que yo iré a verlas. Ahora sí, que a mi gusto podré cortar y juntar, con menos daño y costa mía, a la de Cervino: quiero encajarme adonde deseo, para pasar mejor la enojosa vejez. Será bien acudir a Macias para que apriete a su hermano, y que de tres casas, hagamos sola una; de consuelo y alegría no quiero dormir mientras esta el hierro caliente.

Escena VII

DAMASIO, MACIAS, CORNELIO.

DAMASIO.- Hermano, ¿adónde ha ido Cornelio?

MACIAS.- Es tan diligente, que donde quiera, es de creer que nos está sirviendo. Veíse allí.

CORNELIO.- ¿Adónde iban vuestras mercedes?

MACIAS.- A buscarte que no sabemos estar sin ti un momento y vamos cortando de tus pedazos.

CORNELIO.- No hay pocos de que asir, según ando destrozado. Pagados quedamos, pues que yo también he roído los zancajos a vuestras mercedes.

DAMASIO.- ¿Con quién las ha habido, por tu vida?

CORNELIO.- Adivínalo vuestra merced

MACIAS.- Ea, dilo.

CORNELIO.- Con el señor Aries que anda en todo, y por todo, de nuestra parte.

DAMASIO.- ¿Qué dice?

CORNELIO.- Tanto ha dicho, y yo contrapunteado, que no lo quiero decir.

DAMASIO.- Bueno es eso, acaba de echarlo.

CORNELIO.- Que la señora Marcia será de vuestra merced, y la señora Casandra me parece que la llevará a un caballero de Tortosa.

MACIAS.- ¿Qué dices? ¿Estás loco?

CORNELIO.- Como se lo cuento.

MACIAS.- Gentil nueva me traes, para venir tan alegre, como eres necio.

DAMASIO.- ¿Díceslo de veras?

CORNELIO.- No son cosas para burlar con ellas. Así se la dejarán de dar, como el señor Aries de alcanzar lo que pretende.

MACIAS.- ¿No nos dirás qué quiere?

CORNELIO.- Por lo menos que mi señora le caliente la cama.

MACIAS.- ¿De qué manera?

CORNELIO.- Como la calentó a su padre.

MACIAS.- ¿Y cuando mi señora viniese en ello?

CORNELIO.- Entonces él lo trocará todo, y hará que vuestra merced tenga lo que desea.

DAMASIO.- ¿Cómo sabes tú todo eso?

CORNELIO.- Porque lo ha tratado conmigo, y se contentará desta manera.

DAMASIO.- Tú eres a punto el aliento que ahora calienta, y ahora enfría: como el alacrán, que hiera, y con su aceite sana. Gran cosa es tener criado que no haya menester consejo. Para decir verdad, tú mereces mejores amos que nosotros.

CORNELIO.- Yo los tengo mejores que sabría desear.

MACIAS.- Entrémonos, hermano, persuadamos a mi señora, que si yo no alcanzo esto della, me quiero ir a Flandes.

DAMASIO.- Poco será menester para esta conjunción, porque la debemos de tener de manera, con la plática de nuestros amores, que no debe desear otra cosa. Entre tanto, toma tú, Cornelio, estos diez ducados, que ha mucho que son tuyos.

CORNELIO.- Adeudarse hace al hombre esclavo. Beso las manos a vuestra merced, ¿y el señor Macias, no piensa sino injuriarme?

MACIAS.- Torna cuanto tengo, que todo es tuyo.

CORNELIO.- Sí, por cortesía, pero no querría yo ver siempre ese toma desnudo.

Escena VIII

MORVECO

MORVECO.- Ahora acabo de entender, ser lo celos de las más violentas y bestiales pasiones que pueden tocar a un hombre: porque si una vez se asientan en la cabeza del que se consume y seca, investigando una tan oscura verificación, le hace cometer ridiculosos desatinos. Bien dijo aquel, que el celoso es loco de arte mayor, pues como tal tiene miedo hasta de su misma sombra, y de cosas nunca vistas, oídas, ni pensadas: mirándolas como en espejo de alinde, que se las representa muy mayores de lo que son. Viviendo él cuitado siempre, en el mal hecho un Argos, y en el bien ciego topo: con una invengable ira, que no se le puede acabar sino con la vida, por ser infinito el número de los que desea herir y matar, para satisfacer la rabiosa saña que tiene contra todo lo que teme, temiendo de cuanto imagina: y puede tanto esta frenesía, que aun contra sí mismo le vuelve: tanto que ha habido alguno que para saber si su mujer le hacía a los husos tuertos, por si se preñase poderla convencer de adulterio, se hizo, cuando menos, capar: y poco le ha faltado a nuestro Cervino, para hacer otro tanto. Veis aquí lo que resulta destos excusados celos, cuya venganza mas hiere que sana al que los tiene, como Lepido que vino a morir de pena. Mas bueno sería si Macias, que con tanta voluntad ha pedido por mujer a mi sobrina Casandra, se saliese ahora fuera. Quiero ir, a la ventura, a ofrecerla, que espero, mirará quien es, y que la señora Violante considerará cuán bien estará a ambas partes. Ríome del buen viejo Aries Gonzal, que estando el pie en la sepultura, para alargar la vida, pretende lo que citando menos se cate, le hará cantar a puerta un requiem æternam. Porque la mujer es como la hiedra, que corrompe y arruina la pared que acaricia y abraza. Cuán bien que le cuadra lo que otro viejo respondió a uno que lo reprendía porque en tal edad se casaba: No fuera yo viejo si tuviera seso, hasta que cuando la tuve, me tuve. De bien diferente humor está Cervino, pues deja tan fácilmente mujer e hija, no viendo la hora de echarlas de sí, y porque ayude, y lo dé mi granja para retirarse, me da la renta que tiene en Tordehumos: de que yo me contento, por apartarle de mí. Y ya resuelto voy a echar un lance, donde por ventura, quedará con los demás enredado: que la señora Valentina es pieza

que fácilmente hará embarcar por su servicio.

Escena IX

LENA, RAMIRO.

LENA.- Merecería que me echasen en un río, si después de haber tenido escuela de humanidad treinta años, no supiese mi cuenta, y quisiese venir a ser esclava, de la señora de mi casa y anchura. Quiero ver cómo ando el negocio, que cuando Ramiro no se contente de mi estar poco en casa, buscándome la escama en el cogote, no quiero que pase adelante el casamiento. Sería bueno venir, por no saber su condición, al cabo de mi vejez, a dar de nalgas en un prado de ortigas, que nunca fueron buenas para salsa. También será bien saber lo que tiene, porque es menester más que manteles limpios a la mesa. Quiero capitular antes con aquellos mis señores, que cabeza sin lengua a calabaza se parece. Mas digamos ahora, que él fuese mal acondicionado y pobre, nunca coz de garañón hizo mal a yegua. No me le traeré yo como a leche a una mano: pues va la pierna donde quiere la rodilla. Y cuando la despensa no esté muy bastecida, dejaré yo las manos en el seno a Policena. Es verdad que no es la moza, cayendo en las mías, para que anden los regalos rodando por casa, aunque se case, y hacer que venga a ser la tienda de mi novio la más frecuentada y famosa de esta ciudad. Quiérome engolfar, que no puede faltar nada a quien ha sabido hacer de un celoso un sátiro: que esto me da corazón de elefante. Aquí viene mi velado y todo mi bien.

RAMIRO.- Amores, cara de pascua florida, ya que estamos tan adelante, bien te pueda pedir una cosa a crédito o como mía.

LENA.- Tal puede ser que no haya lugar.

RAMIRO.- Que me dejes besar esa boca de perlas.

LENA.- ¿Eso es? Dios me defienda del enemigo malo: la primera cosa que no se permite a los desposados, no haría por todo el mundo semejante pecado: hágase antes lo que dice el cura.

RAMIRO.- No me puedo ir a la mano, porque vienes oliendo a mil ámbares.

LENA.- El más perfecto olor de la mujer es no oler a nada. A tiempo seremos.

RAMIRO.- ¿Adónde vas, amores?

LENA.- A buscar a mis buenos señores.

RAMIRO.- Es en vano, porque están, como en consejo de estado, tratando de muchos casamientos: y ha pasado una cosa de risa.

LENA.- ¿Y es?

RAMIRO.- Que proponiendo el señor Morveco el de la señora Violante

con el señor Aries, respondió ella, que antes se metería monja, que hacer tal agravio a los huesos de su marido: porque daría que decir a las gentes, si al cabo de tan larga viudez, teniendo hijos e hijas para casar, los diese antes padrastro. En esto salió aquel loco de Macias, diciendo: Señor Morveco, pues lo desea tanto, vuestra merced se casará con nuestra hermana, y mi señora con el señor Aries, a quien nosotros holgamos de tener por padre, y así le podrá vuestra merced decir de nuestra parte, que se tenga de hoy más, por señor de esta casa. En lo demás no me entremeto; pues mi señora quiere ser forzada. Mirad si habrá dado bien que reír.

LENA.- ¡Ha, ha, ha! La señora Violante no querría salir de tan largo ayuno sino con carne fresca: mas no le faltará consolador. Qué rollo de mujer: si yo fuera hombre me perdiera por ella.

RAMIRO.- Si supieses lo que hay debajo de aquel monjil, de veras lo dirías.

LENA.- ¿Y vos sabeislo?

RAMIRO.- ¿No quieres que lo sepa, si le he echado ventosas, y sangrado de brazos y tobillos cien veces?

LENA.- ¿Y tocado a... no? Quitáosme de delante, que me revolvéis la sangre en el cuerpo. No hay cosa que más cuidado me dé en este casamiento, que haber de tener marido privilegiado para poder emplear sus cinco sentidos, donde otros no pueden uno.

RAMIRO.- No me has de ser celosa, si quieres que vivamos como dos palomicas sin hiel.

LENA.- ¿Al fin en qué han parado las pláticas?

RAMIRO.- Ya quedan todos concertados.

LENA.- ¿Decidme cómo?

RAMIRO.- El señor Aries con mi señora Violante; el señor Morvero con la señora Valentina el señor Damasio con la señora Marcia el señor Macias con la señora Casandra; el señor Cornelio con la señora Policena; y el señor Ramiro con mi señora Lena, que están presentes. Y todos quieren pedir al corregidor la libertad de Cervino: que pues las partes se contentan, es justo que se halle a las fiestas y bodas de su mujer, de su hija, de su suegro, y de su cuñado. Y porque las piensan hacer muy solemnes, me envían a prevenir los menestres de la ciudad, y así, para que se lo diga, voy a buscar al trompeta Juan Cornier. ¿Sabrásme decir adónde le podría hallar?

LENA.- Sí, hermano, donde vos tenéis los pies. Mirad que con la priesa no se os caiga alguna mentira.

RAMIRO.- Si se me cayere, yo la hallaré en tu casa, donde comenzaremos a tratar de nuestros pucheros.

LENA.- Sin duda que habrá en el sarao más cornetas que violones.

Escena X

CORNELIO

CORNELIO.- De parte del señor Cervino, guarda mayor de los montes, se hace saber a todo el insigne auditorio, que los que no se fiaren de sus consortes estarán tan seguros, como de no caer las hojas del árbol en fin de otoño. Porque los celos son contra el natural ingenio de las mujeres, coselete de araña para los arcabuzazos: la curiosidad, en todas partes viciosa, y en esta mas perniciosa. Y así, movido de piedad y celo fraterno, amonesta, que ninguno, de cualquiera calidad que sea, los tenga dentro, ni fuera de casa, so pena de que no le podrá faltar mala ventura. Antes que todo el mundo se arme de la quieta y mansa paciencia. Porque la experiencia le ha hecho tocar con la mano, que todas las sutilezas y vigilancia de los espantados lepidos, que no quieren dejar hacer su curso a la natura, son azadones con que los cuitados sacan de los centros de sus sospechas, las invisibles cornetas de la fama. Y advierte que se burlan más del que se fatiga en poner remedio, que del pacífico que lo disimula, o ignora: y que es menester gran ingenio, para evitar tan inútil y enojoso conocimiento. Por lo cual aconseja, sobre su conciencia, que cada uno renueve en su casa la costumbre de los prudentísimos romanos, a quien se debe imitar, que cuando volvían a las suyas, se lo enviaban antes a avisar a las mujeres para no cogerlas de sobresalto, descuidadas y mal compuestas. Y porque lo sereno podría hacer mal a las damas, que son más delicadas, las convida con su casa y cena, ofreciéndolas que no faltará de la fruta más agradable a sus gustos. Valet et plaudite.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo